

Navidad...

¡menudo desmadre!

BILOGÍA "LOCURA"



SARAH RUSELL

Navidad...
¡menudo desmadre!

Título: Navidad... ¡menudo desmadre!

Autor: Sarah Rusell

Primera edición: Noviembre, 2020.

Imágenes: Adobe Stock

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1: Rebeca](#)

[Capítulo 2: Rebeca](#)

[Capítulo 3: Rebeca](#)

[Capítulo 4: Rebeca](#)

[Capítulo 5: Rebeca](#)

[Capítulo 6: Rebeca](#)

[Capítulo 7: Samira](#)

[Capítulo 8: Rebeca](#)

[Capítulo 9: Alan](#)

[Capítulo 10: Aitor](#)

[Capítulo 11: Abel](#)

[Capítulo 12: Rebeca](#)

[Capítulo 13: Samira](#)

[Capítulo 14: Samira](#)

[Capítulo 16: Marta](#)

[Capítulo 17: Samira](#)

[Capítulo 18: Samira](#)

[Capítulo 19: Samira](#)

Prólogo



¿Qué pueden tener en común siete personas aparentemente diferentes?

Un fin de semana en un hotel rural en los Pirineos de Huesca donde disfrutar de la nieve, esquiar, descubrir senderos y pasear por ellos...

Pero, a veces, y solo a veces, el destino puede tener otros planes.

Empecemos por el principio, y conozcamos a estos siete aventureros.

El trío “MAS”, tres amigos que decidieron ir a pasar dos agradables días en aquel rincón de estampa preciosa y nevada, para que dos de ellos limaran asperezas.

Marta, una joven descarada de diecinueve años, bastante borde por lo que dicen quienes mejor la conocen, que, como se suele decir, no tiene ni oficio ni beneficio. En definitiva, que ni estudia, ni trabaja, ni intenciones tiene de ello porque en sus propias palabras “*Se vive muy bien en casa de mis padres, que me lo dan todo*”.

Abel, un reconocido *influencer* de treinta y dos años, el mejor amigo de Marta y quien más la soporta porque, en ocasiones, es el único capaz de callar a esa “localcoño” como él la llama. Abel es gay, muy enamorado, y busca ese príncipe de brillante montura. Sí, montura, porque él no quiere un hombre que llegue en un precioso corcel blanco, sino en una moto de gran cilindrada, a ser posible negra porque, como él dice: “*El negro va con todo*”.

Terminamos este trío tan dispar con Samira, estudiante de enfermería, veinte años y prima de Marta. Eso de “se parecen en el blanco de los ojos”, desde luego que va con ellas, porque no tiene nada que ver la una con la otra. A pesar de que sus padres son tan pudientes como los de su prima,

Samira decidió estudiar, encontrar un trabajo y vivir de ella misma, no de los demás.

Entre Marta y Samira no hay *feeling*, es por este motivo que sus padres decidieron regalarles un fin de semana en ese hotel para que, con la ayuda de Abel, hubiese un acercamiento entre ambas primas.

¿Lo conseguirá nuestro querido *influencer*?

Seguimos con los huéspedes de este particular hotel. Le toca el turno a dos amigos que buscaban desconectar un fin de semana de sus trabajos y pensaron que ningún lugar mejor que aquel donde disfrutar de la nieve.

Aitor, un simpático policía de treinta y cinco años que, en su círculo de amistades, es quien siempre intenta poner paz en aquellas pequeñas disputas que puedan provocarse.

Asier, médico por vocación, cuarenta años y un hombre de lo más tranquilo. Procura no meterse demasiado en las discusiones entre sus amigos.

Y acabamos con estos siete magníficos huéspedes con una pareja que no es tal, al menos de momento, claro está.

Rebeca tiene veintisiete años, es reponedora en un supermercado y un poco cotilla... Bueno, bastante cotilla.

Conoció por Internet a Alan, un escocés de treinta años que no habla ni papa de español, pero con el que congenió a las mil maravillas y decidieron conocerse.

Nuestro escocés decidió viajar a España para conocerla y pasar juntos un fin de semana como tantas veces imaginaron, riendo, charlando cara a cara y compartiendo esas horas en compañía del otro, como tantas y tantas tardes y noches lo hicieron frente a la pantalla del ordenador.

Afortunadamente para él, el resto de compañeros en su estancia en el hotel hablaban inglés, salvo Marta, que ni siquiera había intentado aprenderlo.

En el hotel se encontrarán con Manuel, un hombre bonachón de sonrisa afable que, a sus sesenta años, lleva toda la vida en ese lugar, pues heredó el negocio de sus propios padres.

Le acompañan Pepa, su mujer que deleita a los huéspedes con los mejores platos que preparara entre fogones, y su hijo Miguel, un joven de treinta años que, como hiciera el propio Manuel, seguirá los pasos de este, llevando el hotel cuando su padre le pase el testigo.

A ese rincón en el que pasar dos días de ensueño, o eso creen y esperan nuestros huéspedes, llegaron aquel viernes de diciembre con ganas de descansar, además de desconectar, del ir y venir estresante y agobiante de la ciudad.

Entre risas y caídas mientras esquiaban, intentando mantener el equilibrio en el caso de los más torpes, respirando el aire que les ofrecía la zona de árboles que rodeaba el hotel, tomando café y chocolate caliente en el salón junto a la chimenea.

Inmortalizando aquel fin de semana con fotos y vídeos que mirar una y otra vez, solo para recordar el instante en que un pequeño conejo blanco camuflado en la nieve asustó a Samira al salir corriendo, o cuando Abel posó para un vídeo que subir a su red social y un mal traspié hizo que ese momento se convirtiera en el más visto tras acabar en una caída donde el *influencer* quedó cubierto por completo de nieve. Y todo ante la atenta mirada de Marta, que no perdía oportunidad para soltar alguna de las suyas.

El descanso necesario para un policía un poco estresado y para un médico que, en los últimos meses, había tenido demasiadas personas en su mesa de operaciones, salvando vidas y perdiendo alguna otra que se fue demasiado pronto.

Dos días de confesiones entre una pareja que ya se habían contado de todo durante meses, pero que seguían recordando cosas que les habían pasado a lo largo de los años y compartían con el otro.

El domingo tocaba despedirse de aquel rincón, volver a la rutina, al trabajo, a los estudios, regresar al otro lado del mundo donde, a pesar de la distancia, ese agradable escocés seguiría al otro lado de la pantalla de Rebeca.

Pero, como el destino a veces tiene otros planes para cada persona, a estas siete les deparaba algo con lo que no contaban.

Todos estaban listos para montar en sus coches, los dueños los despedían en la puerta de su hogar, esperando que volvieran a visitarles pronto, hasta que la montaña habló y quiso ser protagonista indiscutible.

Una avalancha de nieve empezó a caer ladera abajo, cubriendo por completo la carretera, la única carretera que los podía sacar de allí y llevarlos de regreso a sus casas, a sus ciudades, a sus vidas y rutinas diarias.

Por si la mala suerte que acababan de sufrir fuera poca, la nieve también quiso tener su momento estelar, como esa actriz secundaria que en la película hace que la trama dé un giro completamente inesperado.

Y nevó, por supuesto que nevó.

Al calor de la chimenea y con un café, mientras veían las noticias de ese fuerte temporal que comenzaba a azotar la zona, Manuel les dijo que las autoridades se habían puesto en contacto con él, para saber si tenía localizados a todos sus huéspedes, él les indicó que sí, que seguían todos en el hotel, así que le informaron que debía hacerse cargo de ellos durante unos días, que no salieran del hotel, ni siquiera a la zona más cercana que les rodeaba, ya que debido a las fuertes nevadas y borrascas les sería imposible sacarlos de allí, al menos por el momento.

El pánico se hizo un poco más presente, la desesperación llegó a algunos de los huéspedes al ser conscientes de que, como decían en las noticias, debido a ese inesperado temporal, no podían enviar helicópteros de rescate a algunos puntos de la zona, como era el caso del suyo.

Encerrados, aislados, conviviendo con personas a las que apenas conocían, así se encontraban desde ese momento. Lo que iban a ser dos días de relax y tranquilidad se habían convertido en varios días más de incertidumbre.

Lejos de sus familias y confinados a dos días de Nochebuena.

Toda historia tiene un inicio, y aquí comienzan la suya.
¿Preparados para la aventura?

Capítulo 1: Rebeca



Y ahí estaba yo, alucinando en colores con la noticia de que en unos días no podríamos salir de ese lugar y, peor aún, del interior del hotel rural donde nos encontrábamos confinados.

Y más días con él, ese escocés que había conocido por Internet y con el que había pasado aquí el fin de semana para intimar un poco más.

¿Cómo nos fue estos dos días y medio que pasamos juntos? Pues verás, de risa...

Cuando nos vimos en el aeropuerto donde lo recogí, fue como ver a Can Yaman, pero a lo escocés, no me lo tiré ahí porque para suerte mía (véase la ironía), el día anterior me había puesto con el periodo, eso es karma y lo demás son tonterías.

Atento, simpático, yo hablaba inglés así que nos podíamos entender al igual que lo hicimos a través de las redes desde que nos conocimos, eso sí, él no hablaba español más que un, hola y gracias.

Me lo pasé el fin de semana genial a su lado, no nos prometimos ni amor eterno ni nada, pero fue de lo más bonito ese tiempo donde no dejaron de sucederse los besos y algún que otro roce. ¡Me tenía por las nubes! Y yo sin poder llegar a más nada por culpa del maldito periodo.

En ese momento estábamos todos en el recibidor del hotel donde estaba la recepción y donde nos estaban informando de todo.

¿Qué estaba pasando? Pues que todos estaban como locos, a dos días de Nochebuena y todos encerrados en ese lugar...

Había dos chicos que habían pasado el fin de semana allí, dos amigos de toda la vida por lo que le estaban contando al dueño y que uno de ellos, Asier, era médico y tenía que llamar para avisar que al día siguiente no podría incorporarse al trabajo. El otro, Aitor, era policía y decía que ahora mismo estaba de vacaciones hasta después de Reyes, pero claro, para su familia iba a ser una faena. Se les veía muy simpáticos y educados.

Luego estaban dos primas que por lo visto se llevaban fatal, una deslenguada llamada Marta y una pija de nombre Samira, ambas con Abel, un amigo *gay* que intentaba calmar las aguas de esas dos mujeres, así que imaginad, quedaban unos días moviditos.

Y Alan, ese escocés que estaba para chuparse los dedos, que no tardó en avisar a su familia, pero estaba tranquilo, realmente era una persona de no alterarse mucho.

Y yo, bueno, pues en ese momento levanté el teléfono y hablé con mi encargado poniéndolo en antecedentes, me dijo que no me preocupara y que cuando pudiera incorporarme lo avisara.

Mi familia puso el grito en el cielo, me lo esperaba, para ellos era muy importante la cena de Nochebuena, pero se iban a tener que aguantar como yo, aunque a mí realmente hasta me había venido genial saber que iba a disfrutar con aquel hombre de unos días más y sin regla, que ese día el periodo estaba desapareciendo y sí, tenía unas ganas de perderme en su cuerpo que me tenían de lo más “*cachonda*”.

Manuel, el propietario del hotel, nos tranquilizó todo lo que pudo, al igual que su mujer Pepa, que se encargaba de la cocina y su hijo Miguel, que era quien atendía las mesas.

—Yo me cago en mi vida —soltó Marta, mirando a Abel.

—No empieces que te estoy viendo, aquí nos hemos quedado jodidos los siete huéspedes y te veo que vas a ser tú quién la lées.

—¡No me toques mi alcachofa, no me la toques! —le advirtió a gritos y ante la vergüenza que estaba pasando su prima, que se retiró a la zona de cocina— Y encima aquí encerrados, yo fumo y no hay ni una zona de fumadores, vamos que me monto una tienda de campaña ahí fuera.

—No te preocupes por eso —irrumpió Manuel, el pobre hombre—. Para los fumadores os habilito la zona de la terraza cerrada del comedor, ¿os parece? Además, del lado de la chimenea —era una zona que se encontraba donde estábamos ahora—. Es una situación especial y no os voy a dejar sin fumar.

—Gracias —le dijo Abel.

—¿Os molesta a los demás? —preguntó el hombre.

Todos dijimos que no, además yo fumaba, así que me venía genial.

—Espero que el Gobierno se haga cargo de todo lo que voy a beberme alcohol, porque van a faltar botellas para todo lo que voy a engullir —dijo Marta.

—No te preocupes por eso —respondió sonriendo Manuel, encima buena persona que tenía humor.

Asier y Aitor, se sentaron en el sofá de al lado de nosotros a tomar un café que nos trajo Pepa, nos pusimos a charlar y como hablaban inglés pues no tuvimos problemas para que Alan interactuara.

—Creo que esa chica lo va a pasar mal —dijo Asier, refiriéndose a la deslenguada de Marta.

—Pues tiene dos problemas, uno relajarse y otro que se tire de los pelos de la cabeza —murmuré causando una risa en los tres—. Yo digo una cosa, si fuera el dueño le plantaba cara y le quitaba los modales esos de mierda que tiene.

—Imagino que cuando vea que nadie le hace caso irá aflojando —contestó Aitor.

—Menos mal que no la entiendo —murmuró Alan, causando una carcajada en nosotros—, pero es muy molesta la voz de pito que tiene, se mete en el oído y parece que va a reventar.

Pepa se dirigió a todos y nos dijo que, en Nochebuena, nos prepararía una cena bonita y pondrían luego las copas hasta la hora que quisiéramos con lo cual, al menos, no iba a ser una noche más.

Era la hora de la comida y pasamos los cuatro a la terraza del comedor, el otro trío se sentó en otra mesa muy apartados de nosotros, ni que los fuéramos a contagiar, pero allá ellos sí querían ir por libre en ese encierro obligado.

Durante la comida los estuvimos escuchando a ellos todo el tiempo. Marta no paraba de quejarse de que se iba a aburrir y que estar con la monja no era muy divertido, lo decía por su prima que comía en silencio y de lo más triste, eso sí, Abel le recriminaba su actitud y le reñía.

Nosotros nos mirábamos aguantando la risa y disimulando, pero yo es que no podía, además tenía la oreja puesta en ellos, que sí, lo reconozco, a cotilla no me gana nadie, soy como la vieja del visillo y me encanta rajar. Eso no quita que tenga mi gran corazón, pero los chismes eran los chismes.

Aitor estaba de los nervios porque quería solucionar esa riña que no iba con él y menos aún con ninguno de nosotros, pero se ponía enfermo escuchando cómo trataba Marta a la pobre Samira, sin embargo, Asier le decía que ni se le ocurriera saltar pues esa guerra no era de ellos.

—Bueno, no es de ustedes hasta que vuelen cuchillos y necesiten un policía y un médico —solté mientras comía aquella deliciosa sopa como primer plato, de segundo teníamos filetes empanados rellenos de queso y jamón. Los chicos se echaron a reír.

—Esperemos que la sangre no llegue al río —murmuró Asier.

—No, al río no, pero en todo el alojamiento seguro —respondí a carcajada limpia, los tres aislados miraron hacia nuestra mesa y les sonreí levantado la mano como si no fuera con ellos.

—Y lo peor de todo es que me quedo sin mis regalos el día de Navidad —se escuchó decir a Marta, muy enfadada.

—Esa se está buscando que la coja por los pelos, la saque del alojamiento y se muera congelada

ahí fuera, ya me está poniendo de los nervios —murmuré sonriendo y disimulando.

Y es que era estúpida, no dejaba de quejarse, ya no podíamos hacer nada, así que lo mejor era que lo aceptara y disfrutara del momento, pero no, esa se veía que iba a dar guerra y a la prima le iba a provocar un ataque de ansiedad fuerte, menos mal que teníamos a Asier para cualquier incidencia.

Después de la comida nos fuimos a descansar un rato, ahí entre tonteos con ese escocés que me acariciaba como nadie, que me hacía poner a mil y yo loca porque ese día se me fuera el periodo y pudiera dejarme empotrar por aquel chico de las Tierras Altas. ¡Con la de novelas de *highlanders* que yo había leído, madre mía!

No salimos de la habitación hasta la cena, es más, nos echamos una siesta de unas tres horas, vamos que estábamos de lo más relajados.

Cuando llegamos al comedor estaban Asier y Aitor con los que de nuevo nos sentamos, nos estaban esperando mientras se tomaban una copa de vino y charlaban animadamente.

Eran dos bombones, vamos que no me hubiera importado montar una orgía con ellos y Alan, total, lo que pasara en ese hotel ahí se iba a quedar.

Marta seguía igual de impertinente montado un pollo a su prima y amigo, estaba de lo más insoportable y borde. Nadie diría que aquellas dos mujeres tuvieran la misma sangre pues la diferencia era brutal.

Eso sí, lo que nos teníamos que aguantar de reír con las cosas que soltaba Abel, la ponía fina con esos aires que le entraban e iba como ella, directo a la yugular.

Esa noche nos fuimos pronto a la cama, al día siguiente queríamos vivirlo de una forma especial, al menos los cuatro, lo que hicieran el cuadro de los trillizos sería su problema, pero nosotros habíamos hablado de pasarlo bien y tomar copas hasta altas horas.

Esa noche me acosté casi limpia de periodo, al día siguiente tenía que levantarme ya como nueva,

ese *highlander* no se iba a ir de rositas.

Capítulo 2: Rebeca



Desde la cama escuchaba a Marta gritar como una jabata, por supuesto, también a Abel recriminándole su actitud, pero vamos que no llegaba a oír claramente de qué se trataba.

Miré a mi escocés que recién abría también los ojos y se puso a negar riendo por escuchar a la borde de esa manera.

—Yo te juro que la mato, yo a esa la mato —murmuré soltando el aire.

—Esa mujer es muy brava.

—Brava yo, como la coja por esa coleta de caballo. ¡Qué asquito le tengo!

—Relax —me pegó a él y comenzó a besarme.

—Lo peor de todo es pasar una Navidad con esa —murmuré mientras respondía a sus besos.

—Piensa que la vas a pasar conmigo —me echó hacia atrás y se puso de lado con una pierna sobre mí.

—Es lo único bueno que veo de esto —reí.

Y fue entonces cuando mi *highlander* comenzó a meter la mano por debajo de mi camiseta hasta llegar a mis pechos, que agarró con deseo y haciendo que gimiera.

Y así fue como comenzamos a llegar a ese momento que yo tanto había deseado y que la jodida

regla me había impedido.

Alan comenzó a tocar mi cuerpo con unos deseos imparables, con decisión, llegando a bajar su mano a mis partes más íntimas por debajo de esa braga que lo llamaba a gritos.

Comenzó a quitarme la ropa y a desnudarme para luego besuquear y lamer cada centímetro de mi piel.

Y era bueno, además de estarlo, por supuesto, con ese cuerpo fibroso que era un escándalo público. Comenzó a hacer las delicias y a darme todo aquello de lo que me había tenido que privar estos días atrás. ¡Bendito desprendimiento!

—¿Todo bien? —preguntó cuando acabamos.

—Sí, sí —contesté, boqueando como un pececillo que busca aire.

Él, soltó una carcajada al besarme por última vez antes de irse a la ducha.

Después de vestirnos fuimos a desayunar y nos sentamos de nuevo con los chicos, me caían genial y ya como que era lo mejor que nos podía pasar, aquel trío era horrible, menos Samira, la chica que hasta me daba pena.

Mirar por la ventana de aquella terraza era terrorífico, nieve y fuertes vientos, aquello tenía pinta de que unos días iba a estar sin parar, al menos tenía la garantía de que el escocés en la cama era para hacer repeticiones todo el día y por esa parte no me iba a aburrir con él.

Eso sí, Marta todo el día quejándose, ahí que escuchábamos esa voz de pito quejándose por todo y a su pobre prima dejando el desayuno y marchándose a llorar a la habitación, le eché tal mirada a la bruja esa, que por poco me la cargo.

—Eso, ¡vete a la habitación! ¡Y no salgas, que me estás dando un encierro que para mí se queda!
—gritó Marta.

—No, maja, para ti y para el resto, que te estamos aguantando —murmuré y ella me miró, vamos que solo me faltaba que la niña tuviera el oído de un *X-Men* y ya me daba de cabezazos contra la pared.

Si algo tenía claro es que esa tía al final, iba a ocasionar un lío muy grande ahí y es que algunos tendríamos que saltar y como saltáramos, ahí se iba a poner la cosa negra...

—No sé cómo la aguanta Abel, de verdad —dije.

—Pues porque no le quedará más remedio —contestó Aitor, el policía.

—Yo la habría mandado a China y sin billete de vuelta —comentó Asier.

—¿Eso no está muy cerca? —Lo miré arqueando la ceja y los tres rieron.

Terminamos de desayunar y nos fuimos al salón de recepción los cuatro, allí nos pusimos a charlar un rato sobre las condiciones meteorológicas, con dos cojones, menos mal que luego pasamos a hablar un poco de nuestras vidas, que de lo contrario me convalidan para dar el tiempo en una de esas cadenas privadas.

Estuvimos ahí hasta la hora de la comida que Pepa nos había preparado un cocido que tenía tremenda pinta, además de unas croquetas hechas con la carne de este, pero claro, ahí estaba Marta para poner cara de asco. ¡Qué hostia tenía la tía!

—¿Cocido? Ya podían haber preparado unos filetes o algo —escuché que dijo la “señora marquesa”.

—Todavía me levanto y le meto el plato de cocido por...

—Rebeca, tranquila —me pidió Aitor.

—¡Joder, con el poli! —protesté— Chico, de verdad, es que me tiene hasta el mismísimo... —Me controlé, juro que me controlé— Rima con Logroño, no digo más.

—A mí me jode ver así a la prima, lo debe estar pasando mal no, lo siguiente —Asier miraba hacia Samira y se le veía preocupado, la verdad.

—Si fuera mi prima, ya le habría dado un bofetón —me recosté en la silla y miré hacia la mesa del trío.

Cada día Samira me daba más pena y es que esa chiquilla iba a coger una depresión si se quedaba allí unos días más, su prima le estaba haciendo la vida imposible.

Asier y Aitor nos miraban pensando lo mismo que nosotros, que era para coger a Marta por los pelos y frenarla, pero bueno, por ahora nos estábamos manteniendo al margen y digo, por ahora, porque si la cosa seguía así, se iba a liar parda, eso sí, Abel la frenaba mucho y le ponía los puntos sobre las íes.

Tras la comida nos fuimos a descansar los cuatro, bueno a descansar... es un decir, porque en cuanto atravesamos la puerta de la habitación, ahí estaba Alan, quitándome la ropa que le estorbaba. Toda, vamos. Que me dejó desnuda en menos que canta un gallo al amanecer y tras quedarse él también como si fuéramos Adán y Eva en el Paraíso, me cogió en vilo y pegándome a la pared empezó a tocarme hasta que me excité y me sorprendió entrando de una embestida.

Mi escocés me dio un postre de esos que te dejan lista para dormir, con las piernas temblando y a falta de respiración. ¡Cómo lo hacía el jodido!

Me llevó a la cama y ahí que aproveché yo el calorcito de su cuerpo para acurrucarme y dormir cómoda.

Nadie se podía imaginar lo que me había alegrado de aquel desastre de la naturaleza y que nos había dejado allí encerrados, al menos a mí me había hecho el favor del siglo y es que habría sido muy triste despedirme de él sin haber conocido sus artes amatorias en la cama, me lo habría perdido, pero bien perdido. Y es que este hombre tenía un tesón de esos que hacen vibrar.

Me desperté de la siesta con Alan bien pegado a mi espalda, él seguía dormido y me dio hasta reparo moverme porque no quería despertarlo.

Vamos, que si tenía que reponer fuerzas para después darme otro poquito de su amor pues... yo le dejaba sin problema.

Eso sí, que de este viaje me iba a ir con dolor en todas las partes de mi cuerpo. ¿Las pestañas duelen? Porque juraría que a mí sí me empezaban a doler.

Me levanté y fui al baño, una tenía necesidades de las que ocuparse, vamos, que me hacía pis como una ancianita con pérdidas.

Cuando salí Alan, ya estaba despierto.

—Creí que me habías abandonado —dijo cogiéndome y haciendo que me tumbara sobre él.

—¿Abandonarte y perderme esta blanca Navidad contigo? ¡Qué va!

Alan sonrió, me volvió a besar y antes de que la cosa se nos fuera de madre, nos vestimos para ir al salón.

Durante la cena no apareció Samira, murmuramos bromeando si se la habrían cargado y descuartizado. Nos entró tal ataque de risa que Marta desde su mesa nos miró con una cara de asco que no podía con ella, vamos que no nos importó un pimiento y si hubiese sabido que estábamos hablando de ella, peor hubiera sido su cara.

—De verdad, que ni cenar en silencio vamos a poder —comentó con esa cara de acelga que se la había puesto. Y eso que para la cena Pepa nos había preparado unas tortillas de patatas la mar de ricas.

Después de cenar nos fuimos un rato a la chimenea a tomar un té, solo estábamos Alan y yo, los chicos se habían ido a ver una peli que echaban en la tele, así que ahí estuvimos fumando un cigarrillo mientras charlábamos sobre la posibilidad de que yo fuera en vacaciones a las Tierras Altas de Escocia, la verdad es que me encantaba esa idea y si encima allí podía repetir jugada con él, mejor que mejor.

—A mí me gustaría que vinieras a verme —susurró mientras me mantenía bien pegada a su pecho.

—Y a mí, siempre quise conocer Escocia.

—Pues ya sabes, alojamiento tienes.

—¿Sin pagar nada? —pregunté.

—Bueno, sé una forma de pago que nos gustará a los dos —me dio un mordisquito en el cuello y recé para no encenderme otra vez.

Ya solo estábamos a unas horas de que comenzara el día que tan especial era para mis padres, el de Nochebuena, así que me los imaginaba con ese dolor y cabreo de que yo no fuera a estar con ellos, pero bueno, así habían sucedido las cosas y en el fondo pensaba que también me merecía pasar unas bien diferentes...

Capítulo 3: Rebeca



Despertar en la mañana del veinticuatro de diciembre, con el hombre con el que había pasado muchas de mis noches charlando a través de una pantalla, y que tras un primer beso se sucedieron algunas caricias que hicieron que acabáramos dejándonos llevar hasta el punto de que tuviéramos nuestro primer encuentro sexual, no tenía precio. Y menos cuando el hombre en cuestión era tan diestro en esas lides amorosas.

¡Madre mía de mi vida! Me iban a doler hasta las pestañas.

Noté esa mano juguetona sobre mi vientre, bajo la camiseta con la que había dormido, acariciando despacio, hasta que empezó a bajar, y bajar y... Sí, encontró el premio.

Ahí que fue él, todo afanoso, a tocar el punto exacto y concreto que me haría perder la cordura en cuestión de minutos. Y es que esos dedos expertos sabían bien cómo moverse.

Pellizcaban, tocaban, entraban y salían mientras yo me pegaba a él, notando su erección en mi trasero, y menuda erección.

Alan me besaba el cuello, mordisqueaba el hombro y cuando consiguió lo que con tanto ahínco buscaba, me hizo gritar su nombre entre jadeos y espasmos de un increíble orgasmo.

Ni tiempo a que me recompusiera me dio, cuando me vi a cuatro patas sobre la cama con él, penetrándome de golpe mientras me agarraba las caderas y me llevaba al encuentro de las suyas.

Y ahí estaba yo, siendo embestida una y otra vez por ese Adonis llegado desde las mismísimas tierras de *William Wallace*, mientras contemplaba por la ventana la preciosa estampa navideña que los Pirineos de Huesca ofrecían.

Me corrí agarrando las sábanas con fuerza y con el cuerpo de Alan sobre mi espalda, pues se había recostado ahí mientras me rodeaba con ambos brazos, fundiéndonos en un solo cuerpo.

De esta sí que me iba a doler hasta el último hueso del que yo desconociera el nombre.

Esto tenía que contárselo a mi compañera Rosita, que a esa le iba más un chisme... y si era de mi escocés, ese del que hasta ella quedó prendada cuando lo vio en fotos, no digamos.

Claro, que era capaz de decir que me lo llevara para casa después y la dejara probarlo.

¡Mis cojones treinta y tres! Como decía mi abuelo.

—Buenos días, pequeña —susurró en mi oído antes de besarme la mejilla.

Me gustaba que me llamara así, pequeña, con ese apelativo cariñoso con el que empezó a hacerlo al poco de conocernos, y es que claro, medir metro sesenta al lado de semejante hombre que te saca treinta centímetros pues... Larguirucha no me pegaba, la verdad.

—Buenos días, guapo.

Nos dejamos caer en la cama y me estrechó entre sus brazos, haciendo que en ese instante me sintiera tan bien, que no quisiera ni levantarme. Vamos, no tenía ni unas poquitas ganas de salir de esa habitación que se había convertido en testigo silencioso de aquellos encuentros, donde la pasión era protagonista indiscutible.

—Una ducha y a desayunar, que tengo hambre —y por si no le creía, ¿no va y me da un buen mordisco en el hombro?

—¡Tus muelas todas, “jodío por culo”! —grité lo que me salió del alma, de verdad, porque daño me había hecho, y mucho.

—Pero qué boquita tiene la niña.

—Anda, que la tuya. Hijo, de verdad, que esos dientes parecen de piraña.

—No decías eso anoche, cuando era otro sitio el que mordía.

Y me entró un calor de repente al recordarlo, que me tuve que levantar antes de acabar otra vez perdida entre las sábanas con ese hombre. Bueno, con ese pecado hecho hombre porque, ¡madre del amor hermoso!

—Venga —dije dando unas palmadas—, a la ducha y para fuera.

—Sí, mejor, antes de que te ate a la cama y sea a ti a quien desayune, coma y cene hoy.

¿Y por qué quise yo que me atara en ese instante? Porque ya me lo estaba imaginando, pasando su lengua por cada rincón de mi cuerpo mientras me miraba como la noche anterior. ¿Hacía calor o era yo? Me abaniqué y entré en el cuarto de baño, donde me di la ducha más rápida de mi vida.

Cuando salí entró él, que lo hizo riendo a carcajadas al ver mis más que sonrojadas mejillas, porque el tío estaba como su madre lo trajo al mundo y con otra gloriosa erección en todo el asunto.

Y yo que pensaba que esos dos días nos conoceríamos, charlaríamos y pasaríamos momentos bonitos y divertidos que comentar cuando nos viéramos por Internet, y sí, habían sido todo eso, hasta que me dijo que quería hacerme gritar de placer con el mejor sexo de mi vida.

Joder, vaya si lo estaba consiguiendo.

Salimos de la habitación y en el pasillo nos encontramos con Aitor y Asier, habíamos congeniado bien con ese par de amigos así que fuimos juntos al salón a desayunar.

Allí estaba Samira, sentada sola en la terraza. Esa chiquilla me daba una pena. Con lo buena persona que se la veía, y lo puteada que la tenía su prima Marta, la “localcoño” como la llamaba Abel. Qué paciencia la que tenía ese hombre con ella.

—Buenos días, preciosísima —dije acercándome a ella.

—Hola —sonrió y me alegré de ver ese gesto en esa cara tan bonita que tenía.

—Venga, vente a desayunar con nosotros, ¿sí? Que estás tú muy sola aquí.

—No, de verdad, no quiero molestar —me contestó.

—¿Molestar? —preguntó Aitor desde la lejanía con una media sonrisa que haría que hasta la más fría de las mujeres se derritiera—. Anda, a la mesa ahora mismo.

—Está bien, gracias.

Samira se puso en pie y no pude evitarlo, le pasé el brazo por el codo agarrándome a ella y así me la llevé a la mesa, donde los tres nos esperaban sonrientes.

—No quiero verte con esa cara, ¿eh? —le advirtió Asier a Samira.

—¿Qué cara? —preguntó con el ceño fruncido.

—Esa de tristeza, que aquí nos lo vamos a pasar muy bien, ya verás.

—No tienes que dejar que tu prima te mangonee de esa manera, corazón —le dije, y es que me daba rabia ver cómo la trataba.

—No puedo hacer nada, nuestros padres intentan que nos llevemos bien, pero es que ella... no pone de su parte. Y ya me he cansado.

En ese momento entraron la susodicha y Abel, que se sentaron en otra mesa como si nosotros fuéramos unos apestados.

Por una parte, lo agradecía, porque no estaba yo por la labor de soportar las tonterías de la niñata

aquella con ínfulas de marquesa, ni que siguiera tratando a Samira, como si fuera su sirvienta.

Marta nos miraba de reojo, pero el desprecio que se vislumbraba en sus ojos cuando se fijaba en su prima, me ponía mala.

—Ya está la marquesa mirándonos como si fuéramos un mosquito en el cristal de su coche — murmuré, porque tampoco quería que nos escuchara hablar.

—No tiene coche, Abel la lleva donde quiere.

—¡Coño con la marquesa, si tiene chófer y todo! —Vi a Alan y a los otros dos chicos aguantar la risa, mientras que Samira se mordía el labio para no reír.

—Es la niña de sus ojos, algo así como la hermana pequeña que siempre quiso. Abel tiene dos hermanos, mayores, que viven fuera de España —nos contó Samira.

—Vosotras sois hijas únicas, ¿verdad? —preguntó Alan.

—Sí, por eso mis tíos se empeñan en que nos llevemos como hermanas. Mis padres saben lo que hay, pero con tal de darle el gusto a los otros, pues me obligan a relacionarme con...

—La “localcoño” de las narices. Hija, de verdad, la que te ha caído a ti con tu prima.

—Llegados a este punto de nuestras vidas, habría preferido un primo, la verdad.

—No me extraña —comentó Aitor, que no le quitaba ojo a la chiquilla.

Samira cuando se daba cuenta de que el policía la miraba se sonrojaba, y no era para menos, porque ese hombre estaba para verlo.

Que yo con mi escocés a lo turco tenía bastante y estaba, pero que muy bien servida, pero vamos que me pilló aquí sola y acabo haciendo una locura con el experto en leyes.

Miguel llegó con el carrito de los desayunos, nos sirvió a nosotros primero pues nos había visto llegar, y claro, allá que fue la marquesa de la desvergüenza a soltar lo más grande por la boca.

—¡Oye, Miguelito! ¿Se puede saber por qué vas allí primero si están más lejos que nosotros?

—Marta, por favor, tengamos el desayuno en paz —le pidió Abel.

—¡Un mojón pa ti, Abelito! Que estamos aquí nosotros y se va a servir a aquellos los primeros. ¿Habrás visto?

—Marta, llegamos antes que vosotros —contestó Samira, y en qué hora lo hizo la pobre.

En cuanto vi a Marta levantarse de la mesa y venir a por su prima, me levanté cogiendo la mano de Samira para que lo hiciera también y la puse detrás de mí. Me acababa de salir la madre loba que toda mujer lleva dentro.

Que yo no conocía de nada a esas dos muchachas, pero igual que a la borde la tenía una manía, que si lo supiera no salía de su habitación lo que nos quedaba de encierro, a la otra la veía como una niña a quien cuidar.

Y no fui la única, puesto que Alan se puso a mi lado rodeándome la cintura con el brazo, mientras que Aitor y Asier parecían un par de guardaespaldas.

—¡Anda! ¿Pues no van y se ponen a defender a la mojjigata esta? ¡Ni que le fuera a pegar! Que ganas no me faltaban porque, dos buenos guantazos tiene...

—Marta, si se te ocurre ponerle una sola mano encima a Samira, tendrás problemas —saltó Aitor, cortándola.

—Lo que me faltaba, que me amenace un “agentucho” de policía. Mi padre tiene los mejores abogados y te comerían en un tribunal, soplagaitas.

—Marta, por favor, ten un poco de respeto por esta gente —le pidió Samira, lo que hizo que se ganara una mirada que, si hubiese sido fuego, la chiquilla ya estaría churruscadita.

—¡En qué hora me obligaron a venir contigo, de verdad! Y encima tengo que aguantarte en mi habitación, si es que, ¡menudo castigo!

—Marta, te estás pasando con tu prima. Vamos a desayunar, anda —Abel la cogió del brazo para llevarla a la mesa, pero ella seguía liándola.

—¿Qué desayuno? ¿Eh? ¡Si se lo ponen primero a ellos, como si fueran todos ministros o alguien importante!

Abel consiguió llevarse a Marta, pero Samira no estaba por la labor de quedarse allí más tiempo. Cogió una taza de café y se marchó del salón.

—Si le pudiera dar un guantazo a la niñata esa, se lo daba —dije entre dientes.

—Pequeña, tranquila —Alan me pasaba la mano por la espalda, pero tenía tanta rabia dentro, que ni eso me calmaba.

Pasamos el resto de aquella mañana alternando la sala donde estaba la chimenea con la terraza del comedor.

Samira venía de vez en cuando a charlar con nosotros, pero en cuanto su prima hacía acto de presencia, para dar por culo básicamente, ella se marchaba.

Me había fijado en Aitor y Asier, siempre muy pendientes de ella, con miradas que me daban a entender... No, seguramente eran imaginaciones mías. Estaban preocupados por aquella jovencita igual que yo, porque desde luego no había derecho a que la señora marquesa se comportara con ella de esa manera.

Nos despedimos y, como solía decirse: “cada mochuelo se fue a su olivo”. Había que arreglarse algo, dentro de lo poco que teníamos ahí para la ocasión, ya que en apenas unas horas nos ofrecerían una cena especial de Nochebuena.

¿Había comentado que Alan me tocaba en cada ocasión que podía? Pues sí, parecía un pulpo porque no sabía por dónde me pasaba una mano, que de pronto la encontraba en otro sitio. Prueba de ello fue que en el momento en que me quedé en ropa interior antes de cambiarme, ahí estaba él, poniéndome mirando al paisaje otra vez.

Capítulo 4: Rebeca



Pues no es que estuviéramos todos vistiendo de gala, con esmoquin y lentejuelas, pero nos habíamos puesto bastante decentes.

Las tres íbamos en vaqueros, pero mientras Samira y yo habíamos optado por unos jerséis muy monos, en su caso con un hombro al aire, Marta se había puesto un top bien ajustado y de tirantes finos.

Ellos también llevaban vaqueros y jersey con deportivas, bien guapos los cuatro. Sí, el *influencer* también.

La mesa que nos habían preparado estaba preciosa, decorada con pequeños árboles navideños blancos y con copos de nieve rojos, azules o verdes, además de algunas velas aromáticas.

Aitor y Asier se acercaron a nosotros para saludarnos, igual que hizo Samira, mientras que Abel, se limitó a hacernos un leve gesto con la mano y Marta nos ignoró por completo.

Nos sentamos a la mesa y Manuel con su hijo Miguel, empezaron a servir la cena.

De entrantes pusieron un buen surtido de marisco acompañado de un vino blanco que estaba muy dulce.

Marta le dio bien al vino, se bebía las copas como si fuera agua. Abel intentaba controlarla, pero con las miradas que le lanzaba, no era de extrañar que al final la dejara ir a su aire.

—Y que tenga que soportar otra cena con esta... —dijo Marta de repente, y todos sabíamos que se refería a su prima.

—Marta, de verdad, que me estás dando unos días. Deja tranquila a Samira, ¿quieres? —le pidió Abel.

—No me da la gana. Yo no estaría aquí, en el culo del mundo aislada si no fuera por su culpa.

—Yo no tengo la culpa de que nuestros padres nos obligaran a venir aquí.

—Ah, ¿no? Pues deja que te diga, que, si no fueras doña perfecta, doña estudiosa y la toca narices de la familia, mis padres no me estarían dando la tabarra para que estudiara. ¿No podías haber sido como yo, prima? Un poquito menos... aburrida, por no decir otra cosa.

—¡Marta! Ya basta, a cenar. Y deja ya el puto vino —Abel estaba cabreado, le quitó la copa, pero ella lo ignoró y cogió otra.

Samira comía en silencio, esa pobre chica no hablaba por no pecar.

—Pudiendo estar con mis padres... —volvió a quejarse Marta, mientras bebía.

—Todos estamos igual, niñaata —salté, porque me estaba poniendo de los nervios.

—¿Niñaata? Te quedas calva, te lo aviso.

—Pequeña, por favor, no entres —me pidió Alan.

—¿Y el indio qué dice? —preguntó Marta.

—No es indio, prima, es escocés.

—¡Tú te callas, que no te pregunté a ti!

El brillo en los ojos de Samira, me dio a entender que se estaba conteniendo, pero es que menuda estaba liando la señora.

Fui a hablar de nuevo, pero Asier, que estaba a mi izquierda, me cogió del brazo y me hizo el gesto de que no lo hiciera con la cabeza.

Me callé, desde luego que lo hice, pero mordiéndome la lengua y controlándome para no levantarme y dejarla calva yo a ella.

El asado que sirvieron después como segundo plato estaba riquísimo, igual que el pastel de nata con nueces que Pepa había preparado para el postre.

En cuanto acabamos de cenar, Manuel abrió una botella de champán y brindamos todos, ellos tres también, por aquellas Navidades diferentes que estábamos teniendo ese año.

Miguel puso música y nos sirvió una copa a cada uno, la noche prometía ser divertida.

Entre risas y bailes pasamos la primera hora, hasta que la señora marquesa empezó a tocarnos la moral a todos.

—Venga, un poco de salseo que estas canciones las escuchaban mis padres en los guateques esos.

—Marta, hija, los guateques son de hace sesenta años, y tus padres no son tan mayores.

—Da igual, con esto me voy a dormir y quiero divertirme. Ya que tengo que verle la cara a la monjita de mi prima, al menos que pueda bailar.

Conectó su teléfono móvil con el equipo de música del hotel y ahí que empezó a sonar *Sin pijama* de Becky G. y Natti Natasha.

Marta empezó a lo que todos creímos que era bailar de manera insinuante y con miradas provocativas dirigidas a todos los hombres presentes.

Excepto a su amigo Abel que, por razones obvias, verla mover el culo de esa manera no le provocaba lo más mínimo, pero es que ni Miguel, que estaba poniendo copas se interesaba por ella, ni Aitor, Asier o Alan lo hacían.

El policía y el médico, que, aunque parezca el principio de un chiste no lo es, seguían sentados en uno de los sofás junto a la chimenea y no le quitaban ojo a Samira, que estaba sola en una de las sillas pegada al ventanal contemplando caer la nieve.

Alan se pegó a mí, me cogió por las caderas y empezamos a bailar ante la mirada de todos.

Incluso vi al *influencer* morderse el labio cuando Alan, movió las caderas pegándolas a mi culo.

—Joder con el guiri —saltó Marta—. No tendrá ni idea de español, pero mira qué bien entiende la canción. Esa esta noche acaba con la porra entre las piernas.

—Hija, eres de un fino y elegante... —le dijo Abel, poniendo los ojos en blanco.

Mientras yo bailaba con mi escocés, no perdía de vista a Samira, a quien había pillado en alguna ocasión mirando a Aitor, que también la miraba a ella y le dedicaba algún que otro guiño con sonrisa de medio lado.

Thalia y Natti Natasha nos hicieron movernos a todos a ritmo de su *No me acuerdo*, y yo sabía de una que a la mañana siguiente no se iba a acordar de nada por la resacaba que iba a tener.

Y es que Marta no daba tregua, se acababa una copa y ya estaba pegada a Miguel pidiéndole otra, haciéndole ojitos al pobre hombre que no sabía ni dónde meterse. Ese nos había salido un poco tímido, me parecía a mí.

Una de las veces que Samira se levantó a por otra copa, Asier le cortó el paso para que no volviera a irse a ese rincón ella sola, la cogió por la cintura y la sentó en el sofá, justo entre Aitor y él.

Ambos se desvivían en atenciones con esa chiquilla, no le quitaban ojo de encima y estaban pendiente de ella en todo momento.

Marta lo iba a tener difícil si quería hacerle algo, porque a Samira le habían salido dos guardaespaldas de cuidado.

La música siguió sonando, y con ella los bailes de Marta que echaba cada mirada a los chicos, que, si no hubiera más gente delante, estaba segura que intentaría tirarse a los brazos de alguno.

Cosa que no dudaba que fuera a intentar incluso aunque estuviésemos allí todos.

Camilo apareció en la sala con su canción *Tutu* junto a Pedro Capó y vi a Aitor coger la mano de Samira para que se levantara y llevarla con él a bailar. Baile al que se unió Asier haciendo un sándwich con ella en toda regla.

Mientras uno le cogía las caderas, el otro lo hacía por la cintura. Menudo numerito se estaban marcando esos tres, que se dedicaban unas miradas...

Samira se estaba dejando querer, se la veía cómoda con ellos y, tanto uno como otro, no dejaban de hacerle carantoñas.

Vaya tonteo llevaban esos tres.

—Abel, la tonta del bote te está quitando la oportunidad de ligarte a uno de esos dos hombretones. Mírala, y parecía tonta cuando la compramos —soltó Marta.

Aitor se apartó un poco de sus acompañantes, haciendo el amago de ir hacia Marta, pero tanto Samira como Asier lo detuvieron.

Ella le rodeo la cintura, pegando la mejilla en su pecho y a él, lo vi estrecharla entre sus brazos mientras dejaba un beso en su cabello.

—Lo que yo te digo, la pavisosa se ha ligado al policía.

—Marta, o dejas de beber, o te juro que te llevo a la habitación y te encierro en ella hasta que nos saquen de aquí. ¡Que me tienes hartito ya, “localcoño”! —le gritó Abel y ella, ofendida ante ese tono, se giró y en vez de pedir una copa, le quitó la botella a Miguel.

El pobre intentó evitarlo, quitársela incluso, pero la jodida niñata tenía un genio que era como para enfrentarse a ella, así que al final Miguel dejó que siguiera a su aire. Normal, si Abel que era quien mejor la controlaba en esta ocasión no podía con ella, como para que lo intentara alguno de nosotros.

Alan y yo bailamos, tonteamos y nos dimos algún que otro beso mientras nos íbamos calentando, poco a poco, con tanto movimiento de caderas.

Pero la noche aún no se acababa, así que, entre canción y canción, nos tomábamos una copa e íbamos a la zona habilitada para fumarme un cigarro.

No perdía oportunidad para pegarme a su pecho, abrazándome desde atrás mientras mordisqueaba y besaba mi cuello.

—No estás muy bebida, ¿verdad, pequeña? —me susurró al oído.

—No, ¿por qué? —casi gemí cuando noté su mano bajo mi jersey.

—Porque esta noche quiero perderme en tu cuerpo.

¡Madrecita de mi vida y de mi alma! Me recorrió un escalofrío de pies a cabeza y no me lo llevé a la habitación en ese momento, porque quería seguir disfrutando de esa noche navideña bailando con él.

Después tendríamos tiempo para bailar más, bajo las sábanas en esa ocasión.

Volvimos con el resto y al ver las miradas que Marta nos dedicaba a su prima y a mí, me estaba poniendo hasta de mala leche, vamos, que la niñata quería comerse a uno de los dos hombretones que bailaban con su prima.

—Joder, si es que ni siquiera el puto camarero me hace caso —la escuché protestar.

—Marta, es que no puedes gustarle a todo el mundo —contestó Abel.

—Me puedes explicar qué tiene Samira “la monja”, ¿qué no tenga yo? —gritó, señalando a su prima, a quien vi inclinar la mirada hacia el suelo.

—A eso te puedo contestar yo —dijo Aitor.

—O yo —comentó Asier.

—Vosotros meteros en vuestros asuntos, que no os estaba preguntando.

—Entonces procura hablar de los demás un poco más bajito, que así no nos metemos donde no tengamos que hacerlo.

—Joder con el policía. Qué pasa, ¿qué quieres follarte a mi prima? Porque te aseguro que a sosa no la gana nadie. Su ex la dejó porque no se movía en la cama, normal que viniera a buscarme a mí.

—¡Marta! Se acabó, a la cama —Abel la cogió del brazo y, literalmente, la sacó a rastras de allí.

—¡Que me sueltes, bruja loca! —gritaba ella— ¡Te vas a arrepentir de esto, Abel! ¡Te juro que te arrepientes de esto!

—¿Estás bien, preciosa? —Aitor se inclinó, cogiéndole la barbilla a Samira, para que lo mirara y ella asintió.

—No hagas caso a tu prima, está rabiosa porque no ha ligado —le dije guiñándole un ojo y ella sonrió un poco.

Le pedí a Miguel que nos pusiera alguna canción de esas que te hacen bailar como una loca, y eso hicimos las dos, marcarnos un buen bailecito ante la mirada de los tres chicos que no nos quitaban ojo en ningún momento.

Un par de horas y muchos bailes después, nos despedimos y nos fuimos a las habitaciones.

En cuanto entramos en la nuestra, Alan me cogió en volandas agarrándome por el culo y me tiró en la cama, haciéndome dar un gritito mezclado con la risa que me salía por los nervios.

Se quitó la ropa despacio y con calma ante mi atenta mirada, me desnudó y tras producirme un orgasmo jugueteando con la lengua en mi zona más íntima, me penetró y estuvo durante lo que me parecieron horas moviéndome a su antojo, haciendo que me corriera una y otra vez, hasta que finalmente también lo hizo él.

Caí agotada en la cama y Alan me abrazó pegándome a él, me besó en el hombro y lo escuché darme las buenas noches, pero estaba tan cansada, que no fui capaz de decir una sola palabra.

Me acurruqué entre sus brazos y noté que me cubría con las sábanas, antes de que el sueño me venciera por completo.

Capítulo 5: Rebeca



Era el día de Navidad y, por primera vez en mi vida, no me levantaba para ir a abrir los regalos que habían dejado en el árbol.

Estaba en mitad de la montaña, atrapada en un hotel por un temporal de tres pares de narices y con la única carretera que había para salir cortada por la avalancha de nieve que la cubrió el día que me marchaba.

Pero no estaba sola, al menos eso era bueno. Alan me acompañaba en esta aventura navideña en la que nos vimos inmersos con el resto de huéspedes.

Me giré entre sus brazos y lo miré mientras dormía.

No sabía lo que pasaría después de esto, pero al menos esos días que el destino, la mala suerte o el temporal oscense nos habían regalado para pasarlos juntos, los iba a vivir como si no hubiera un mañana. Que igual no lo había y entre ese pedazo de escocés y yo se acababa la historia ahí, entre polvos montañeses.

Se despertó y me miró con esos ojos somnolientos y una sonrisa que haría que cualquier mujer entre los quince y los cien años suspirara.

—Buenos días, pequeña —me acercó a él y me dio un breve beso en los labios.

—Y si me los das con un beso así todos los días, y tanto que son buenos —contesté.

—¿Qué hacemos hoy?

—Pues mira, había pensado en salir a visitar las tiendas de la zona, tomar un chocolate caliente en una de las cafeterías, pasear... —Puse los ojos en blanco y él soltó una carcajada.

—Vale, pregunta mal formulada. Deja que piense cómo replantearla.

—Pues me voy dando una ducha mientras, si eso.

—¡Ah, no! Espera, que me ducho contigo.

Se levantó llevándome en brazos hasta el cuarto de baño y una vez bajo el agua, me cogió ambas manos y las dejó en la pared, me abrió las piernas y me enjabonó a conciencia.

Y cuando digo a conciencia, es a conciencia, que hizo que tuviera un orgasmo así, de buena mañana.

Bueno, dos, que antes de que me girara para enjabonarlo yo a él, ya me estaba agarrando por las caderas mientras entraba y salía de mí.

Tras una ducha algo más larga de lo normal, nos vestimos y fuimos a desayunar, el resto ya estaba allí disfrutando de bollería, café y zumo recién hecho.

—Mira, a esta le han metido de todo menos miedo antes de venir —escuché que dijo Marta.

—Y a ti, ¿qué más te da lo que le hayan metido, Marta? —protestó Abel, poniendo los ojos en blanco.

—Porque mientras otras se levantan con un portento en la cama, yo me tengo que conformar con mi amigo *gay*. Que ya podías ser bisexual, al menos los calentones los apagaba contigo.

—No eres más bruta porque no entrenas.

—Y ordinaria, que no se te olvide, Abel —le dije yo, agitando la mano al tiempo que pasaba por

delante de su mesa.

—Tú calla, pueblerina, que a la que te descuides te quito al indio y me lo tiro.

—Te atreves a intentarlo, y no te queda hotel para correr —la señalé con el dedo y vi a Asier levantarse y venir hasta nosotras, puesto que Alan no nos estaba entendiendo una palabra y me miraba con el ceño fruncido.

—Vamos, déjalo Rebeca, no merece la pena —me pidió el médico.

—Sí, Rebequita, bonita, déjalo. Vete con el indio y vigílalo, no sea que una noche no llegue a la habitación contigo.

—¡Al final te tragas los dientes! —grité yendo hacia ella.

—¿Qué pasa, Rebeca? —me preguntó Alan.

—Qué gracioso el indio, que le puedo llamar de todo y no me entiende —la vi ponerse en pie y, con todo su descaro, se acercó a él y puso una mano en su pecho—. Te lo ibas a pasar mejor conmigo que con esta insulsa, te lo digo yo, guapetón —bajó la mano y antes de que llegara donde no debía, Alan se la cogió con el ceño fruncido y la apartó—. Tonto, si en la cama no necesitamos hablar.

—¡Marta! —gritó Samira y hasta me asusté. Era la primera vez que la escuchaba hablar en ese tono— ¿Por qué no paras? ¿No ves que molestas a todo el mundo con tus tonterías?

—Mira, primita, vamos a hacer como que no estamos las dos en la misma sala, ¿sí? Venga, pues a desayunar, su majestad Samira.

—Eres un incordio de niña —le dije dándole un leve empujón para que se apartara de Alan, que me miraba sin entender.

Ella sonrió con cara de villana de cine y se volvió a sentar, no sin antes marcarse un *Sharon*

Stone, para que tanto Alan como Asier, vieran lo que no llevaba entre las piernas. Oséase, ropa interior.

—Marta, de verdad, no sé cómo puedes comportarte así, de verdad que no lo entiendo —escuché que le decía Abel, mientras nos alejábamos.

—Buenos días, ¿cómo andamos de resacas? —pregunté al sentarme en la mesa donde Aitor y Samira estaban esperándonos.

—Yo no tengo, como casi no bebí —contestó ella.

—Y nosotros nos controlamos bastante, lo que no entiendo es, con todo el alcohol que se metió Marta en ese pequeño cuerpo, cómo está tan fresca —comentó Asier.

—Pues porque está acostumbrada a beber hasta caerse dormida y después no se despierta en dos días —respondió Samira—. Mis tíos no saben lo que hacer con ella, pero por más que mi padre les aconseja, dicen que es su única hija y no la van a meter interna a estudiar en ningún sitio.

—Claro, es mejor tenerla en casa sin dar un palo al agua y con ese carácter de mierda que tiene —dijo Aitor cogiendo su taza.

Miguel vino a ponernos el desayuno a Alan y a mí, y lo tomamos charlando con ellos tres, que nos decían que habían hablado con sus familias poco antes de bajar al salón.

Eso mismo iba a hacer yo después, llamar a mi madre y decirle que estaba bien, que no se preocupara, que seguía viva.

Cuando acabamos de desayunar, dejé a Alan con ellos y fui a la zona donde estaba la chimenea para llamar a casa.

Allí me encontré con Manuel, que estaba echando más leña para que se mantuviera todo caliente.

—Qué a gusto se está aquí, Manuel.

—¡Oh! Sí, hija, la verdad es que esta chimenea le da vida a la sala.

—¿Sabe algo de las autoridades? Si podrán venir pronto a por nosotros...

—Nada de momento, hija. La carretera, me han dicho que sigue cortada, y eso que están quitando la nieve, pero ya viste la avalancha. Menos mal que aquí no hay peligro de que nos alcance una, pues solo faltaba eso.

—Bueno, no se preocupe que eso no pasará nunca.

—¿Necesitas algo?

—No, no. Solo vine aquí para llamar a mi madre.

—Pues siéntate aquí cerquita del fuego que estarás mejor —me dijo acercándome una silla.

—Muchas gracias.

Marqué el número de casa y en cuanto mi madre me escuchó hablar dio un grito de alegría. Vamos, ni que estuviera yo en mitad de una guerra perdida por el mundo. Que estaba en Huesca, por el amor de Dios.

—¿Todo bien por allí, mamá? —pregunté.

—Sí, hija, aunque han sido unas Navidades raras sin ti. ¿De verdad que estás bien? Mira que en las noticias estaba todo cubierto de nieve y me dio hasta fatiguita hija.

—Que sí, mamá, tranquila, que los dueños del hotel nos tratan de maravilla. Anoche nos prepararon una cena riquísima.

Escuché de fondo a mi padre y, cómo no, se puso al teléfono para darme la charla.

—Ya te vale, Rebeca, lo preocupada que tienes a tu madre. Si es que, ¿a quién se le ocurre irse en estas fechas de viaje?

—Papá, que ya lo hablamos y solo eran dos días.

—Exacto, eran, esa es la palabra. ¿Cuántos llevas?

—¡Ni que yo hubiera tenido la culpa de que nos sorprendiera el temporal y la avalancha! —grité poniéndome en pie.

—El primer año que nos haces esto, ¿me oyes? A tu madre no le das otro susto así porque...

—Ya, Rodrigo, por favor —le pidió mi madre y sé que le quitó el teléfono. Vamos que iba mi padre por la casa diciendo de todo menos, “qué bonito día hace hoy”.

Charlé con mi madre un poco más, le pedí que no se preocupara y le dije que volvería a llamarla. Me quedé sentada ahí sola, junto al fuego, un rato pensando en la bronca de mi padre.

Parecía mentira que tuviera veintisiete años y él siguiera tratándome como si fuera una quinceañera.

—¿Todo bien, pequeña? —Alan se colocó frente a mí, en cuclillas y me cogió ambas mejillas.

—Sí, solo una pequeña discusión con mi padre.

—Tal vez debíamos haber esperado al verano para vernos.

—No, más tiempo no podía estar viéndote solo por el ordenador, hablando por mensajes y alguna llamada, o un simple audio. Joder, que no soy una cría para que ande riñéndome por hacer lo que quiero. No le he salido mala hija, y mucho menos como Marta, que si mi padre la conociera...

—Si cualquier padre conociera a Marta, tendría canas desde que esa niña tenía diez años.

Sonreí, Alan me dio un beso en los labios y cogiéndome la mano me llevó hasta la terraza acristalada en la que habíamos cenado la noche anterior.

Ahí estaban Aitor, Asier y Samira, esperándonos con una baraja de cartas.

—Espero que sepas jugar al *póker* —me dijo Asier, con una sonrisa de pícaro que me hizo reír—. Eso sí, nos jugamos unos botones que nos ha prestado Pepa.

—¡Hostia, vamos fuerte! —solté una carcajada al ver la caja de botones que Samira agitaba con ambas manos.

—Si quisierais apostar algo más que unos botones, lo suyo sería hacer un *strip póker* —escuché que decía Marta desde la puerta.

—¿Te ha dado alguien vela en este entierro, “localcoño”? —pregunté, y me salió del alma llamarla así.

—No, pero me autoinvito sola a las cosas. No es que por aquí tenga mucho más que hacer. Que ni el camarero quiere un revolcón conmigo —soltó encogiéndose de hombros.

—Me parece a mí que el camarero está más pendiente de tu amigo Abel, que de ti —Asier lo dijo sin ni siquiera mirarla, mientras barajaba las cartas.

—¡Qué dices! Imposible. Tengo buen ojo para detectar *gays* y no meter la pata.

—Pues te has dejado las gafas en casa —le contestó el médico, de nuevo sin mirarla.

Todos miramos hacia la sala donde Miguel, el camarero, preparaba las mesas donde comeríamos después.

Y, casualidades de la vida, cartas del destino incluidas, por ahí que aparecía Abel mirando su

teléfono móvil sin prestar atención a nada.

A cuadros nos quedamos cuando vimos a Miguel seguirlo con la mirada, ¡si hasta le salió una sonrisilla de esas que ponen los enamorados!

—Pues me da que, si Abel se diera cuenta de eso, habría encontrado a su pareja ideal —dijo Samira.

Marta soltó un bufido y se fue, al pasar junto a Abel le dio un golpe en el hombro y este, que no la esperaba, le dio un buen grito. Ella lo ignoró y siguió su camino, suponíamos que a encerrarse en la habitación.

Y así debió ser porque no volvimos a verla hasta la hora de la comida, momento en el que esperábamos que soltara alguna de las suyas, pero nos quedamos sorprendidos cuando comió en silencio y volvió a encerrarse en su habitación.

Abel estuvo haciendo sus cosas de *influencer*, o sea, tirando fotos a esto y aquello y subiéndolas a su red social.

Aitor y Asier no perdían de vista a Samira que, de vez en cuando, se aislaba sola en ese rincón frente al ventanal para observar la nieve caer.

Alan fue a la sala de la chimenea a hablar con sus padres y yo me quedé allí viendo un poco la televisión.

No había mucho más que hacer, en eso la señora marquesa tenía toda la razón, así que pasábamos las horas como buenamente podíamos, pero como a mí el aburrimiento me mataba, fui a la cocina y le pedí a Pepa que me dejara preparar un bizcocho.

La mujer no me puso el menor impedimento, así que ahí estuvimos las dos toda la tarde, al ritmo de Manolo Escobar y su famoso carro robado entre otras muchas canciones de la época de cuando ella era niña.

La noche llegó, y con ella la cena. Marta de nuevo comió en silencio y se marchó sin ni siquiera despedirse.

—Tanta paz lleves como descanso dejas, marquesa —murmuré, haciendo que mis acompañantes no pudieran evitar reír.

Había sido un día de Navidad diferente, pero dentro de lo extraño de pasarlo con gente a la que apenas conocía de unos días, fue divertido.

Nos despedimos y retiramos a dormir, pues otro día de encierro y aislamiento por el temporal estaba por venir.

¿Qué sorpresa nos depararía ese nuevo despertar en tierras oscenses?

Capítulo 6: Rebeca



Nos estábamos duchando esa mañana cuando de repente se escucharon unos chillidos de Marta que venían desde su habitación, pero se escuchaba a lo grande.

—Te juro que hoy la mato, como a Samira la haya tratado mal, ¡es que la mato!

—Vamos a secarnos a ver qué pasa —dijo dándome un beso.

Eso hicimos, vestimos y cuando salimos ya estaba todo en silencio, pero al llegar al comedor vimos que Samira estaba sentada con Asier y Aitor, que la consolaban. La pobre chiquilla estaba llorando a mares.

—¿Qué te hizo la hija de puta de tu prima? —pregunté acariciándole la cabeza.

—No puedo más, te juro que no puedo más, solo quiere broncas e insultarme —decía llorando con una tristeza que me dolía en el alma.

—Nuestra habitación es triple, si te quieres venir no hay problema y para nosotros sería un placer —dijo Asier mientras Aitor afirmaba.

—No quiero ser una molestia —contestó sin dejar de llorar.

—Todo lo contrario, si yo me aburro con este —bromeó Aitor.

—Que sí, que ahora cuando desayunemos te acompaño a la habitación a coger tus cosas y, como tu prima la pringada diga algo, te juro que se come la cama, el armario y hasta el pollón de su amigo —solté causando una risa en Asier y Aitor mientras que Alan, levantaba la ceja porque no me

había comprendido al decirlo en español. ¡Pobre guiri!

—Sí, la acompañas, por favor, se va a venir con nosotros, esta chiquilla no puede estar así —
inquirió Aitor.

—Y tanto —aseguró el médico.

En ese momento aparecieron Abel y Marta, que miraron hacia nuestra mesa con un desprecio increíble en sus caras, el mismo que le pusimos los cuatro, menos Samira, que agachó la cabeza como un corderito degollado.

—Escucha niñaata... —dije levantándome de la silla para que me viera bien la cara— En cuanto terminemos de desayunar, tu prima y yo, vamos a ir al cuarto a recoger sus cosas para que no te aguante más.

—Mira gilipollas, te voy a decir algo alto y claro. Si quieres ahora mismo voy yo y se lo traigo todo, que la quiero perder de vista, así que no te hagas la chula, que soy la primera que quiero que se vaya.

—Tú te vas a llevar una hostia a mano abierta antes de irte de aquí, que vas a necesitar un año para recuperarte, avisada quedas —le señalé con el dedo.

—Siéntate —me dijo Aitor, pero lo ignoré.

—Me vas a dar más, chula de mierda —dijo sentándose enrabiada.

—¡Claro que sí, guapi! —solté poniendo una mano en mi cintura— Las que tú quieras.

—Qué vulgar, se nota que eres de pueblo, hija.

—¿Qué me puede caer por darle una hostia? —pregunté mirando a Aitor, causando la risa de todos menos de Alan, que no me entendía.

—Siéntate —me ordenó el poli riendo.

—Ríe, pero verás cómo me gano una multa, esa me está sacando de quicio.

—A todos, pero no entres en su juego ni te pongas a su altura —me pidió Asier.

—Es que me puede, de verdad que me puede. Y mira, que sé que soy mayor que ella, adulta y esas cosas, pero es que le daba un bofetón y me quedaba tan a gusto. No me imagino la paciencia que tienen que tener sus padres.

—Siento vergüenza por lo que estáis pasando por mi culpa —escuché que murmuraba Samira.

—¿Tu culpa? —pregunté mirándola horrorizada— La culpa es de la desquiciada de tu prima, y aquí quien lo está pasando mal eres tú, que te estás comiendo unos días que ni para mi peor enemigo los quisiera, pero vamos, que ya te sacamos de esa celda y que se la quede ella, con toda su perra cara —resoplé untándome la mantequilla en el pan con un cabreo de órdago.

—Bueno, desayunemos y vais a por las cosas —dijo Aitor, intentando que nos calináramos.

—Joder es que yo no le hago daño a nadie, soy respetuosa con todo el mundo y no me meto en líos. No es que sea una santa porque también tengo mi lado perverso, pero daño, a nadie le hago y yo recibo tortas de todos lados —soltó causándonos una risa por lo de su lado perverso.

—Así que eres perversa, ¿eh? —preguntó Asier, haciendo un gesto bromista mientras levantaba varias veces las cejas.

—Pues claro, como todos, unos más que otros, pero sí —dijo ella con ternura, que no, que no desprendía esa mujer mucha perversión, pero claro, quizás desde donde ella lo veía, ser perverso podía ser follar a cuatro patas, pero de que era adorable, lo era la chiquilla.

Un rato después se fueron Abel y Marta hacia el cuarto, Samira se descompuso al verlos pasar y es que se lo estaba haciendo pasar realmente mal.

Nosotros terminamos de desayunar y fuimos todos a la habitación de Samira, sí, sí, todos. Esperamos en la puerta con esta abierta, vamos que la aguantaba yo, apoyada sobre ella para asegurarme que la dejaban recoger sus cosas sin liársela parda.

Marta se puso a cantar una sevillana muy antigua “*Algo se muere en el alma cuando un amigo se va*”. Miré a los chicos que estaban en el pasillo y los vi aguantando la risa, yo me tuve que echar a reír, pero a carcajadas.

Samira me miró volteando los ojos y terminando de meter todo en su maleta.

Marta seguía cantando “*Porque hay palabras que hieren y no se deben decir...*”

Samira cerró la maleta y se vino para mí, mientras Marta se ponía más intensa cantando y mirándola desde lo alto de la cama con palmas incluida “*No te vayas todavía, no te vayas por favor...*”

Cuando salimos di un portazo que seguramente hizo retumbar todo el hotel. Nos fuimos a la habitación de los chicos a dejar las cosas de ella y luego para la chimenea donde Pepa nos trajo otra ronda de café, lo que nos faltaba para ponernos más alterados.

Estuvimos riéndonos un buen rato de lo patética que era Marta, pero había tenido su punto, cantar esa canción con lo que yo había llorado con Chanquete y ahora vivirla desde otro punto, muy fuerte.

—¿Más tranquila? —pregunté pasándole a Samira el brazo por los hombros y acariciándole el suyo.

—Solo con saber que no tendré que pasar más noches allí, ya me vale. Te juro que me daba hasta miedo cerrar los ojos, por si le daba por levantarse y hacerme algo.

—Dudo mucho que Abel hubiera consentido que lo hiciera.

—¿Abel? Ese se pone tapones para dormir y un antifaz. La primera noche que le vi hacerlo, mientras mi prima estaba en el cuarto de baño, al preguntarle me dijo que era la única manera de encontrar paz estando con su niña. Que sí, que la quiere mucho, pero a él también lo saca de quicio.

—Lo que no sé es cómo ese hombre no está con pastillas para los nervios, de verdad. porque aguantar a la señora marquesa... telita.

—Pastillas no, pero de vez en cuando se bebe un par de copas de más y se olvida de todo. Claro, que la peor es mi prima a la hora de beber. Es como una esponja.

—Ya la vi, ya. Menuda cena de Nochebuena nos dio —dije poniendo los ojos en blanco.

—¡Eso no es nada! Las Navidades pasadas nos llamó mi tía desde el hospital, les dio un buen susto a los dos. Bebió y se tomó no sé qué pastillas y si no hubiese sido por el lavado de estómago, no sale de aquella.

—Joder. Bueno, pero tú tranquila que vas a dormir con dos buenos hombres. Se ve que se preocupan por ti.

Samira se sonrojó, y me encantaba ver esa inocencia que desprendía su cara angelical. ¿Yo había sido así siete años atrás? Tenía mis dudas, la verdad.

Durante la comida Abel y Marta, la pasaron cuchicheando para tocarnos las narices, pero nada más lejos de la realidad, nosotros hablábamos murmurando y ella se encendía más y es que, lo mejor de todo, es que a ella era muy fácil cabrearla, no porque vivía así continuamente, pero la encendíamos mucho más.

Realmente aquello ya era un pique a dos bandas, Marta y yo, que nos habíamos propuesto jodernos la una a la otra, yo en defensa de Samira y ella en discordia con el mundo y que no le gustaba que se le plantara cara, pues con buena había ido a dar.

—Si bien lo dice el refrán, “Dios los cría y ellos se juntan” —la escuché decir a Marta.

—Claro, la buena gente siempre está cerca de sus congéneres. Luego están las pérfidas primas a las que poquito les falta para ser la bruja mala del cuento —salté, ganándome una reprimenda de Aitor.

—¿Quieres callarte, Rebeca?

—¿Me va a esposar si no lo hago, señor policía?

—No me tienes... —contestó en un leve susurro, sin dejar de mirarme con lo que, en ese momento, me pareció deseo.

Y yo en ese momento me vi casi como en una escena de la peli del Grey, vamos, que casi le pido que me ponga los grilletes...

Ese día lo pasamos los cinco juntos, ni fuimos a descansar, estuvimos jugando a juegos de mesa y luego a cenar.

Samira estaba ya más sonriente, para colmo esa noche Abel y Marta, fueron a por las hamburguesas y se las llevaron al dormitorio, así que hubo una paz tremenda y un buen rollo increíble.

Tras la cena nos despedimos y Samira se fue con los chicos que le habían gastado mil bromas diciendo que no la iban a dejar dormir sola por si venía la prima, y es que la chica era tan tímida que se reía y les decía que, sin problema, que le hicieran el sándwich. Me reí poco con ese comentario.

Capítulo 7: Samira



La verdad es que encontrar a estas cuatro personas me había devuelto la vida. Rebeca había dado la cara por mí de una forma bárbara, y sin conocerme de nada en absoluto.

Ahora me tocaba irme a dormir con esos dos bombones que me tenían babeando desde que mi mirada se cruzó con la de ellos días atrás, sí, los dos, me encantaban y me habían hecho fantasear de una manera abismal.

Aitor abrió la puerta del cuarto apartándose para que yo entrara... y ahí, me puse un poquito más nerviosa.

Había tres camas pegadas, Asier por lo visto tenía la de la izquierda, Aitor la de la derecha y quedaba la del centro donde dormiría yo, mejor imposible, entre aquellos dos hombres que me doblaban en edad, al menos Asier, Aitor me llevaba quince años.

Entré al baño a ducharme y ponerme el pijama, rosa claro, muy fino y de escote en uve, me quedaba chulísimo y, joder, si iba a dormir con esos dos espectaculares hombres qué mínimo que hacerlo guapa, ¿no? Si ya lo decía la canción “antes muerta que sencilla”.

Salí afuera y ya estaban recostados en la cama, en pantalón de pijama y camiseta interior, parecía que se habían puesto de acuerdo.

Se les dibujó una sonrisa en la cara y Aitor comenzó a silbar a modo de piropo, yo me eché a reír metiéndome en el centro y sentándome como ellos, mirando la tele.

—Qué lástima que este año Papa Noel, no nos trajo nada —dijo Aitor carraspeando, y eso me sonó a indirecta.

—Tienes razón, amigo, una triste realidad —le respondió Asier, siguiéndole el rollo.

—Pues anda que, a mí me trajeron una tragedia dejándome encerrada con mi prima, más triste que eso...

—A nosotros igual, dos hombres solos encerrados en una habitación, no sé si es más triste lo de tu prima y tú, o lo nuestro —sabía que me estaban picando y lo que ellos desconocían de mí era que con las cosas que me daban vergüenza de las actitudes de las personas, era muy tímida, o los escándalos públicos, pero como ya avisé tenía mi lado más rebelde, más juguetón, más descarado.

—Haberme llamado —solté con una carcajada causando una risa en los dos—. No es que sea la más animada del mundo, pero bueno... —apreté los dientes.

—Joder Asier, lástima que hoy no es Nochebuena —soltó con doblez Aitor.

—Ya te digo...

—Podemos imaginar que lo es, venga sacad una botella de champán y brindamos —dije bromeando.

—Si me dices que lo celebraremos, ahora mismo voy y traigo una botella —dijo Aitor, haciendo que se levantaba.

—Ya estás tardando —lo reté.

Y se fue como un rayo, ya sabía yo que aquí iba a empezar una noche muy, pero que muy buena y es que alguna alegría me tenía que llevar de ese viaje, y más con dos bombones como ellos.

—¿Tú sabes lo que has hecho? —preguntó Asier, arqueando una ceja.

—Sí —contesté riendo.

—¿Y esa parte tuya que no conocía? —carraspeó sentándose, mirando hacia mí.

—¿Cuál?

—Nada, nada —se echó a reír y se levantó para ponerse a fumar un cigarro en la ventana, yo hice lo mismo mientras tenía la risa suelta y él me miraba frunciendo el rostro, era tan mono...

—Aquí estoy —dijo Aitor, entrando con la botella en mano, tres copas que puso sobre la mesa y descorchó la botella—. Es un vino blanco afrutado, pensé que nos gustaría más.

—Buena elección —dije acercando mi mano para coger la copa.

—Brindo por esta noche, que sea tan especial como nosotros deseemos —soltó con segundas Aitor.

Chocamos las copas riendo y dimos un trago.

—Ahora es el momento de jugar a algo...

—Vamos Aitor, suelta lo que estás pensando —di otro trago mientras negaba riendo.

—¿Te gustan los juegos?

—Claro, pero todo depende, di...

—Propongo jugar al siete y medio, quien más lejos se quede pierde una prenda —carraspeó y Asier al escucharlo casi escupe el trago.

—Yo llevo cuatro y vosotros tres, estamos en desigualdad —dije dando por hecho que aceptaba.

—Te damos ventaja —soltó Aitor con cara de emoción, mientras el otro afirmaba sacando las

cartas.

Me eché a reír, pero es que me daba igual, quería disfrutar con aquellos dos hombres y por primera vez en mi vida, hacer un trío de esos con los que tanto había fantaseado mientras leía en las novelas.

Aitor no tardó en sacar una baraja de cartas del cajón del hotel, las puso sobre la mesa y rellenó las copas.

Barajó bien, mirándome como esperando que me echara para atrás, que me arrepintiera y dijera que no, pero ese no iba a ser el caso. Puso tres montones sobre la mesa y volvió a hablar.

—Tú primera —dijo extendiendo su mano para que las fuera cogiendo.

Levanté una carta y era un uno, luego un cuatro y la tercera un seis, en total diez y medio. Me había pasado tres pueblos, me reí de pensarlo, pero había perdido claramente.

Asier destapó y era un seis y se plantó, lo mismo que Aitor con su siete, así que se pusieron a mirarme sonriendo, sabiendo que había perdido.

Metí los dedos por debajo de mi camiseta a cada lado de la cintura y bajé mi pantalón haciendo un gesto seductor y gracioso, en sus caras vi cómo se les subía la temperatura al verme las piernas, pero bueno, aún estaba tapada con esa camiseta pegada a mi cuerpo hasta las caderas.

En la segunda ronda perdió Asier.

—Prenda fuera, por favor, caballero —le ordené sonriendo al tiempo que me daba ligeros golpecitos con el dedo en la barbilla.

Él sonrió de medio lado, negando con la cabeza, antes de ponerse en pie, después se quitó la camiseta y, ¡madre mía! qué pectorales y abdominales tenía el experto en medicina. El tío estaba bien atlético y de lo más fuerte.

En la tercera ronda volvió a perder Asier que, riendo ante mi rostro angelical acompañado de la mejor y más inocente de mis sonrisas, se quitó los pantalones. Aitor y yo nos reímos al verlo con ese *bóxer* suelto que le quedaba de muerte. Tenía un físico espectacular, como Aitor, que perdió en la siguiente ronda.

—Señor policía, le toca pagar prenda —apoyé los codos en las rodillas llevándome las manos a las mejillas, sonriendo y esperando a ver de qué se desprendía él.

Aitor me miró fijamente a los ojos, sonrió y se quitó la camiseta dejando constancia de que tampoco tenía desperdicio. Menuda tableta de chocolate lucían los dos.

Paramos a fumar un cigarrillo y disfrutar de la copa mientras nos reíamos a más no poder, aquello estaba siendo la bomba y yo me sentía de lo más cómoda con esos dos hombres.

En la siguiente ronda perdí yo, y me quité el sujetador quedándome aún con la camiseta, pero eso los dejó a los dos tragando saliva, fue un momento buenísimo.

Volví a perder por medio punto en la siguiente, y entonces sí me tuve que quitar la camiseta, quedándome con los pechos al aire, en braga y con esos dos bromeando, haciendo como que se daban cabezazos contra la pared.

—Voy a poner la cosa más difícil —dijo Asier con gesto de terror causándonos unas risas—. Cuando uno de los tres no tenga prenda, cualquiera de los otros que más cerca quede del siete y medio, le puede pedir que haga algo o que se le haga algo a él —carraspeó.

—Creo que te entendí —reí—. A por todas —me bebí la copa de un trago viendo la cara de emoción de aquellos dos hombres.

El primero en caer fue Asier, que me quedé muerta con los buenos atributos que tenía entre sus piernas y que se iban hinchado, eso sí, rasurado perfectamente. Lo bueno era que yo también iba igual que Asier, bien depilada, ya que tenía hecha desde hacía un año la definitiva.

Luego caí yo, que los dos al verme completamente desnuda tragan saliva y sus gestos fueron de

lo más graciosos.

Menos mal que Aitor fue detrás y así fue como todos quedamos en una igualdad absoluta, ahora faltaba el resto del juego donde todo pasaría a mayores, eso sí, pedí fumarnos otro cigarro y beber la copa tranquilos en aquella ventana, menos mal que el clima estaba perfecto en la habitación, no hacía ni la más mínima sensación de frío.

Se volvieron a poner los tres montones y Asier levantó la mano.

—Un momento, propongo que quien gane, pida qué desea que se haga durante un buen rato y los demás deben obedecer sus órdenes. ¿Os atrevéis?

—Vale —dije riendo, mientras Aitor afirmaba convencidísimo.

—¿Segura?

—Segurísima —di un trago y solté la copa que no tardaron en llenar.

Tres montones y ganó Asier, el médico, el más mayor, ese que tenía un aire de lo más pícaro.

—Bueno, bueno, bueno... —Se frotó las manos y las puso sobre mi pecho, que masajé soltando el aire y mirándome fijamente.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y la sensación de comenzar a excitarme muchísimo más.

—¿Preparada? —preguntó pellizcando mis pezones.

—No lo sé, pero aquí estoy —sonreí mordisqueándome el labio.

—Aitor, siéntate en el borde de la cama y la pones, sobre ti, mirando hacia mí —dijo haciendo un gesto para que lo hiciera.

Se sentó y me cogió por la cintura sentándome sobre su miembro, puso mis piernas por fuera de las suyas y me abrió exponiéndome por completo a Aitor, que se echaba una crema hidratante en las manos.

Solté el aire al saber que me esperaban unos momentos de lo más eróticos y deseados, todo sea dicho.

Cogió una banqueta y se sentó en medio de nuestras piernas, lo miré y noté sus dedos entrando en mi vagina mientras con la otra mano pellizcaba uno de mis pezones, sentí que Aitor hacía un leve movimiento con sus caderas para notar mejor el roce.

Asier llegó hasta el fondo y eché la cabeza hacia atrás sobre el hombro de Aitor, que agarró el pecho contrario al que sostenía su amigo y lo apretó.

Esos dedos en mi interior me penetraban con tranquilidad y tiraba desde el fondo hacia fuera, yo ya comenzaba a volverme loca con aquella sensación de excitación, no me podía creer la manera de tocar de ese hombre.

De repente los dedos de Asier acompañaron a los de Aitor para tocar mi clítoris, tenía cuatro manos que se dedicaban a excitarme al máximo, no tardé en gritar presa de aquel orgasmo que me habían dado esos dos hombres, haciendo que quedara casi desfallecida.

Esperaron a que me relajara y Asier se puso un preservativo, me sentó al borde de la mesa y me penetró agarrándome por las caderas, fueron unos minutos de esos que te dejan sin aliento y en el que en su cara podía ver el reflejo del disfrute que habitaba en él, en aquellos momentos.

Luego vino Aitor, que me levantó y me puso de espaldas tumbada sobre ella con los pies en el suelo, joder qué momentazo de nuevo, yo ya estaba que no podía con mi cuerpo, mis piernas me temblaban y pensé que me desmayaría de tanta excitación.

Tras eso, les señalé con el dedo a cada uno y les dije que esa noche no me volvieran a tocar, se echaron a reír.

—Mientras sea solo esta noche... —dijo Asier con picardía, causándonos un ataque de risa.

Nos vestimos, fumamos un cigarro y nos metimos en la cama riendo, no dejaban de bromear, además, se pegaron cada uno a un lado como una lapa.

Charlamos un rato con la luz apagada, Aitor con su mano entre mis piernas y Asier por dentro de mi camiseta acariciando mi barriga, eso sí, cada uno me dio un beso en los labios con las bromas esa noche, vamos que no se pensaban ir a dormir sin él.

Capítulo 8: Rebeca



Me desperté con el mismo *shock* con el que nos habíamos acostado Alan y yo, y es que resulta que la noche anterior quisimos gastar una broma a los chicos y a Samira y salimos del interior para ir hacia la ventana de su habitación y, cuando nos asomamos por un lado de esta... ¡Premio! La sorpresa nos la llevamos nosotros. Y ¡menuda sorpresa!

Ella estaba sentada encima de uno de ellos sobre la cama, abierta ante el otro que la tocaba también, vamos que había allí montado un trío de esos y lo último que te imaginas es encontrarte a esa mujer tímida así, disfrutando como loca.

—¡Si no lo veo, no lo creo...! —susurré agarrada a la mano de Alan.

—¡No aprietes, joder, que me haces daño! —se quejó.

—Pero, ¿estás viendo lo mismo que yo?

—Sí, pequeña, lo estoy viendo. ¿Esta es la que, según Marta, es una monja? ¿Qué clase de conventos tenéis en España?

Ahí seguíamos los dos susurrando, que en ese momento me acordé de Epi y Blas, los muñecos de la televisión, aunque el que siempre hablaba en susurros era el segundo.

—Si esta estudió en un colegio de monjas, no veas si eran liberales las colegas —dije arqueando la ceja.

—Oye, esto, ¿no es un poco raro? —preguntó.

—El qué, que estemos viendo a ese angelito convertido en diablesa, o que estemos cotilleando.

—Las dos cosas, pequeña, las dos cosas.

—Yo me estoy hasta excitando, fíjate lo que te digo —confesé, porque coño era verdad—. A ver, que yo no he hecho eso en mi vida, pero oye, probar una vez...

—Rebeca, ¿te acabas de escuchar? —preguntó y por el rabillo del ojo vi que me miraba.

—Ah, ¿que lo he dicho en voz alta? —disimulé, porque bien sabía yo que así había sido.

—Como se enteren de que estamos aquí, verás —se quejó Alan.

—¡Adiós! Madre mía, ¡cómo la van a dejar!

Y es que, lo que vieron mis ojos, fue que en cuanto la niña llegó al final de su momentazo, se la follaron por turnos, así de claro, que lo vimos Alan y yo todo todito con nuestros ojitos, mientras alucinábamos en colores, vamos que eso me lo dicen unas horas antes y me juego la vida a que sería imposible.

Yo no sabía si aplaudirla, darle una medalla, o morirme de envidia, porque vaya escena con la que me había encontrado, de esas que sueñas que te pasen a ti y encima con esos dos pedazos de tíos, vamos que las penas por las que había pasado esos días Samira, ya habían sido más que compensadas.

Aquellas imágenes se me iban a quedar grabadas por el resto de mis días, vamos que me iba a quedar el *shock* una larga temporada.

Nos duchamos y salimos a desayunar sabiendo que éramos conocedores de lo que había pasado entre las cuatro paredes de aquella habitación, la verdad que me entraba una envidia cochina por el cuerpo, hasta le bromeé a Alan diciendo que ahora nos tocaba unirnos a la orgía, él se echó a reír.

En la terraza del comedor ya estaban los tres desayunando con unas risas increíbles, ya se le veía a Samira más relajada, los otros dos energúmenos no habían aparecido aún.

Nos saludaron de lo más sonrientes, joder hasta a Samira se le veía la cara diferente, que, por cierto, para mí seguía siendo la misma chica educada, tierna y dulce, pero como ella dijo, con su lado perverso, ese que muchas mujeres llevamos dentro, aunque imagino que todas. ¿A quién no le gustaría toparse con una situación como la que ellos habían pasado?

Miguel mientras nos iba trayendo las cosas del desayuno, nos contó que el clima iba a durar así unos días más, con lo cual, me veía aquí pasando hasta el Fin de Año. No me quería imaginar si eso sucedía lo que les entraría a mis padres por el cuerpo, pero joder, es que no podía hacer otra cosa.

—Por primera vez en esta estancia, no me importa ya pasar aquí más días —dijo Samira, provocando una risa en todos, ellos por la parte que les tocaba y nosotros que, sin ellos saberlo, éramos conocedores de todo.

—Yo hoy tengo ganas de emborracharme —solté a ver si se apuntaban todos y pasábamos un día divertido, por favor, que estábamos de vacaciones y no se lo iban a pasar bien solo ellos.

—Venga, podemos pillar una botella y refrescos e irnos a una de las habitaciones —dijo Alan y tuve que aguantar la risa, al final iba a resultar que el escocés me había salido morbosillo y juguetón.

—En nuestro cuarto se juega a las cartas —soltó Samira y eso no lo entendí, pero vamos podía ser por lo del sexo que lo llamaba así.

—A mí me encanta jugar a las cartas —respondí con una amplia sonrisa.

—No sabes lo que dices —contestó Aitor, haciendo soltar una risa a los otros dos.

—Pues explicarme —me encogí de hombros.

—Nada, nada, mejor que no —soltó Asier—. Saldríais por patas—dijo muerto de risa.

—¿Yo por patas? No me conoces, chaval —le reté.

—Ni a mí, ni a mí —soltó Alan, causándome una risa que no pude parar en un rato y todos reían pensando en lo suyo, sin saber que nosotros lo sabíamos todo, bueno o casi todo, lo de las cartas aún no lo tenía claro.

—Nada, que sí, a beber, pero lo de las cartas es que jugamos al siete y medio y el que pierda, se quita una prenda —soltó Samira provocando la risa de todos, hasta Alan se veía que estaba ya empezando a emocionarse.

—¿Quién dijo miedo? —pregunté de forma chulesca y los tres se miraron con un abierto de boca que no cabían en sí de asombro, para luego terminar por reír.

—¡Miguel! —gritó Asier— Prepara cinco vasos, hielos, refrescos y dos botellas de ron para después de comer, que nos lo vamos a llevar a mi habitación —Miguel afirmó, sonriendo, y sacó el dedo pulgar diciendo así que “ok” mientras todos reímos, pero vamos, asombrada me dejaba Alan que estaba dispuesto a tirarse a los ruedos.

Desayunamos y cuando nos íbamos para el salón aparecieron los dos en discordia, Abel sí saludó, la otra levantó su cara de manera altiva mientras yo me echaba a reír negando por la pena que daba esa mujer.

Nos colocamos alrededor de la chimenea, Pepa aparecía de vez en cuando con una tetera, la mujer era de lo más apañada y buena persona.

—Entonces vamos a jugar al siete y medio luego... —soltó Aitor, haciéndose el pensativo y todos nos echamos a reír.

—Y entre la pérdida de ropa, el alcohol y que estamos más aburridos que todas las cosas aquí encerrados, terminaremos jugando al teto —murmuré liando aquella risa mucho más.

—Madre mía, de trío a orgía —murmuró Samira en flojo, pero se escuchó bien y después se persignó.

—¿Has hecho un trío con estos? —pregunté poniéndome la mano en el pecho haciendo el papelón de mi vida.

Sí, sí, que me veía yo con el Goya en la mano, y a la actriz del momento gritando mi nombre a lo Penélope Cruz, cuando se lo dieron a Almodóvar. Igual, igual, que me llevaba yo una cabeza de esas para casa, y mis padres seguro que estarían de lo más contentos al verme.

—Yo solo recuerdo que me tomé unas copas de vino, y ya no recuerdo más —se encogió de hombros haciendo gesto de no recordar, mientras todos reíamos.

—Niña, que tú pareces muy modosita —le di un golpe en el hombro mientras reía.

—Eso creen mis padres, que soy muy modosita —volteó los ojos.

Nos reímos tela, al igual que en la comida, y después nos fuimos todos para la habitación de ellos. Anda que no iba yo emocionada por verme en la misma situación que se encontró Samira la noche anterior.

Capítulo 9: Alan



No es solo que yo viniera loco por conocer en persona a esta belleza española que había llegado a mi vida a través de las redes sociales, también la deseaba, como esos momentos de intimidad que habíamos pasado, por suerte, pues ya me vi volviendo a Escocia sin haberla probado, así que en parte estaba muy agradecido a que la naturaleza hubiera conspirado para dejarnos encerrados aquí.

Si a eso había que añadirle probar a la dulce Samira, pues como hombre, me sentía de lo más dichoso, eso sí, que yo sentía pasión por Rebeca, pero a nadie le amarga un dulce y, además, me daba mucho morbo la posibilidad de verla a ella en acción con otros hombres.

Pero realmente yo guardaba un secreto que no le había contado a Rebeca y es que, ahí estaba ella en aquella red social de Internet el día que salí de prisión. Sí, estuve preso, me pillaron en el aeropuerto trayendo de Colombia sustancias ilegales, había caído en la tentación de un dinero que me ofrecieron bastante suculento por traer un kilo de aquella droga y me salió rana la jugada, partiendo mi vida en dos, una vida en la que mis padres se esforzaron en que no me faltara de nada, incluso tenía entonces un buen empleo que perdí por esto.

Quizás era muy pronto como para tener que profundizar en mi vida, por eso, si el tiempo nos seguía manteniendo unidos, se lo contaría, así como el motivo que me trajo hasta aquí...

Sí, hasta aquí, pues fui yo quien eligió el lugar y el fin de semana. El motivo no era otro que, aparte de conocerla, conseguir grabar a Aitor en actitud cariñosa con Asier, sí al poli que nos jodió a mí y a unos amigos esos años en la cárcel, él, ese al que la noche anterior había grabado en circunstancias peores y más comprometidas para él.

Sí, le estábamos haciendo un seguimiento desde Escocia los que caímos por su culpa y por eso descubrimos que se venían aquí, necesitábamos pruebas de que entre ellos había algo.

Lo mejor es que ahí estábamos, entrando botellas en mano y con todo lo necesario para pasar una tarde de copas, sexo e información, todo iba a ser grabado...

Me daba pena por Rebeca, que era ajena a todo, pero al menos estaba disfrutando, de lo contrario no lo haría.

Entramos y dejamos todo sobre la mesa, Samira y Rebeca reían cuchicheando no sé qué, yo solo veía a dos chicas que en un rato estarían desnudas ante mí. ¿A quién le amargan dos dulces?

Aitor sirvió las cinco copas, mientras Asier preparaba cinco chupitos de tequila con sal y limón, vamos, que aquello pintaba que iba a ser un comienzo fuerte, no tanto como los años de cárcel que me comí por él.

Todos estábamos vestidos cómodos pues no podíamos salir de allí, pantalón deportivo y camiseta, nosotros y en el caso de las chicas *leggings* que marcaban sus esbeltas figuras y mi imaginación volaba a la velocidad de la luz.

Brindamos con el chupito y nos lo tomamos de golpe, con esos ruidos de estar bien fuerte que hicieron las niñas causándonos unas risas.

Rebeca me miraba haciéndome burlas, estaba nerviosa, pero sabía que era una persona abierta a probarlo todo y a disfrutar sin prejuicios, me encantaba.

Asier puso un poco de música aleatoria desde su móvil, en un volumen bajo y agradable, el ambiente se comenzaba a animar y Aitor no tardó en decir que ponía reglas en el juego. Las chicas llevaban una prenda de más, el sujetador, que se lo dejábamos de ventaja, pero eran chicos contra chicas, quería decir que solo levantábamos un montón cada equipo y que, si perdíamos nosotros, nos quitábamos una prenda los tres, en caso de que perdieran ellas, una prenda las dos, todos aceptamos riendo. Me gustaba ese juego.

Primer montón y suerte para nosotros pues perdieron ellas que se quitaron el sujetador, a simple vista seguían iguales, pero para nosotros era más provocador y sensual.

Eso sí, como habían perdido, una de las dos se tenía que tomar un chupito, pero eran tan graciosas, que se sirvieron tan felices uno cada una y se lo tomaron de golpe.

—Somos las mejores —dijo Samira chocando su mano con Rebeca, y eso que habían perdido, eran muy graciosas.

Volvíamos a jugar y esta vez de nuevo les tocó a ellas quitarse una prenda, se echaron a reír y se quitaron el pantalón, de modo que dos pares de piernas preciosas quedaron al descubierto. Los chicos nos chocamos las manos por la segunda goleada que les habíamos metido.

—¿Chupito para las dos? —preguntó Samira, pero Rebeca negó con una sonrisa.

La tímida y dulce Samira se encogió de hombros, se sirvió el chupito y se lo tomó. En esa ronda ella fue la valiente.

Ya luego perdimos nosotros y bebimos los tres, nos quitamos las camisetas y ellas se pusieron a silbar y vitorear bailando, eran tremendas, vaya momentazo.

—Si os vieran las mujeres de antiguamente, os llevaban al río para usar esos torsos y lavar la ropa —dijo Rebeca, que iba mirando de uno a otro nuestros abdominales.

—Ni loca deo yo que se lleven a estos tres, por lo menos esta noche —desde luego que Samira tenía ese lado perverso que había comentado bien escondido y lo sacaba en la intimidad.

No sé en qué momento terminamos los cinco desnudos y brindando por todos nosotros.

—Bueno, ahora tocarán las siguientes reglas, ya estamos todos desnudos —dijo Aitor, poniéndose en plan poli y dando vueltas por la habitación metiéndose en el papel, ¡qué jodido cabrón! —. Ahora seguiremos por equipos, quien gane elige qué hacer o qué le hacen, será consensuado por equipo, no podrá ser algo que dure más de un minuto en total, no por persona, sino en global para todo el equipo.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Rebeca, causando una risa en todos.

—Todo tipo de cosas —le contesté riendo.

—¡Mira mi niño! Qué listillo salió, espero que me sorprendas —me hizo un guiño y les causó una risa a todos—. Venga, vamos, a mí lo único que me da miedo es ir a trabajar y por ahora no puedo.

Levantamos cartas y fueron las chicas quienes ganaron, aparte del ataque de risa general que se vivió, ellas comenzaron a murmurar en sus oídos con la mano en la boca para que no supiéramos qué decían, conociendo las ocurrencias que podía tener una mujer, miedo me daba que en esta ocasión eran dos...

—Ya lo tenemos —decía Rebeca aplaudiendo y dando saltitos ante la risa de Samira.

—Nada bueno —murmuré yo causando una carcajada en mi amigo el poli y su novio encubierto, el médico.

—Bueno chicos, atención —dijo esta vez Samira—. Uno de vosotros tiene que acariciar con algún tipo de crema durante un minuto, el miembro del que decidáis —se echaron a reír.

—Entre vosotros, que sois de la misma tierra —les dije decidido.

—No, mejor a ti. ¿Qué crees, Asier? —preguntó Aitor.

—Te lo dejo a ti...

—Sin problemas.

—Joder. ¿Y por qué yo? —me quejé y las miré— Rezad para cuando me toque decidir, rezad —las advertí mientras ellas no dejaban de reírse.

—O jugamos todos, o no jugamos —me dijo Samira y Rebeca se encogía de hombros afirmando.

—Yo solo os aviso de que os preparéis —le hice un gesto con la mano dando a entender que se iban a enterar.

Y ahí estaba el cabrón del poli que cada vez tenía más claro ya no que era *gay*, sino de que era bisexual y muy vicioso. Se echaba la crema en las manos acercándose a mí con esa media sonrisa en la cara, que hasta miedo me daba. Me miró fijamente, se arrodilló frente a mí y comenzó a acariciarla con fuerza, encima me la levantó el cabrón, por mí lo hubiera cogido por el cuello en ese momento, pero aguanté el tirón hasta que llegó al minuto y se quitó riendo.

—Gracias —dije mirándole con ironía.

—No hay de qué —me hizo un guiño, que a las niñas les provocó más risas aún y yo de esta me tenía que vengar.

Volvíamos a levantar cartas, para mi mala suerte otra vez perdíamos y ellas se ponían a saltar haciendo votar esos pechos que me tenían de lo más ansioso.

Otra vez cuchichearon entre ellas.

—Esta vez vamos a ser más buenas —dijo Samira con ese tono tímido, pero a la vez pícaro—. Nosotras nos vamos a echar de medio cuerpo en la mesa con las caderas levantadas y los pies en el suelo ligeramente abiertos.

—Me gusta eso —dije emocionado.

—Ahora... —intervino Rebeca y a esa la temía— Solo uno de vosotros nos puede tocar durante ese minuto y sin penetrarnos con los dedos ni ninguna otra cosa.

—Esta vez me toca a mí —dije llevando las manos a mi pecho y abriéndola—. Quien saque la carta más alta en la escala del uno al doce, será quien las toque.

—Eso sí, con gel por favor —dijo Samira.

Levantamos las cartas y... ¡A la mierda! Le tocó a Asier que se fue a por el bote de crema hidratante directo a echarse en las manos y hacerles el gesto de que se pusieran sobre la mesa.

Y ahí se fueron ellas, obedientes y dispuestas, con sus partes bien altas mirando hacia nosotros y yo que me quería dar cabezazos contra aquellas partes al aire, que eran de lo más apetecibles y que me llamaban a gritos.

Aitor puso los dedos pulgares directos en la entrada de sus culos, pude escucharlas soltar el aire del contacto con su zona, los acariciaba sin entrar, pero las estaba poniendo bien excitadas, luego volvió a echase crema y se la extendió desde su clítoris hasta de nuevo el culo, al final ellas eran las que se estaban encendiendo como motos, nosotros ya estábamos arrancados desde hacía un buen rato.

Pasó el minuto y ellas tenían ya los gestos de querer más, dieron un trago a su copa y levantaron la carta, su carcajeo nervioso dejó intuir lo que se acabaría por confirmar. ¡Habían perdido!

Me llevé a los chicos a un lado y les dije mi plan, aceptaron, ahora solo quedaba que se lo transmitiéramos.

—Tenéis, las dos —las señalé en plan chulesco para que supieran que me tocaba vengarme—, que poner os una en medio de la cama, boca arriba, con las rodillas reclinadas y bien abierta, y la otra la masturbará vaginalmente, acariciando el clítoris durante el minuto, eso sí, estando a un lado para que nosotros no perdamos visibilidad de nada —carraspeé.

—¿Tiramos la moneda? —preguntó Rebeca a Samira riendo.

—No, tumbate tú, que después de lo que me tocó los ovarios mi prima esta semana, ahora me toca a mí tocárselos a alguien, pero al menos dando alegría, no como esa desgraciada —se bebió lo que quedaba de copa de un trago y le hizo un gesto a Rebeca para que se colocara.

Los chicos comenzaron a aplaudir y ahí fue ella con todo su arte a tumbarse en la cama abriendo

las piernas en condiciones y haciéndonos soltar el aire.

Y Samira, con sus veinte años y tan echada hacia adelante cuando su fachada era de una niña dulce, tierna y frágil, nada que ver con la sensualidad, soltura y predisposición que tenía en estos casos en los que le gustaba tomar el control y se sentía a sus anchas.

La comenzó a tocar, Rebeca se vino arriba tan pronto, que motivó a que Samira se aligerara y, mientras dos de sus dedos la penetraban, con su otra mano le tocaba a toda prisa y fuerte el clítoris, llevándola a correrse antes del minuto. Terminamos aplaudiendo lento, alucinando, nos habían puesto más encendidos aún, nuestros miembros estaban duros y hacia delante de lo más firme, aquello había sido increíble.

La cosa se había puesto de lo más tensa, Aitor preparó cuatro chupitos más a pesar de que ya íbamos finos, pero qué más daba, total, de ahí no íbamos a ir muy lejos, a la cama como máximo.

Tras brindar y obviando ya el juego, Aitor cogió a Samira y la puso mirando hacia él, la hizo agachar la espalda y dejarse caer a un lado sobre su brazo agarrándose a su cintura, le levantó las caderas y me hizo un gesto de que la tenía para mí, no tardé en ponerme un preservativo y miré a Rebeca, que asintió haciéndome un guiño, aprobando que embistiera a esa chica, y eso hice, penetrarla frente a Aitor que la sujetaba para facilitarme todo. Yo me agarré a sus caderas y comencé a entrar y salir como si se me fuera la vida en ello, la escuché jadear de placer y más me encendía ante la mirada de los demás, era la primera vez que hacía algo así, pero lo estaba disfrutando.

Luego cogió a Rebeca en la misma posición y le hizo a Asier el mismo gesto para que este la penetrara, me puso de lo más cachondo verla cómo disfrutaba mientras otro la azotaba, pero por otro lado sentí cierto resquemor que parecía que me doliese.

Por último, fue Aitor el que se encargó de Rebeca, la tenía que probar también y se sentó en el filo de la cama, hizo que ella se sentara encima de él a horcajadas y la hizo galopar, la movía fuertemente por las caderas para que aligerara el movimiento, fue un momento brutal.

Luego volvimos a brindar y ya no recuerdo más, solo sé que hubo más sexo, pero no hasta qué punto...

Capítulo 10: Aitor



El dolor de cabeza con el que me levanté era monumental, miré hacia a un lado y vi a Asier en pelotas boca arriba, ni rastro de Samira, pero recordé rápido que se fue a dormir con el delincuente y con Rebeca.

Sí, el delincuente...

Había picado en el anzuelo y vino hasta aquí creyendo que el que había picado era yo, pero no, había sido él y de eso me encargué yo, con toda la destreza del mundo.

Alan hizo de mula de una red en Escocia, que operaba desde España y con el que nuestro equipo estuvo mucho tiempo en una rigurosa operación que conseguimos desarticular.

¿Problema de ese muchacho? Que lo tomaron de cebo para intentar pasar el gran cargamento que también pillamos a tiempo y que desmontamos un día que jamás olvidaré. El caso es que este chico no se enteraba de nada, pero cuando digo de nada, es que vivía en los mundos de Yupi, ya hasta me daba lástima.

Alan creía que los malos éramos nosotros que le habíamos jodido, eso le hicieron creer incluso cuando chupó la cárcel, le hicieron un lavado de cabeza impresionante y ahora me querían hundir a mí, cosa que no iban a conseguir, iba tres pasos por delante y teníamos infiltrados en aquello en lo que él había salido de la cárcel dispuesto a seguir, pero desde Escocia.

Y no, no era a mí al que se suponía que debía vigilar, era a otro compañero mío que estaba mientras tras los pasos de los otros, pero teníamos que quitar a Alan de en medio, pues lo querían de nuevo de cascara y así no podríamos llegar hasta nuestro objetivo.

Y ahora el pobre estaba aquí, pensando que yo era *gay* o bisexual, pobre iluso, ni una ni la otra. Ni mi amigo y compañero era médico, pertenecía a mi equipo de los de paisano, eso sí, a los dos nos daba igual meternos en un trío con tal de echar un buen rato, ni él ni yo íbamos a hacer nada entre nosotros, eso sí, me di un goce de alegría al atrincar con toda frialdad el miembro de Alan, para demostrarle lo que él quería creer, nada que ver con la realidad.

Así que él pensaba que había llegado hasta mí y lo que no sabía era que yo lo había querido traer hasta aquí y que no estuviera en aquella operación que se estaba haciendo en Escocia, en cooperación con la policía de allí. ¿Gracioso? Puede ser, pero yo me lo estaba pasando pipa.

La puerta se abrió y era Samira, con una cara que no podía con ella, me miro negando.

—No me acuerdo de nada —murmuró comprobando que Asier dormía plácidamente—. Me levanté y me vi en medio de Rebeca y Alan, que aún duerme —decía con esa camiseta que tapaba el desnudo, pues no llevaba nada debajo—. Me noto un ligero dolor de cabeza que me da que como no me tome algo irá aumentando.

—Ven, te doy algo para que se te pase, yo también lo necesito —saqué unos sobres de Ibuprofeno y los vertí en dos vasos con agua.

—Gracias, tengo la boca como si estuviera pegajosa, me cuesta hasta hablar —cogió el vaso, se lo bebió de un trago y se sentó en el borde de la cama masajeándose la frente.

—Vamos a darnos una ducha y salimos a desayunar, verás cómo se nos va pasando.

—No tengo fuerzas para ducharme —sonrió negando.

La agarré de las manos y la levanté mientras resoplaba, la metí bajo el grifo y le lavé la cabeza masajeándola mientras se iba relajando. Me encantaba esa niña, era puro amor lleno de frenesí, toda una tentación para cualquier hombre.

Eché gel en mis manos y comencé a lavarle la espalda, entre sus piernas, por su zona íntima y luego por delante, ella se dejaba manejar facilitando todos esos lugares por los que pasaba mi

mano, disfrutaba y se relajaba con ello, era de esas mujeres con las que todo fluía sin prejuicios.

Me senté sobre el escalón que tenía la ducha, ella estaba frente a mí, le puse en la mano el grifo para que lo sujetara mientras este echaba agua.

Me eché más gel y llevé mis dedos hacia su vagina para lavarla, los introduje y ella soltó el aire, la miré sonriendo, la limpié bien y luego le puse el chorro del grifo en la entrada para que la enjuagara bien.

Le hice dar la vuelta y tras echarme más gel, abrí sus nalgas con una mano y con la que tenía el gel la enjuagué por fuera de su culo, apreté un poco hacia dentro sin entrar, pero limpiando la zona, ella no se quejó mientras mi dedo hurgaba un poco por ahí, luego cogí el grifo y le eché agua abundante.

La notaba que se estaba excitando, soltaba algún que otro jadeo y eso me llevó a hacer una pinza con mis dedos y meterle dos por la vagina y dejar el pulgar en la entrada de su culo, ella jadeaba de pie, de espaldas a mí y con las piernas por fuera de mis rodillas.

—Tócate —le pedí mientras mis dedos la penetraban y el pulgar la estimulaba por detrás.

Hizo caso, se llevó los dedos al clítoris y comenzó a tocarse mientras yo la ayudaba a que su excitación aumentara. Fue rápida, no tardó mucho, me daba cuenta de que mi dedo pulgar hurgando por detrás la excitó de forma fulminante.

Se dejó caer en mis piernas y la agarré, esperé a que se repusiera y luego nos terminamos de duchar entre abrazos y unos besos que antes no nos habíamos dado, los dos solos, quería decir, me hizo sentir algo extraño pero placentero.

Le eché la toalla por encima para que se secara.

—¿Sabes? —preguntó sonriendo con timidez.

—Dime —arqueé la ceja medio sonriente.

—Nunca me habían rozado por atrás hasta ahora — se me escapó una sonrisa y la abracé pegándola a mí.

—Tienes veinte años, es normal que no hayas pasado muchos límites.

—Jamás me lie con alguien más de tres años mayor y menos aún, hice ningún trío, aquí me he desfasado —sonrió tirándose en mi hombro.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Mucho.

—Pues eso es lo que te vas a llevar, y que sepas que por detrás es una zona muy excitante, lo que pasa que no todo el mundo está dispuesto a que le toquen por ahí —mordisqueé su nariz.

—Tranquilo, que, si nos dejan cinco días más aquí, creo que me enseñarás muchas cosas, y ten por seguro que no haré ascos a nada —se reía sobre mi pecho de forma tímida y la apoyé contra el mueble del lavamanos, me puse un preservativo que tenía en el baño y la penetré, ella se agarró a mi cuello y se dejó llevar.

Tenía una piel que al tacto era de lo más placentera, me encantaba su olor corporal, tan fresco, ella era la que me estaba gustando muchísimo, pero era consciente de la diferencia de edad y sabía que en cuanto nos sacaran de allí, no volveríamos a vernos.

—Te voy a contar un secreto —murmuró riendo cuando terminé.

—Dime, preciosa.

—Me gustáis los dos, pero tú eres mi debilidad —se puso las manos en la cara, riendo.

—Tú también eres la mía —le quité las manos de la cara y le besé los labios.

Nos vestimos y salimos a desayunar, ya irían apareciendo el resto.

Capítulo 11: Abel



Me estaba poniendo enfermo la mala actitud de Marta, que nos había llevado a estar separados de todo y de todos, no me gustó nada cómo trató a su prima y se lo hice saber.

Ahora no me hablaba a mí, llevaba así desde el día anterior que le hablé claro y sin rodeos.

Maldito el día que acepté venir hasta aquí con ellas, no solo me lo había hecho pasar mal con su prima, que no se merecía ese trato, sino también con el resto de los huéspedes y con mi amor, Miguel.

Sí, Miguel, el hijo de los dueños, ese hombre con el que llevaba en una relación secreta desde hacía un año, así de triste.

Resulta que los padres de Marta me pidieron que me llevara a las primas a pasar un fin de semana fuera para que limaran asperezas, era la oportunidad de venir aquí con esa excusa y ver a mi chico, ese que estaba sufriendo en silencio sus sentimientos pues, a pesar de que sus padres eran muy buenas personas, tenían una mentalidad muy antigua y en la vida iban a aceptar que su hijo no estuviera con una persona con la que formar una familia tradicional, es más, lo echarían, desheredarían y él por no causarles un dolor lo vivía desde lo oculto.

Cada noche a las dos de la mañana salía del cuarto e iba al suyo para pasar con él un par de horas, aquello nos estaba matando, su miedo a darle un disgusto a su familia y el que no pudiéramos avanzar, pero nos amábamos y ese era mi más doloroso secreto que me llevó hasta ahí, el poder verlo.

Dejé a Marta durmiendo, total no nos hablábamos, no le iba a permitir esa actitud más, así que me fui a desayunar y al llegar me encontré allí a Samira y a Aitor, el policía.

—Buenos días —dije parándome ante ellos.

—Buenos días —me sonrieron con amabilidad, sobre todo, vi tristeza al escuchar el saludo de Samira.

—Quiero pedirlos mis más sinceras disculpas, no comparto el comportamiento de tu prima, sabes que es mi mejor amiga —Samira asintió lagrimeando—. No me llores, que lloro yo.

—Siéntate, por favor —me pidió Aitor con cariño.

—Gracias —dije sentándome y me eché un poco hacia atrás, ya que apareció Miguel con mi desayuno y lo puso en la mesa donde me había sentado con ellos. A él también le di las gracias, Samira no sabía mi historia con él, su prima sí.

—No te preocupes Abel, sé que tú no tienes la culpa de nada —dijo Samira, agarrando mi brazo con cariño.

—Y te adoro, en el fondo te he pillado mucho cariño, aunque hayamos tenido poco roce, pero estos días vi en ti una persona noble, autentica y con gran corazón.

—Lo sé, también has dado la cara por mí y lo vi.

—No como lo hice ayer, le dije tantas cosas a tu prima que dudo que me vuelva a hablar, pero allá ella, yo me niego a ser así.

—Te hace grande —dijo Aitor.

Manuel se acercó a darnos los buenos días, nos avisó de que en dos días tenían programado arreglar la apertura, pero no llegarían a nosotros por lo menos hasta otros dos días después y luego, uno o dos más para que se abriera la carretera. En definitiva, que el Fin de Año pintaba de nuevo allí y a mí, pues que queréis que os diga, el estar con Miguel, aunque fuera de forma furtiva, me hacía mucha ilusión y me apetecía demasiado.

No tardó en aparecer Asier y yo volví a disculparme, en esta ocasión con él, le estreché la mano y me dijo que no pasaba nada, que no había ningún problema con ellos, lo mismo que me respondieron Alan y Rebeca cuando aparecieron.

Esta gente por lo visto había estado de fiesta el día anterior, pues tenían todos, unas resacas que no podían con sus vidas.

Marta apareció y ni nos miró, para bien o para mal, pasó de nosotros y yo lo prefería, quizás todo lo que le dije estaba valiendo para algo y lo peor de todo, es que quería a esa niña como si fuera de mi sangre, Sabía que no era mala, pero su soberbia por querer ser el ombligo del mundo y llamar la atención, hacía que sacara esas malas formas y deplorables modales.

Desayunó sin mirarnos en todo el tiempo, hasta vi la pena en Samira, sabía que a pesar de todo le dolía ver a su prima apartada y es que tenía un corazón grande, era todo un ejemplo esta chica que ahora había descubierto más con este viaje.

Marta desayunó rápido y se fue, yo lo hice un poco después, quería hablar con ella, quizás había recapacitado y yo no perdía la esperanza.

Y eso hice, no hizo falta hablar, se abrazó a mí llorando y pidiendo perdón, me dijo que tenía razón y que ella era su prima, pero siempre sintió celos de que la pusieran de ejemplo de todo y que tenían razón, lo había sido y ahora se arrepentía de no haber hecho nada con su vida y esperar todo del aire.

—Ya, niña, ya. No llores —le pedí mientras la abrazaba y acariciaba su cabello.

—¿Por qué me sigues aguantando? —escuché que preguntaba sin apartar el rostro de mi pecho.

—Porque te quiero, tonta. Eres como un grano en el culo, a veces, pero eres mi grano en el culo. ¿Cómo no iba a aguantarte?

—Gracias.

Me juró entre lágrimas que iba a cambiar y que le iba a demostrar a sus padres que iban a estar orgullosos de ella, eso y que en estos días quería limar esas asperezas con su prima Samira, que tanto deseaban en la familia.

Me emocioné mucho al escucharla hablar así, desde el corazón, sin soberbia, sin chulería. La abracé fuerte, le dije que siempre estaría ahí y que estaba orgulloso de ella, de este cambio de actitud y de que por fin fuera a sacar ese lado tan bonito que tenía.

Capítulo 12: Rebeca



Tenía una resaca de esas que me quería morir y mucho más, nos habíamos pasado un huevo el día anterior del que, no sé bien por qué, había una parte que ni me acordaba, pero sabía que me lo había pasado genial, ahora sí, una vez probado yo solo quería disfrutar de mi escocés. Me estaba quedando totalmente pillada por él, e incluso sentí celos de ver cómo se lo hacía a Samira.

Estaba alucinando con lo que había hecho Abel, pero era muy honorífico por su parte pedir disculpas y contar que había puesto en su sitio a la borde, esa que necesitaba que alguien de su entorno tuviera la valentía de hacerlo.

Esa mañana sabía que Samira había amanecido con nosotros, me hice la dormida cuando se levantó, en esos momentos deseaba que se fuera, que se apartara y vivir lo nuestro a solas, él y yo, sin nadie más.

Sé que suena egoísta cuando yo provoqué la situación, pero a pesar de haberlo pasado bomba me había dado cuenta de que Alan, era todo lo que necesitaba para mí a solas.

—Buenos días —saludó Asier, con una sonrisa de esas que tiene un hombre satisfecho tras una buena noche de sexo.

Ni hablé, solo levanté la mano y creo que hasta ese simple gesto hizo que me doliera todo.

Desayuné en silencio, no podía con lo que sentía en mi cabeza y mi boca, eran los estragos del alcohol que habíamos ingerido sin miramiento el día anterior.

Notaba a Alan un poco pensativo, ido, así que tras el desayuno dejamos a los tres en la mesa y nos fuimos a dar un paseo, ya se podía salir fuera y yo necesitaba hablar con mi escocés y saber si le

pasaba algo más allá de la resaca.

—¿Te pasa algo, Alan? —le pregunté mientras caminábamos hacia una especie de mirador.

—No me encuentro bien conmigo mismo... —empezó a decir— No tengo una oficina inmobiliaria como te dije...

—¿Y por qué me mentiste?

—Por miedo a que pensaras de mí lo que no soy. Digamos que, a pesar de la edad que tenía, era bastante inocente y me la jugaron. Quiero pensar que he madurado en estos años desde entonces —se quedó callado y mirando hacia el horizonte.

Yo no sabía qué pensar, me estaba empezando a poner nerviosa porque a saber qué iba a salir por su boca cuando volviera a hablar.

En ese momento comenzó a contarme toda la verdad, esa que me abría en canal y me dejaba a cuadros, hasta la razón de por qué escogió este lugar para venir y lo que quería de Aitor.

Me puse a llorar de rabia, de dolor, de pena, de todo. Ahora no sabía qué hacer, me estaba diciendo que ya no quería conseguir nada de Aitor, que hasta le caía bien y comprendía su trabajo y que no iba a seguir el camino que llevaba, quería una vida de paz.

Por un lado, quería mandarlo a la mierda por haber sido tan cruel conmigo y no haberme contado la verdad, por otro, quería mandar al mundo a la mierda y luchar por ese hombre que, a pesar de todo, había comenzado a amar. Estaba en un incesante duelo que me tenía bloqueada.

Ví cómo caminaban por el otro lado Aitor, Asier y Samira, ni los saludé de lejos, hice como si no los viera, no quería hablar con nadie, no dejaba de llorar, sentía una impotencia y un dolor bastante grande.

Nos quedamos ahí un buen tiempo en silencio, fumando, pensando, pero no éramos capaces de decir nada, ni siquiera nos mirábamos, él por la vergüenza de desvelar la realidad de todo y yo,

por el dolor de sentir esa sensación de decepción por su parte.

Más tarde se levantó y se abrazó a mí, llorando.

—Sé que no me merezco nada, pero la verdad más grande es que te amo y ayer lo pasé muy mal, aunque me hiciera el chulo, no podía aguantar ver cómo otras personas te tocaban.

—Pues, bien que la tocaste a ella —se lo tenía que decir, porque a mí también me costó aguantarme y verlo.

—Rebeca, entramos al juego los dos.

—Ahora quiero pensar, necesito meterme en la habitación y no hacer nada, solo dormir, voy a coger un sándwich por si me da hambre, pero me quiero meter en la cama todo el día.

—¿Puedo ir contigo?

—Estamos en la misma habitación, solo te pido que, por favor, no me pidas nada, que me dejes a mi aire, necesito reflexionar.

—Te entiendo...

Volvíamos hacia el hotel, recogimos unos sándwiches y nos fuimos a la habitación.

Pepa ponía nuestra ropa a lavar cada dos días, era una necesidad indispensable porque allí habíamos ido todos con ropa para dos días, y al paso que iba el desastre de la naturaleza que nos había tocado vivir, acabaríamos allí casi dos semanas, que yo seguía viéndome en ese hotel comiéndome las uvas el treinta y uno.

Cogí mi ropa, ni le pregunté a Alan si quería que llevase la suya, se quedó mirándome y la tristeza que vi en sus ojos se me clavó como un puñal en el pecho, pero peor que él estaba yo, que era a mí a quien había mentado.

—Creí que ibas a dormirte, niña —me dijo Pepa, cuando me vio entrar en la cocina.

—Sí, ahora después, pero necesito tener ropa limpia.

—Claro, trae que la pongo con las cosas de las otras chiquillas.

Eso hizo, quitarme el cesto con mis cosas y llevarlo a la lavadora, que puso en funcionamiento en ese momento.

—¿Estás bien? Tienes una carita de pena que no te pega. Con lo vivaracha que tú eres, Rebeca —preguntó acariciándome la mejilla.

—Sí, bueno, no sé. La verdad... La verdad es que me han contado algo que no esperaba, un secreto, una historia que no sabía.

—Pues alegre esa cara, anda, que seguro que, si te lo han contado, es porque esa persona confía en ti y te quiere tener en su vida siempre.

Aquello me hizo pensar, me despedí de Pepa y volví a la habitación donde Alan estaba acostado, dormido por lo que me parecía.

Me metí en la cama, mirando al otro lado, entre la resaca y la información que me había dado él, me sentía realmente mal, todo eso había sido demasiado para mí. Necesitaba un poco de descanso, necesitaba dormir, dejar la mente en blanco y no pensar en nada.

Capítulo 13: Samira



Por fin podíamos pasear por esa parte alta de los Pirineos, demasiados días encerrados sin salir y ese viernes estaba dando una vuelta con Aitor y Asier.

Con Aitor comenzaba a tener miradas de lo más cómplices, me encantaba esa conexión que existía entre nosotros, con Asier era diferente, me atraía mucho pero no llegaba a tener esas mariposas que su amigo conseguía removerme.

Tras ese paseo regresamos a comer, allí solo estábamos los tres, ese día no apareció nadie para el almuerzo, esperaba que Abel y mi prima hubieran solucionado su conflicto, al fin y al cabo, era por mi culpa y ellos eran grandes amigos.

Ese día estaba de lo más sensible, los chicos intentaban animarme soltándome cosas, pero, o era por la resaca o porque me había afectado lo de mi prima demasiado y ahora lo estaba resintiendo.

Después de comer nos fuimos a la habitación Aitor y yo, Asier decía que se iba a hacer un sendero un par de horas, era un viciado del deporte y como el tiempo había mejorado, podía moverse por aquella zona de los Pirineos, menos para abajo, podía por todo lo de arriba.

Me cambié y puse una camiseta larga, me tiré sobre la cama bocabajo, tenía ganas de llorar, estaba de lo más sensible.

Aitor se tiró a mi lado, pero ladeado, metió la mano por dentro de mi camiseta y la apoyó en mi nalga.

—Se que estás mal, que no es tu mejor día, pero que sepas que no estás sola, te puedes desahogar conmigo.

—No tengo ganas de hablar, pero te lo agradezco —tenía mi cabeza apoyada hacia el lado contrario de él.

—Me da pena verte así y no poder hacer nada —se puso encima de mí y comenzó a besarme la mejilla.

—Se me pasará, es un momento tonto que me entró.

Me abrazó echándose de nuevo hacia el lado, con la pierna por mi cadera y su mano la metió por dentro de mi nalga y la apretó.

—¿Me dejas darte un masaje? —preguntó haciendo un carraspeo que me sacó una sonrisa, aunque no la vio.

—Claro —murmuré y vi que se levantó rápidamente.

Fue al baño y supe que iba a coger su crema, volvió y me sacó la camiseta, volví a quedar bocabajo con la cara mirando hacia la pared.

—Verás cómo te deajo relajada, déjate llevar... —Comenzó a bajar mi braguita para dejarme completamente desnuda, solo era el contacto con sus manos y notaba la excitación aparecer rápidamente.

Me echó la crema en el centro de la espalda y comenzó a extenderla con los dedos hacia arriba hasta llegar a mis hombros, me encantaba cómo me tocaba, vamos ya me estaba dejando de lo más relajada y solo había comenzado.

—¿Bien? —preguntó cuando llevaba ya un rato masajeando desde los hombros hasta donde comenzaban mis nalgas.

—Genial, estoy en la gloria —esboqué una sonrisa que sé que la escuchó.

—¿Sigo más profundamente?

—Si te apetece...

—Estoy deseando, solo quiero que a ti te apetezca.

—Claro —solté una sonrisa.

Noté cómo abría bien mis piernas dejándolas en v, yo me dejaba llevar, me gustaba sentir su experiencia sobre mi cuerpo, con él me sentía segura.

—¿Recuerdas que te dije que esta era una zona muy placentera? —preguntó poniendo crema en la entrada de mi culo.

—Sí —murmuré relajada y excitada, ese hombre me ponía de lo más caliente.

—¿Me dejas que te lo estimule?

—Claro.

—Pero tienes que poner de tu parte, cuanto más te relajes y menos te contraigas, más fácil me lo pondrás y más disfrutaras.

—Vale.

—Voy a usar un preservativo en mi dedo y le voy a poner vaselina que uso para los labios quemados, iré muy poco a poco. Si te duele o molesta mucho, levantas la mano y paro, ¿vale?

—Tranquilo, estoy relajada y confío en ti.

Lo escuché romper el plástico y poner el preservativo en el dedo, jamás me imaginé en una situación así, pero por él, con alguien como Aitor, sí que había fantaseado mucho con el sexo, leía

muchos tipos de novelas y este tipo de situaciones me hacía encenderme cuando lo hacía.

Abrió mis nalgas con su otra mano y noté cómo puso directo el dedo en el que tenía el preservativo con vaselina, por fuera, ahora mismo estaba preparando la zona.

—Ve soltando el aire suavemente.

Y eso hice, lo fui soltando y noté cómo su dedo comenzaba a entrar muy lentamente, murmuró dos veces que me relajara, es verdad que sin querer me contraía un poco y él paraba.

No lo llegó a meter del todo, lo sacó con cuidado, lo volvió a poner con más vaselina y comenzó de nuevo a introducirlo, lentamente. Yo sentía que me estaba excitando demasiado, era un poco incómoda la sensación, pero provocaba deseos y que no parase, iba bien, sabía cómo tocar y cómo hacerlo.

—Ahora necesito que te pongas boca arriba con las rodillas flexionadas —dijo sacando el dedo lentamente.

Me giré sonriendo y él me hizo un guiño.

—Me estoy portando como una campeona, vamos, tendrás quejas de mí —dije cogiendo la postura y flexionando las rodillas.

—Ninguna, me encanta eso de ti, no te quejas y te dejas llevar, así podrás disfrutar bastante.

Metió dos de sus dedos en mi vagina un poco, mientras me miraba sonriendo, estimulándome para seguir llevándome a esos momentos que él sabía darme.

Sacó los dedos y echó de nuevo vaselina en el que tenía el preservativo.

—Voy a dos manos, ¿preparada?

—Creo que sí —reí agarrando las sábanas.

—Venga, relájate —abrió las nalgas con una mano y puso el dedo en el culo, luego metió dos dedos en mi vagina y ahora sí comenzó a meter el dedo por detrás.

Empecé a excitarme como loca, resoplaba de placer y jadeaba de notar ese dedo entrando en mí y los otros dos penetrándome de forma imparable.

—Tócate, preciosa, pon tus dedos en el clítoris —me ordenó de forma cariñosa y le hice caso—. Dale rápido y aprieta.

En aquellos momentos su dedo de atrás ya se movía de forma penetrante, pero con mucha menos intensidad que lo hacía por delante. Comencé a gritar por el placer, aquello era demasiado, era una sensación de querer explotar en un orgasmo de esos que te dejan casi sin consciencia.

Y llegué, caí sin fuerzas y él sacó primero los dedos de la vagina y comenzó a sacar el de atrás con mucho cuidado.

—Espectacular, preciosa —dijo besando mi entrepierna.

—No puedo ni respirar —contesté casi desfallecida, me temblaba todo el cuerpo.

—Tranquila, ahora seguimos, tenemos todo el tiempo del mundo —se subió y se puso a mi lado recostado jugueteando con mi pelo.

—Ahora seguimos... —me eché a reír.

—Si no te apetece no, ¿eh?

—No es por eso, es que ahora mismo me tiembla todo.

—Lo sé, por eso te estoy dando tiempo a que te recuperes.

—Una pregunta —me giré a él, riendo y me echó la mano por la cadera.

—Dime —murmuró sonriendo, echando mi pelo hacia atrás de la oreja.

—¿Se lo has hecho alguna vez a alguien por detrás? —me eché a reír sobre su pecho.

—Claro, no habitualmente, pero sí con alguna persona con la que estuve, no todo el mundo está abierto a eso.

—¿Y duele mucho? —pregunté sin quitar la cara de su pecho, en el fondo me daba vergüenza, pero me podía la curiosidad.

—A ver —me separó la cara riendo—. ... No es lo mismo que masturbar, no es lo mismo un dedo que eso —me dio un beso en los labios—, todo depende de la persona. ¿Te gustaría probarlo? —sonrió.

—Por un lado, sí, por otro me da un poco de cague —dije riendo.

—La primera sensación es fuerte, pero al intentarlo más o menos te puedes dar cuenta si lo aguantas o no, es verdad que depende mucho de lo que la persona aguante y se relaje. Está claro que si lo soportas es muy excitante para ambas partes, pero cuesta un poco al principio y tendrías que poner mucho de tu parte.

—No sé por qué contigo me siento tan libre en este tema y con ganas de experimentar todo aquello que en cierto modo fantaseé —me reí mientras él acariciaba mi entrepierna.

—Me encanta que me digas eso, de verdad —sonreía acariciándome—. Y lo de que soy tu debilidad también.

—Se te quedó grabado —sonreí.

—Bastante. Ven —tiró de mis manos y me echó encima de él, dejándome entre sus piernas.

—Parece que me voy a confesar —dije riendo por la forma que había quedado encima de él.

—Quiero pedirte algo.

—Ese tono me da miedo —reí con ese nerviosismo que me entraba.

—Sé que los días que quedan será cosa de tres pues es como lo comenzamos a hacer y me parece violento apartar a Asier, que venía conmigo y estuvo en los juegos.

—Ya...

—Pero quiero que nos demos la oportunidad de vernos un fin de semana los dos solos, que podamos ser tú y yo, sin nadie más.

—A mí también me encantaría —casi lloro de lo sensible que me había puesto.

—Me quedo tranquilo sabiéndolo.

—Puedes quedarte, y si quieres me invento que tengo la regla y paramos todo.

—No, no hace falta, vamos a disfrutar lo que queda y sé que él también sabe cómo tratarte, aunque reconozco que te querría solo para mí —besó mis labios.

Por mí, no dejaba entrar por la puerta a nadie, pero ni era mi habitación, ni le iba a hacer el feo a Asier, en el fondo me lo pasaba bien con ellos y lo que estaba claro que mi debilidad sí que era Aitor y lo sería en todo momento.

En ese momento se abrió la puerta de la habitación, Asier entró y al verme desnuda encima de Aitor, comenzó a reírse.

—Volví antes porque comenzó a llover, pero me ducho y ahora me uno —dijo riendo.

—¡Ay Dios!, la que me queda a mí hoy —reí en el pecho de Aitor.

Nos besamos mientras Asier se duchaba y luego salió con la toalla liada sobre la cadera, la verdad es que también tenía un cuerpo de infarto y era guapo a rabiar.

Se tiró en la cama y Aitor riendo me puso en medio, yo me tapé la cara riendo y negando, sabía que los juegos de antes no eran nada para lo que nos quedaba por hacer en ese momento.

—¿Qué habéis hecho sin mí? —preguntó Asier, poniendo una de sus manos en mi entrepierna y agarrando mi zona.

—Nada —mentí riendo.

—Bueno, vi un preservativo en la papelera, la vaselina abierta y el gel, así que, no cuela —carraspeó con una sonrisa mirando a Aitor.

—Algo le enseñé y se portó genial —le respondió carraspeando y me puse las manos en la cara riendo y avergonzada.

—¿Le has estimulado por detrás? —preguntó Asier arqueando la ceja y quitándome las manos de la cara.

—Así es —respondió Aitor—. Y perfectamente, se dejó llevar, disfrutó y se relajó casi todo el tiempo.

—Vamos a ver. ¿Cómo se os ocurre hacer algo tan emocionante sin mí? —preguntó medio riñendo, pero bromeando y sacándonos una carcajada.

—Ahora repetimos, ¿verdad? —Aitor se dirigió a mí y le eché una mirada asesina, que los dos se echaron a reír.

—Ya sabéis que yo me dejo llevar —contesté riendo.

—Ven, échate aquí recostada dejando tus caderas en mis piernas —me pidió Asier que no era descarado, qué va (véase la ironía), y Aitor me hizo un gesto de que lo hiciera.

Me reí echándome sobre él y apartó mis piernas para que las abriera, vi cómo Aitor le daba un preservativo y la vaselina.

—De aquí a que nos vayamos, la hacemos una experta —bromeó Aitor y reí ahí, boca abajo.

Algo de lo que me daba cuenta es que eran hombres que les gustaban dar placer, no iban con prisas, disfrutaban tocando y a mí me encantaba dejarme llevar.

Era muy diferente al par de chicos con el que me había acostado y que era todo más lineal, más sota, caballo, rey y listo.

Aitor se puso cerca de mis caderas y abrió mis nalgas para ayudar a Asier, que puso el dedo en mi culo y emitió un gemido contenido al verme ahí tan obediente.

—Levanta un poco las caderas y déjate caer sobre tus codos —me dijo Asier con su dedo puesto ahí—, así dejas hueco para la mano de Aitor por debajo.

A cuatro manos que iba a ir, solté el aire cuando me coloqué sobre mis rodillas y codos.

—Suelta el aire suavemente como antes —murmuró Aitor y note cómo sus dedos entraban por mi vagina y Asier iba hacia dentro por detrás sin frenos, pero con cuidado.

—Espera —dijo Asier y sacó el dedo con cuidado—, necesita más hidratación interior que se pierde cuando se le introduce el dedo, lo noto demasiado.

—Si lo dice el médico... —dije bromeando.

—Verás la jeringuilla que te vamos a meter —bromeó.

—Toda vuestra, sabéis que soy comodín, conmigo podéis hacer lo que queráis.

—Te vamos a adoptar —murmuró Asier bromeando y se levantó a coger algo—. Tengo ahí la jeringuilla con la que extraigo el jarabe que me he estado tomando, la voy a lavar y la lleno de un pegote de vaselina.

—Buena idea —dijo Aitor que se sentó apoyado sobre el cabezal de la cama y me sentó entre sus piernas rodeándome con los brazos.

Asier se metió en el baño y yo me quedé sobre Aitor, ese hombre que me tenía de lo más encantada, besuqueando mi cuello.

—Ya estoy aquí, gírate y ponte agarrada a él, de cuclillas y hacia delante.

Me puse y se me quedó el culo totalmente expuesto a él, que puso la boquilla de la jeringuilla en mi ano y presionó ese líquido cuajado hacia dentro, lo noté entrar del tirón.

—Ahora sí —noté cómo iba metiendo el dedo y me agarré a Aitor mordisqueando su lado y causándole una risa.

—Joder, Samira, muy bien —decía Asier tocando por dentro.

—Lo pone muy fácil —dijo Aitor, haciendo un carraspeo.

—¿Quieres que te haga un intento de penetración por detrás? —preguntó Asier.

—Yo me dejo, pero eso ya me da más cosa —reí.

—Explica eso de “cosa” —respondió riendo y sacando el dedo mientras Aitor me hacía un gesto

de que me girara ya.

—No cosa de mal rollo, sino de pensar que no va a entrar y me va a doler —reí mirándolo.

—Si te duele paramos automáticamente, es si te apetece probarlo.

—Sí —reí nerviosa.

—Te puede doler un poco y más la primera vez, es lo que tú seas capaz de aguantar, lo mismo lo llevas mejor y no es para tanto, pero nosotros frenamos cuando tú digas, ¿vale? —dijo Aitor, mordisqueando mi hombro.

—Vale.

—Yo creo que, si se deja caer sobre la mesa, para ella será mucho más cómodo.

—Sí —contestó Aitor.

Me hicieron un gesto para que fuera a la mesa y lo hice, riendo. La verdad es que con ellos no podía dejar de reír, me encantaba cómo me trataban y lo que me enseñaban y es que yo quería aprender y quitar muchos tabúes de los que yo sí estaba dispuesta a probar.

Asier me metió otra inyección de vaselina y fue Aitor el que se puso el preservativo para penetrarme.

Asier se sentó en medio de la mesa delante de mí y me extendió las manos para que me agarrara a ellas, mientras sonreía, ese descarado era otro amor, aunque mi debilidad era el que me iba a desvirgar por detrás.

Noté cómo la colocó en la entrada, se notaba un poco suave porque le había echado bastante vaselina al preservativo.

—Relájate, preciosa —dijo haciendo un movimiento lento para ir ahuecando su pene en mi agujero.

Agarré fuerte las manos de Asier y comencé a soltar el aire.

—¡Dios! —exclamé y Aitor paró.

—¿Bien?

—Sí —murmuré echando el aire.

Metió un poco y noté cómo eso se me abría como a presión, no dejaba de resoplar aguantando con fuerza las manos de Asier, que me las iba acariciando con la yema de sus dedos.

—Aguanta, bonita —decía Asier mientras Aitor, iba entrando con mucho cuidado.

—Ya está dentro —dijo este desde atrás.

—Me da la sensación de que me voy a partir en dos —solté el aire.

—Cuando me digas que estás preparada comienzo a moverme.

—No sé si lo voy a aguantar.

—Vale, cuando me digas paro.

—Vale —murmuré y apreté con más fuerzas las manos de Asier.

Aitor comenzó a sacar un poco y a meter, yo resoplaba con la sensación de placer que me estaba entrando mezclada con esa presión que me ponía al límite.

—Muy bien, muy bien —decía Asier, acariciando mis manos.

—Sí, esto se va dilatando —contestó Aitor, moviéndose cada vez con más soltura—. Samira, voy a dar un poco más rápido, ¿preparada?

—Sí —murmuré cogiendo y soltando el aire.

Lo hizo y me llevé a la boca la mano de Asier que comencé a morder, él se dejaba, aquello me hizo jadear a la vez de notar ese intenso dolor que era aguantable, pero yo quería hacerlo, sabía que era una primera vez un poco más complicada, pero que luego podría disfrutarlo en su totalidad.

Y se corrió dentro, después de haber estado penetrándome unos minutos, se tiró sobre mí besando mi espalda y salió de mi interior, ahí sí que dejé caer mi cabeza aliviada en las piernas de Asier, que acariciaba mi pelo.

Aitor se quitó el preservativo y me levantó de la mesa, me giró sonriendo y me abrazó.

—No te imaginas el placer que es jugar contigo y cómo sabes controlar la situación.

—Ahora me toca a mí un poquito de placer —imploró Asier y nos reímos.

Se quitó el pantalón, se puso un preservativo, me pellizó los pezones, Aitor se apartó encendiéndose un cigarrillo y mirándonos.

Me sentó al borde de la mesa y me penetró, por delante, luego me agarró por las nalgas y me levantó en peso llevándome contra la pared y ahí, mientras yo miraba a Aitor, me lo hizo a lo grande. Follaban de lujo, todo había que decirlo, encima de todo con ellos mi cuerpo siempre quería más.

Asier me mordisqueó los labios mientras me lo hacía, al igual que me sostenía con una mano y con la otra pellizcaba mi pecho de forma fuerte, pero sabiendo hasta dónde podía llegar.

Cuando terminó me dejó sobre el filo de la mesa mientras me hacía un guiño y me dio un beso en

los labios.

Se metió en el baño a darse una ducha y me fui hacia la ventana con Aitor a fumarme un cigarro, me rodeó por la cintura con su mano.

—Hoy te vamos a desgastar, ¿lo sabes? —preguntó mordisqueando mi labio.

—Claro —reí mirando hacia fuera viendo cómo llovía con intensidad.

Asier salió y dijo que iba a por unos cafés y bollos, así que fue al comedor donde estaba el restaurante y nosotros nos quedamos fumando en la ventana.

—Has hecho mucho sexo en tu vida. ¿A que sí? —pregunté sonriendo.

—Mucho, pero te puedo garantizar que contigo disfruto de una manera más natural, me produces algo bien fuerte y por mí, estaría tocándote todo el día.

—Eso es porque soy un bollito para ti —reí recordándole la diferencia de edad.

—Puede ser, eres ese caramelo que todos deseamos, pero te digo algo, para la edad que tienes me sorprende mucho tu actitud, no pones barreras sin antes probar.

—He leído muchas novelas eróticas y siempre soñé con verme en una de esas —reí.

—¿Te ves haciéndolo con los dos a la vez?

—Sí —reí—, aunque me da mucho respeto, no sé si mi cuerpo lo aguantaría.

—Claro que lo aguanta, si estás bien estimulada sí, pero para eso aún te tenemos que preparar un poco por detrás, hacerlo alguna vez más.

—Creo que tiempo nos queda —solté una carcajada.

—Seguro, el Fin de Año nos pilla aquí.

—Espero que ese día lo pasemos mejor aún.

—Por supuesto.

No tardó en aparecer Asier con los cafés y los bollos que Pepa hacía tan ricos, tipo ensaimadas.

Me puse la camiseta para tomar ese café en la ventana mientras charlábamos, en la tele había salido que sobre el miércoles se abría el acceso y aún era viernes, de ahí iba a salir experta en sexo.

Cuando terminamos de merendar los chicos comenzaron a desnudarse y Aitor me quitó la camiseta, no me lo podía creer, ese día me iban a dejar seca.

Asier se sentó en el borde de la cama y me pidió que me sentara encima de él, de espaldas, y puso mis piernas abiertas a cada lado de las suyas, me abrazó agarrando uno de mis pezones y comenzó a pellizcarlo con fuerzas. Gemí entre el placer y el dolor que aquello me estaba causando, con su otra mano me agarraba por la cintura y con sus piernas abría más las mías, dejándome expuesta a Aitor, que con una butaca se sentó entre ellas.

Abrió bien mis labios y comenzó a chupar mis partes con su lengua volviéndome loca y de repente hizo como una absorción en mi vagina que me dejó casi sin aliento. Lo hizo varias veces intercalando con lamidas y yo me comencé a mover con fuerza por la sensación, pero Aitor me tenía fijada las piernas y Asier el cuerpo.

—Aguanta, Samira, verás qué placer —decía Asier en mi oído cuando de repente Aitor, hizo una pinza con sus dedos en mi culo y en mi vagina.

—No aguanto —dije notando todo entrar a la vez.

—Sí aguantas, preciosa —decía Aitor, introduciendo sus dedos.

Los metió y comenzó de forma sincronizada a penetrarme por ambos lados mientras Asier, pellizcaba mi pezón con fuerza.

Sacó los dedos de mi vagina dejando su pulgar dentro de mi ano y con su otra mano me tocó de forma fuerte, rápida y sin piedad el clítoris, mientras yo gritaba entre jadeos.

—Vamos, llega así —decía Asier, que cada vez presionaba más sobre mi pezón.

Llegué al orgasmo y no a uno cualquiera, eso sí que me dejó temblando un buen rato.

Esperaron a que me relajara fumándonos un cigarro para luego comenzar esa doble penetración que tanto deseaba y temía a partes iguales.

—Yo solo digo una cosa —reí.

—Las que quieras —contestó Aitor sonriendo.

—Quiero estar cómoda, así que pensad cómo hacerlo, pero necesito tener el cuerpo relajado para eso, que no sé si aguantaré.

—Si no aguantas con que paremos es suficiente y lo de estar cómoda lo mejor es de pie, créeme, entrará mejor y nos moveremos de forma más libre.

—Ven —Asier extendió sus manos para que me pegara a él y me hizo agacharme para rodearlo por la cintura.

Aitor levantó mi cadera y abrió mis nalgas, luego puso su pene en la entrada y fue metiéndolo, poco a poco, mientras yo resoplaba con fuerza.

Cuando estuvo dentro acarició mi cadera y me ayudó desde atrás a ponerme recta mientras Asier me hacía de apoyo.

Este, me penetró por delante y sentí tal presión que esperaron un poco a que yo lo asimilara y me preparara.

Asentí con la cabeza mirando a Asier y comenzaron lentamente a moverse de forma sincronizada mientras yo jadeaba de placer, sí, un placer de los más brutales que puede experimentar una persona.

Pellizcaba mis pezones para causarme más placer y yo ya estaba al límite, a punto de desfallecer cuando primero terminó Aitor y luego Asier.

—Me la llevo a la ducha —dijo Aitor agarrándome, riendo.

—No puedo andar —protesté negando y riendo.

—Yo me visto y os espero en el salón, vamos a cenar luego y así nos da el aire antes de veniros a dormir. Por cierto, deberías de meterle un poco de crema hidratante para que se alivie.

—Sí, eso voy a hacer, ahora nos vemos.

Entré al baño y me apoyé sobre el lavabo, me escocía un poco por dentro, pero me daba un poco de grima que volviera a entrar ahora su dedo por ahí, pero se estaba echando la crema y sabía que algo me aliviaría.

—Eres lo mejor que me pudo pasar aquí —dijo echando la crema en su dedo y mirándome por el espejo.

—Procura no darme fuerte que estoy desfallecida y tengo eso muy sensible —dije riendo.

—Sabes que tengo cuidado —sonrió y se agachó para abrir mis nalgas y poner su dedo en mi culo.

Noté el dedo entrar con cuidado, dejó la crema dentro y lo sacó.

—Menos mal que has sido rápido, de esta me voy más abierta que la Puerta de Alcalá —dije provocándole una carcajada.

Me abrazó por detrás metiéndome en la ducha donde me enjabonó mientras me comía a besos, y es que, ese hombre me tenía hipnotizada.

Capítulo 14: Samira



Llegamos al salón donde estaba Asier fumando un cigarrillo frente a la chimenea, me fui a sentar en el sillón que había al lado y...

—¡Ah! —Noté que todo el interior de mi culo era como si me estuvieran clavando mil agujas, reaccioné levantándome.

—¿Qué te pasa? —preguntó Aitor preocupado y Asier se levantó corriendo, agarrando mi mano.

—Me he puesto de parto —reí causándole una carcajada a los dos—. Joder, fuera de coña, que no me puedo sentar, es como si me abrieran en canal, me escuece mucho y duele —puse cara de tristeza.

—Espera —puso un cojín sobre el sillón.

Me fui a sentar, pero nada, otro chillido que hasta apareció el señor Manuel preocupado.

—¿Pasa algo?

—No, tranquilo, soy yo que me salieron almorranas y estoy rabiando.

—Hija, sé de lo que me hablas, espera que tengo un bote sin abrir para eso, te lo pones cada seis horas y verás cómo lo llevas mejor.

—Gracias —dije entre dientes.

—Claro que sí, todo un buen gesto por su parte —murmuró Aitor y cuando el hombre se perdió de nuestras vistas nos echamos a reír.

—Ni muerta me pongo yo eso ahí, nada.

—Claro que te lo vas a poner, es lo que mejor te puede ir —dijo Asier.

—Os juro que os mato, avisados quedáis, no me pongo nada y eso ya está cerrado por vacaciones.

—No, la crema te la vas a poner por las buenas o por las malas, no te puedes ni sentar —dijo Aitor.

—¿Por las malas? A mí no me amences que te hago una incineración ahora mismo ahí —señalé a la chimenea.

Manuel no tardó en aparecer con ella, nos la dio, me dijo que intentara que entrara un buen pegote y se fue.

—Anda, vamos un momento que te la unto —dijo Asier, cogiéndola de mis manos.

—Ni de coña —advertí con el dedo—, de aquí no me muevo —me crucé de brazos.

—Escúchame, no te vamos a hacer nada, ve con Asier, te la pone un momento por fuera y vas a notar más alivio.

—¡Que no!, que me escuece mucho, que no quiero —me negaba por completo.

—No me hagas agarrarte que tú eres muy valiente.

—No me vas a obligar porque te juro que mañana sales en las noticias —reí amenazándolo.

—No voy a dejar que por una tontería después de todo lo que hemos hecho, pases unas malas

horas, Samira, por favor —me agarró del brazo.

—Te he dicho que no voy a la habitación, que no, que estoy muy sensible ahora mismo.

—Cógela, anda —dijo Asier andando hacia la habitación.

Y no me dio tiempo a prepararme cuando ya estaba en los brazos de Aitor.

—¡Que no quiero! —grité haciendo fuerza para que me bajara.

Me metió en el cuarto, sin soltarme se sentó en el borde de la cama y me puso bocabajo.

—Samira, no seas tonta que no te va a hacer nada, de verdad —decía Aitor bajando mi braguita y mallas hasta las rodillas.

—¡Que no, joder!, que me escuece, que no quiero nada.

—Esto te va a aliviar —aguantó mis piernas y Asier abrió con una de sus manos las cachas de mi culo.

—Samira no te muevas que te prometo que lo hago con cuidado, me puse un preservativo para que sea más suave.

—¡No voy a hacer nada más con vosotros! —grité notando su dedo en mi culo.

—Vale, pero relájate, por favor —dijo metiendo con cuidado la crema dentro mientras yo chillaba como loca, y es que ahora estaba de lo más sensible. Lo hizo dos veces mientras yo resoplaba a gritos.

Sacó el dedo y Aitor me subió el pantalón, me levanté y le di un cate en la cabeza, una piña a Asier en el brazo y salí de allí al comedor donde me pedí un refresco y una hamburguesa.

Los dos llegaron riendo y les hice una burla, aún estaba yo al lado de la mesa de pie, fumando un cigarro y sin querer sentarme.

—Os quedáis sin follar hasta que nos vayamos.

—¿Tan malos somos? —preguntó Asier, haciéndose el indignado.

—No, pero no me hicisteis caso.

—Sabes que fue por tu bien para que estés más aliviada.

—Pues igual no me puedo sentar —reí negando, viéndolos ahí con esos gestos.

Se sentaron y Aitor me dijo que me sentara en sus piernas, le dije que ni de coña, que me dolía igual, que yo iba a cenar de pie.

En ese momento Miguel apareció con mi hamburguesa y me dijo que escuchó lo de mis almorranas, que ahora me traía un cojín y le dije que no, que me apetecía estar de pie.

Me resultó raro que ni Alan con Rebeca, ni mi prima con Abel, aparecieran por allí durante toda la cena, pero bueno, lo mismo venían más tarde. Nosotros lo hicimos y nos fuimos a la habitación a ver una película, eso sí, los amenacé para que ni me rozaran.

Me puse un camisón de camiseta y me tiré de lado a ver la tele, mi cabeza sobre las piernas de Aitor y mis piernas sobre las de Asier, que ambos estaban sentados de frente apoyados en el cabecero.

Pusimos una comedia de humor llamada “Vacaciones”, desde que comenzó las carcajadas no dejaban de sucederse, eso sí, yo estaba ahí como una reina mientras Asier, estaba todo el tiempo acariciando y masajeando mis piernas, al igual que Aitor con mi cabeza y hombros.

Nos reímos de lo lindo, qué buena era la película y qué bien me lo estaba pasando.

Cuando acabamos me coloqué de lado para dormir y Aitor me abrazó por detrás. Asier riendo se pegó a mí para hacer el sándwich y yo a carcajadas limpias por los nervios que me hacían pasar.

—¿Quieres dormir relajada? No te vamos a mover mucho —dijo Aitor, metiendo su mano por delante en mi braguita.

—No, no empecéis, hoy ya tengo el perdón —reí.

—Solo será leve, relájate —metió sus dedos en mi clítoris y lo comenzó a mover con círculos, que hicieron que me viniera rápidamente hacia arriba.

Asier metió la mano por mi camiseta y se fue a acariciar mis pechos, con tranquilidad, sin pellizcos, pero sí apretándolos con deseos, su otra mano la llevó a la vagina para ayudar a intensificar el orgasmo, pero de forma suave. Yo comencé a jadear como loca, ya estaba de nuevo súper excitada y recibiendo un placer impresionante.

Comencé a temblar, me agarré a los brazos de Asier con fuerza y me corrí, joder, qué buen orgasmo acababa de tener y es que, si tenía algo claro, era que con esos dos hombres me sentía como pez en el agua.

Aitor se levantó, volvió a ponerse tras de mí, metió su mano por mis nalgas y noté cómo me ponía la crema, ni me avisó para que no se la liara, yo me agarré de nuevo al brazo de Asier y dejé que me la pusiera, de todas formas, con la anterior vez ya había notado más alivio.

Me quedé dormida entre esos dos hombres que me regalaban innumerables momentos de placer.

Capítulo 15: Rebeca

Desperté esa mañana después de haber pasado todo el día anterior sin hablar con Alan y me sentía fatal.

Había llorado más en un día que en toda mi vida, lo que daba como resultado el terrible dolor de cabeza que tenía, además de que seguramente tendría los ojos hinchados. Y, claro, como él estaba

en la habitación, pues lo de llorar tenía que ser en silencio, como si sufriera de almorranas, vamos.

Me pasé el día metida en la cama, tapada por completo, no dejaba ni que se me viera la cabeza. Varias veces sentí que Alan se acercaba, me acariciaba el brazo por encima de las mantas, pero le pedía que me dejara, no quería que se acerca a mí, y menos que me consolara, quería estar sola con mi pena y mi dolor.

Me giré y ahí estaba, el hombre que había hecho que me enamorara de él, poco a poco, cada día con nuestras conversaciones. Recordé aquella primera vez que hablamos, fue casi por casualidad, pero bendita casualidad.

Eso nos trajo aquí, aunque fuera de una manera muy distinta a lo que yo pensaba, pero quería conocerle, verlo en persona, poder mirarlo a los ojos. Escuchar su voz sin que fuera por medio de un teléfono, sentirlo cerca, no en la distancia que nos separaba.

Me abracé a él y en cuanto lo notó, me estrechó entre sus brazos besándome en la frente.

—Buenos días, pequeña.

—Buenos días.

Me quedé ahí, entre sus brazos, en silencio, disfrutando del calor que desprendía su cuerpo, mientras escuchaba latir su corazón.

Si me dieran la oportunidad, querría poder despertarme así siempre, cada día del resto de mi vida.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Mejor, o eso creo. Aunque me duele la cabeza.

—No me extraña, con todo lo que lloraste ayer...

—No lloré —mentí.

—Rebeca, que estuvieras bajo las mantas no quiere decir que no pudiera escucharte. Vale que procuraras no hacer ruido, pero no soy tonto. ¿O me vas a decir que la manera de temblar que tenía tu cuerpo era por el frío?

—No.

—No quiero verte así nunca más, siento mucho que esto sea todo por una mentira...

—¿Todo? —Separé la cara de su cuello y lo miré— ¿Qué quisieras conocerme también? Que ayer me dijeras que me amas, ¿también es mentira?

—No, pequeña, eso es verdad. Te amo más de lo que sería capaz de poder expresar. Te conozco desde hace meses y quería poder verte y tenerte así, tan cerca, desde apenas unas semanas después de nuestra primera conversación.

—Alan, sé que lo que hiciste estuvo mal, que te arrepientes y que, aunque quisieras conocerme, me trajiste aquí un poquito engañada, pero no puedo evitar el haberme enamorado de ti y querer estar contigo. En las buenas y en las malas, que se dice —me abracé a él y noté las lágrimas deslizándose por mis mejillas—. Te perdono las mentiras, esas piadosas que me contaste para llegar hasta la persona a la que seguías.

Yo ya estaba llorando a lágrima viva, Alan me cogió la barbilla haciendo que lo mirara y vi que sus ojos también estaban vidriosos. Se inclinó, me besó con cariño y me fue recostando en la cama hasta colocarse sobre mí y entre mis piernas.

Me desnudó despacio, besando cada centímetro de mi cuerpo, acariciándolo y regalándome miradas y sonrisas.

Yo seguía llorando, pero sin emitir el más mínimo sonido.

Las manos de Alan iban recorriéndome por completo, como si fuera un escultor creando su obra

más bella.

Besó mis labios al tiempo que con los dedos jugueteaba entre mis pliegues, pellizcándome el clítoris que no tardó en tocar hasta que consiguió que gimiera por el placer que me estaba provocado.

Llevó uno de los dedos a mi interior y comenzó a entrar y salir despacio sin dejar de jugar con ese pequeño punto de mi cuerpo que toqueteaba con el pulgar.

Llegué al orgasmo rodeándole el cuello y hundiendo el rostro en su pecho. No tardó en quitarse el pantalón y penetrarme mirándome a los ojos, lentamente, como si tuviera miedo de que pudiera romperme.

—Te quiero, Rebeca —confesó con lágrimas en los ojos antes de volver a besarme.

Llorábamos los dos, mientras nos besábamos y hacíamos el amor, porque aquello no era sexo, aquello era un momento de amor único, como jamás había tenido en toda mi vida.

Cuando acabamos, jadeantes y con los ojos cubiertos de lágrimas, fuimos a darnos una ducha antes de salir a desayunar.

Lo hicimos de la mano, y es que ninguno de los dos queríamos soltarnos, estaba claro que nos necesitábamos más de lo que pudiéramos pensar.

En el salón ya estaban Aitor, Samira y Asier.

—Buenos días —saludó Alan, y ellos contestaron sonriendo.

No podía creer que ese poli fuera la persona que me había descrito Alan, pero tampoco podía hablar, no quería delatarle por si Aitor no lo recordaba después de tanto tiempo.

Durante el desayuno miré a Alan, él quería reconciliarse con Aitor y solo esperaba que las cosas fueran bien, no querría por nada del mundo que a mi escocés le pasara algo.

—Buenos días —escuchamos decir a Marta.

—Ya se me ha cortado el café. Creo que me voy a ir —dije poniéndome en pie, pero Marta me lo impidió.

—Por favor, Rebeca, no te marches. Quiero hablar con todos vosotros.

—Pues no tengo especial interés en escucharte, fíjate.

—Rebeca —ahí estaba el poli. ¡Qué obsesión tenía conmigo!

—¿Qué, de nuevo quiere usted esposarme, señor agente?

Aitor arqueó la ceja y después empezó a sonreír. Madre mía, ese hombre era un pecado para la especie humana, pero yo no iba a sucumbir a sus encantos, no, no, que ya tenía a mi escocés que me tenía, pero que muy bien servida.

Me senté, resoplando, eso sí, y esperé a que Marta dijera lo que fuera que tenía que decir. Que, por cierto, no me podía importar menos.

—Quería disculparme con todos vosotros, mi comportamiento no ha sido el mejor estos días —dijo Marta.

—¡Menos mal que al menos lo reconoces! —espeté.

—Sí, he sido un poco gilipollas.

—Un poco bastante, que no veas los aires de marquesa que me llevabas.

—Rebeca, deja que hable —me pidió Aitor.

—¿Qué pasa? —me preguntó Alan, que no se enteraba de lo que hablaba Marta.

—Se está disculpando.

—¡No jodas! Hostia, traduce por favor.

Solté una carcajada a la que siguieron todos, menos Marta que nos miró con cara de oler coliflor.

—No mires así, que este pobre de español va muy justo y no sabe de lo que hablas —le dije a ella.

—Bueno dile que... Alan —lo llamó y él, la miró sin entender — *Sorry, ¿ok?*

Alan se quedó un momento mirándola hasta que Asier le dijo que se disculpaba por su comportamiento y mi escocés asintió con una leve sonrisa.

—De verdad que lo siento, no he sido la alegría de la fiesta estos días, pero es que me superaba todo. Prima... ¿Podrás perdonarme lo mal que me he portado siempre contigo? —le preguntó a Samira.

—Claro que sí, eres mi prima, pero, por favor, no vuelvas a tratarme como si no valiera nada. Sabes que te quiero, solo nos tenemos la una a la otra y me dolería perderte.

Y ahí acabamos todos llorando como si estuviéramos de funeral. Abel cogió el móvil e hizo una videollamada a los padres de ambas muchachas, que seguían abrazadas y llorando.

—¡Sí! —gritaba Abel, secándose las lágrimas— Ha costado, pero ahí las tenéis a las dos. ¿Las veis bien, o me cambio de sitio y hago otro plano? —preguntaba, sacando el *influencer* que habitaba en él.

—Las vemos, hijo, las vemos —escuché que decía una mujer, madre de alguna de ellas, pero no sabía de quién.

Después de ese momento entre lágrimas y con las dos primas sonriendo, Marta vino uno a uno para abrazarnos también y volver a disculparse. La verdad es que me tenía que quitar el sombrero ante ella, porque seguro que le había costado la vida dar su brazo a torcer y hacer lo que había hecho en esa sala.

Y así pasamos el resto de la mañana, viendo los abrazos que iban compartiendo ambas primas de vez en cuando.

Incluso se quedaron apartadas del resto un rato para charlar, y la verdad que escucharlas reír era tan diferente a oír los gritos de Marta, que eso era algo de agradecer. A ver si la armonía llegaba al fin al hotel, para todos.

Después de comer, Alan fue a llamar a su familia para decirles que estaba bien, aún seguíamos aquí aislados sin que nos pudieran rescatar, pero estábamos todos en perfectas condiciones.

—¿Cómo tú tan sola, querida? —me preguntó Abel, mientras me tomaba un café junto a la chimenea.

—Me apetecía estar aquí, al calor, un ratito.

—Sí, yo también necesito calor. Este frío se me mete hasta en los huesos.

—Al final lo has conseguido, se van a llevar mejor —dije, refiriéndome a las dos primas.

—Eso espero. Marta en el fondo es una buena niña, pero siempre se ha visto a la sombra de Samira.

—Bueno, seguro que ya todo cambia y va a mejor.

—Ojalá, porque al final iba a acabar dándome de cabezazos contra la pared.

Alan apareció en ese momento, se sentó en el suelo detrás mía y bien pegado, rodeándome con ambos brazos besándome en el cuello mientras Abel sonría.

—A vosotros os veo muy bien —comentó sin perder la sonrisa.

—Pues sí, muy, muy bien —respondí, girándome para besar a Alan en los labios.

Abel nos dejó a solas y allí nos quedamos un buen rato, al calor del fuego junto a la chimenea, hablando de todo un poco, hasta que Manuel nos avisó para la cena.

Regresamos al salón y, por primera vez desde la cena de Nochebuena, estábamos todos en una misma mesa y sin que volaran cuchillos o mendrugos de pan.

Al fin había llegado la armonía y el buen rollo a ese apartado hotel rural de los Pirineos de Huesca.

A pesar de que el dolor de cabeza era bastante más leve que cuando me levanté, aún estaba ahí, así que di las buenas noches y me fui a la habitación. Necesitaba descansar.

Alan me pasó el brazo por los hombros para acompañarme y en cuanto entramos, nos pusimos el pijama y apenas tardé un minuto en quedarme dormida tras meterme en la cama.

Capítulo 16: Marta



Un nuevo día en el hotel, aislados del resto del mundo, y me sentía como esos participantes de los *realitys* de televisión. Esta situación que vivíamos siete desconocidos junto a los tres dueños, desde luego podría ser lo más parecida a Gran Hermano.

Véamos, analizando a los participantes de este peculiar *show* televisivo tendríamos los siguientes concursantes:

Manuel, el dueño, ese hombre era claramente “El Súper”, y es que estaba en todas partes, allá donde miraras te encontrabas con sus ojos vigilando.

Pepa, también dueña, y además cocinera, era como esas concursantes que entran a la casa dejando a sus hijos fuera y, automáticamente, se proclama mamá pato y acoge bajo el ala a los demás miembros de la casa.

Miguel, hijo de los anteriores y camarero. Joder, ese chico bien podría ser el que escucha en el confesionario cuando vas a contarle tus mierdas. Bueno, que yo con él no me había confesado, me lo había intentado ligar, pero no me hacía ni caso. Claro, si resulta que era el novio secreto de Abel, ¿cómo coño me iba a mirar a mí? Ni de broma, vamos.

Luego teníamos a Aitor, un poli que ya quisiera yo ver con uniforme porque seguro que estaba de muerte. Lástima que aquí no hacíamos ejercicio como en el programa de la tele, porque verlo en esa tesitura tenía que ser... Sin duda él, era candidato perfecto a musculitos del concurso, el que te ayuda con las pruebas físicas.

Asier, médico, cuarentón y sexy como el demonio. Que sería médico, y su especialidad la de salvar vidas, pero aquí había venido a que a mí me diera fiebre y ponerme cardíaca. Vamos, que

este tenía el puesto de chulazo de la casa por el que más de una espectadora babearía. Joder, si lo hacía yo, que a mí ese hombre me ponía a mil. Si supiera la de noches que he soñado con él...

Alan y Rebeca, los típicos que nada más verse, sabes que acabarán haciendo el famoso “edredoning” y que la cosa puede acabar en boda una vez fuera de la casa. ¡Si hasta hacían buena pareja! Suerte había tenido esa mujer porque el indio, que no era indio, sino escocés, estaba para pasarse todo el santo día en la cama y no salir de ella.

Abel, mi Abelito, el que entra en la casa mirando todo a su alrededor con esa sonrisa de “o sea, qué fuerte que estoy aquí, no me lo creo”. Vamos, pues no es divo mi amigo el *gay*.

Y luego estaría yo, la típica gritona, más loca que cuerda, que se pasa el concurso, al menos el tiempo que está dentro de la casa hasta que la expulsan, mandando a tomar por culo a todo el que se cruza por delante.

Solo nos faltaban los animalitos de granja, aunque bueno aquí los teníamos de campo, que más de una vez por el ventanal había visto algún que otro conejo o una ardilla por allí correteando.

Cuando salí de la ducha Abel no estaba en la habitación, seguramente estaría ya en el salón con los demás.

Me vestí rápidamente y allá que fui a reunirme con los otros habitantes de la casa.

—Buenos días —saludé con una sonrisa, una de verdad, pues ya no tenía que fingir delante de mi prima ni de nadie.

—Buenos días. ¿Cómo amaneció la señora marquesa hoy? —preguntó Rebeca y tuve que soltar una carcajada.

—¿Se me va a quedar ese mote mucho tiempo?

—No sé, cuando yo vea que dejo de sentirme como si para ti somos simples plebeyos.

—Pues desde ayer, mujer, que ya os pedí perdón.

—Bueno, bueno, necesito seguir procesando esa información porque, ¿quién me dice a mí que no estás esperando tu oportunidad para ponernos a todos a fregar los suelos de rodillas? —y otra carcajada, esta vez a coro porque todos me siguieron.

—Claro, claro, que ahora soy la madrastra de Cenicienta. Lo que tengo que oír recién levantada —me llevé la mano a la frente poniendo cara de pena.

Miguel llegó con los desayunos y el tiempo se nos fue entre risas y charlas. Veía a Samira de lo más animada y, sobre todo, en alguna que otra ocasión al poli se le escapó una mano para pasarla por sus hombros, agarrarla el brazo y acariciarlo.

Me daba a mí que aquellos dos habían jugado al poli y la ladrona. A ver si podía jugar yo con Asier a los médicos.

En cuanto acabamos de desayunar los chicos fueron a ver las noticias, Rebeca y mi prima no querían deprimirse más y yo tampoco, así que salimos a la terraza acristalada y aproveché para fumar un cigarro.

—Chicas, ¿puedo ser sincera con vosotras? —pregunté un rato después, cuando la charla nos había llevado a una tranquilidad muy agradable.

—Claro, señora marquesa, para eso están las sirvientas —contestó Rebeca, haciendo una reverencia.

Samira soltó una carcajada como en la vida escuché una antes de ella, yo acabé igual, y así pasamos como cinco minutos las tres, muertas de risa y con lágrimas en los ojos.

—A ver, que esto es serio —dije al fin secándome las lágrimas.

—Venga, desembucha prima.

—Me gusta Asier, chicas —dije agachando la mirada, muerta de vergüenza.

Si en ese momento se hubiera caído un alfiler en la otra punta del hotel, lo habría oído perfectamente. Joder, ¡menudo silencio se hizo en ese momento!

Miré a mi prima y a Rebeca, que estaban mirándose como si les hubiera dicho que había matado a alguien, hasta que me miraron y ambas sonrieron.

—Vale, que soy una cría para él, lo sé, pero... ¿Qué hago si me gusta el doctorcito? Por el amor de Dios, que llevo soñando que me pone su jeringuilla desde que la primera vez que lo vi —me llevé las manos a la cara y quise que la tierra me tragara.

—Prima, no pasa nada, si a mí me pasó lo mismo con Aitor —escuché que me decía Samira.

—A ver, una cosita... —Rebeca se sentó a mi lado y me rodeó con los brazos— ¿Me está diciendo la señora marquesa que se pone cardíaca con el médico?

—Aquí hace frío, ¿verdad? —pregunté mirándola y ella asintió— Pues yo me despierto todos los putos días sudando, excitada y creo que hasta podría decirte que me he acabado corriendo alguna vez en sueños.

—¡Ay, por Dios! —exclamó Samira.

—Sí, a ese señor también le he nombrado en mis sueños.

—Señoritas, a comer —y ahí estaba, la voz de ese hombre que hacía que toda yo me erizase por completo.

—Sí, sí, vamos a comer, doctor, que... igual hoy si se lo curra tiene postre —soltó Rebeca, pasando por su lado y noté que se me ponían las mejillas rojas y ardiendo.

—No sé para qué mierda os cuento nada. Si ya sabía que lo de cogerme confianza era todo fachada —dije pasando por delante de Asier.

—Marta, ¿todo bien? —me preguntó él, cogiéndome la muñeca y ese simple contacto hizo que me volviera mantequilla a su lado.

—Sí, no es nada, doctor.

Me solté y fui a la mesa donde ya nos esperaba un delicioso guiso que había preparado Pepa.

La suerte, casualidad, o esas dos hijas de su madre a quienes les había contado lo que me pasaba, quisieron que Asier acabara sentado justo frente a mí, por lo que comí todo el tiempo con las mejillas a punto de que me saliera humo de lo que me ardían, y bajo su mirada que en ocasiones lo veía hasta con el ceño fruncido o arqueando una ceja como queriendo saber qué pensaba o qué me pasaba.

Acabé la primera de comer, así que fui a sentarme frente a la chimenea, en el suelo, hasta que Miguel interrumpió mi soledad.

—Te traigo un chocolate caliente —me dijo.

Sí, a mí no me dejaban tomar café porque no querían que me pusiera más nerviosa de lo que ya era, cosa que agradecía porque ese chocolate se había convertido en mi favorito.

—Lo voy a echar de menos cuando nos vayamos de aquí.

—Bueno, siempre puedes tomar uno igual en tu casa.

—Igual no, que el que compran mis padres ni se le parece.

—Puedes llevarte unos cuantos paquetes para lo que queda de invierno, mujer.

—Claro, y, otra opción es que le mandes a Abel de vez en cuando un cargamento para que me lo dé —guiñé el ojo y él abrió la boca sorprendido.

—¿Lo sabes? Lo nuestro, quiero decir.

—Sí, pero tranquilo que vuestro secreto está a salvo conmigo. Creo que me lo contó para que no intentara volver a seducirte. Y yo pensando que se me había ido ese don —puse los ojos en blanco y él se echó a reír.

—No, no se te ha ido, es que conmigo no funciona. Bueno, me vuelvo a mis tareas.

Miguel me guiñó un ojo y me volvió a dejar sola. Ahí disfruté de ese delicioso chocolate que, sin duda, me estaba sirviendo para quitarme la pena que tenía.

¿Cómo era posible que me gustara tanto ese hombre si apenas lo conocía? Bueno, como decía mi madre: “el amor llega cuando llega”.

¿Amor? No tenía muy claro yo que fuera eso, pero... Lo que, seguro que había entre nosotros, al menos por mi parte, era una más que clara atracción.

Dejé la taza en la cocina, donde Pepa estaba organizando las cosas para después empezar a preparar la cena, y salí fuera a dar un paseo.

Eso era lo mejor de todo, que después de unos días ahí encerrada, ya por fin podía tomar el aire.

Y justo cuando volvía del paseo, empezó a llover con una fuerza, que no me quedó más remedio que meterme en el cobertizo que había fuera, donde guardaban gran parte de la leña que usaban para la chimenea.

—¡Joder, qué susto! —dijo Asier, cuando abrí la puerta de golpe. Menuda suerte la mía.

—Lo siento —me disculpé.

—Joder, estás empapada, niña.

—Ya... es que me ha pillado ahora todo.

—Cuando empezó a caer más fuerte me metí aquí. He encontrado una manta, ven.

Me acerqué a él, que estaba cubierto por la manta, y me cobijó entre sus brazos. No pude evitarlo y le rodeé la cintura con los míos, pegando la mejilla a su pecho.

—Sí que estás empapada, sí —dijo con un leve tono de risa en su voz.

—Lo siento —me aparté y él protestó.

—Aquí hay mucha leña, espera que enciendo un pequeño fuego con algunas ramas y al menos podremos calentarnos. Ten.

Con la manta me cubrió a mí y empezó a coger pequeñas ramas que metió en un bidón vacío, echó algunos papeles de periódico que encontró y lo prendió todo.

Fui hasta el bidón y me pegué bien para entrar en calor, pero estaba tiritando por lo mojada que tenía la ropa.

—Si no te quitas esa ropa, vas a coger una pulmonía —susurró mientras me abrazaba por detrás.

—No voy a quedarme desnuda delante de ti —contesté.

—Soy médico, no me voy a sorprender por lo que vea.

Al final, entre tiritones, acabé accediendo y me quité toda la ropa mientras él, acercaba la manta al fuego para que se secara un poco. Que vale, milagros no iba a hacer en esos escasos minutos, pero al menos algo sí que se secaría.

—Joder —lo escuché murmurar a mi espalda.

—Creí que no te ibas a sorprender, ya que al ser médico habrías visto de todo —contesté girándome, cruzándome de brazos para que no me viera los pechos desnudos, puesto que no me había puesto sujetador ese día.

—Pues lo retiro, lo retiro. Tienes un cuerpo precioso, toda tú lo eres, Marta.

Se cubrió con la manta y me abrazó, pegándose a él, mientras no apartaba los ojos de los míos.

—Me está poniendo nerviosa, doctor —dije evitando mirarle.

—Y tú a mí me has excitado, niña —me contestó y ahí... sí que me ardieron no solo las mejillas, si no todo el cuerpo.

—Ya sé que soy una niña a tu lado, no es necesario que me lo recuerdes.

—No eres ninguna niña, a mí me pareces toda una mujer, pero con ese rostro tan inocente que tienes, pareces una niña buena.

—No soy tan buena —contesté poniendo los ojos en blanco.

—Ah, ¿no?

—No, ya me has visto estos días, soy protestona y mal hablada. Le he hecho la vida imposible a todo el hotel, sobre todo, a mi prima.

—Te pasaste con ella, sí —dijo y después noté que me besaba en la cabeza.

Cerré los ojos y le rodeé la cintura con más fuerza, me parecía increíble estar así con él y... Sí, había algo que se estaba empezando a alegrar bastante por debajo de su pantalón.

—Me estás poniendo un poquito difícil lo de controlarme —susurró.

—Pues no lo hagas —a la mierda todo, o le ponía sal y limón al momento o me quedaba con las ganas de probarlo antes de irme de aquí.

—¿Ya deliras por la fiebre? —preguntó.

—No, no tengo fiebre, aunque sí estoy empezando a entrar en calor.

—Eso es bueno, el fuego hace efecto —lo dijo serio, pero se le notaba la risa en la voz.

—No es solo por el fuego, doctor —confesé mirándolo a los ojos y en ellos vi que, aunque solo fuera un poco, me deseaba.

—No juegues con fuego que puedes quemarte, niña.

—¿Y si quiero jugar? —Me puse de puntillas de modo que dejé los labios a apenas unos centímetros de los suyos antes de confesarle la cruda realidad de mis días, y mis noches también — He soñado que me quemaba por jugar contigo, cada noche. ¿Qué habría de malo en quemarme de verdad?

Ni un segundo tardó en hacerse con el control, besándome con una dureza que jamás habría imaginado en un hombre tan tranquilo como él.

Agarrado a mis nalgas me cargó en vilo, lo que hizo que la manta que nos cubría cayera al suelo, le rodeé la cintura con las piernas y fue entonces cuando noté que jugaba con sus dedos en mi clítoris, haciendo presión, friccionando con ellos y sacándome más de un gemido.

—Así que, quieres que juguemos —susurró mordisqueándome el labio.

—Sí —contesté con un jadeo pues llevó uno de los dedos a mi interior, entrando y saliendo rápidamente.

—Pues vamos a jugar, niña traviesa.

Me pegó a la pared y mientras seguía tocándome y penetrándome con los dedos, se inclinó para mordisquearme un pezón. Poco aguanté aquella tortura, pues me corrí chillando mientras me sostenía en sus hombros.

Se fue directo a mis labios, me dio un mordisquito y después me besó mientras volvía hacia el bidón donde estaba el fuego.

Tras dejarme en el suelo se quitó la camiseta y en ese momento mis sueños se habían hecho realidad. Estaba viendo en vivo y en directo ese torso que tantas veces había tocado, besado y arañado en mi mente.

Antes de quitarse el resto de la ropa sacó un preservativo de su cartera, me guiñó un ojo y cuando estuvo listo se acercó a mí, me abrazó y volvió a besarme mientras sus manos me acariciaban la espalda.

—Apoya las manos en la viga —me dijo girándome—, agárrate bien a ella, inclinándote —me indicó ayudado de sus manos cómo quería tenerme—. Así, muy bien, abre un poco las piernas y levanta el culito, preciosa.

Lo hice, me coloqué tal como me pedía y juro que aquello no me lo habría esperado ni en mis mejores sueños.

—Te advierto que, si me gusta nuestro juego, voy a querer repetir —susurró antes de penetrarme de una sola vez, fuerte y rápida, que me hizo gritar.

Asier me tenía sujeta por las caderas mientras entraba y salía una y otra vez, hasta que noté que su mano derecha subía por mi espalda, volvía a bajar y se dirigía por mi costado hacia el pecho, que empezó a masajear y después a pellizcarme el pezón.

Sentí su cuerpo cubriendo el mío y, sin dejar de jugar con mi más que erecto pezón mientras me penetraba, llevó la otra mano sobre mi sexo y empezó a jugar también con mi clítoris.

Aquello era simplemente una gozada, menudo momento me estaba regalando el médico.

Entre mis gemidos, gritos y sus jadeos, no escuchamos que se abría la puerta hasta que...

—¡Marta, por Dios! —gritó Samira.

Cuando Asier y yo miramos, ya había cerrado la puerta, de modo que, en aquel momento de sexo explosivo e interrumpido, el que en ese instante era mi amante y yo, empezamos a reír, pero llegamos juntos al final del encuentro.

—Sin duda alguna, quiero repetir este juego, niña —dijo cogiéndome en brazos y besándome.

Cuando entramos en el hotel nos miraron todos con una sonrisa en los labios que me hizo ruborizarme. Joder, ni que hubiera hecho algo malo, pero claro, normalmente a la gente no se la pillan así, en mitad de un momento de sexo furtivo.

—Bueno, imagino que después de lo que he visto, te irás a dormir con ella ¿verdad, Asier? —dijo mi prima y, ante mi sorpresa, el médico me pasó el brazo por los hombros pegándose a él y tras besarme en la sien dijo que sí.

—Genial, a dormir con una parejita cargada de hormonas —se quejó Abel, volteando los ojos.

—Bueno, siempre te queda el suelo junto a la chimenea.

—Antes me voy al cobertizo, igual me encuentro a algún montañero despistado que me pone mirando a la viga —soltó el desgraciado de mi amigo.

Joder con mi prima, que les había contado todo con lujo de detalles. La madre que la parió.

Acompañé a Asier a la habitación a recoger sus cosas y las dejamos en la mía, regresamos con el resto y cenamos, charlando de si finalmente acabaríamos el año en ese lugar.

Si así era, no me importaría porque ya tenía un motivo para no querer que acabara ese asilamiento que, por causas del destino, la madre naturaleza nos había hecho pasar.

Capítulo 17: Samira



Se me hizo raro despertar y no ver a Asier, pero eso de tener a Aitor para mí solita, como que me encantaba y eso de ya estar de buen rollo de una puñetera vez con mi prima, mucho más.

—Buenos días, pequeñaja —se pegó a mí rodeándome por la cintura y besando mi nariz.

—Buenos días, bombón —sonreí.

—Estoy loco por un café, espérate aquí que traigo dos y ya más tarde vamos a desayunar, que es muy temprano.

—Vale y me traes un vibrador —bromeé sonriendo.

—De eso no te preocupes, ya me encargo yo de que te vibre todo el cuerpo —mordisqueó mi labio y agarró mi zona.

—Ve, ve a por el café que ya estoy viendo que te lo tomas todo muy literal.

—Sabes que me pones malísimo.

—Ajá —le señalé hacia la puerta y se levantó riendo.

Entró al baño a lavarse la cara, los dientes y fue por los cafés, yo fui al baño también, pues me estaba orinando como una condenada y ya aproveché para lavarme la cara.

Desde luego que había hecho todo ese tiempo de tripas corazón con la ropa. Menos mal que eché

de más y varias mallas con las que me había podido defender esos días y la bendita Pepa, que no dejaba de poner lavadoras por nosotros.

Apareció con los dos cafés y unos churros que le había dado Pepa, por eso tardó un poco más, lo hizo esperar para freírlos.

—Qué rico, churros, muero por esa mujer.

—Mejor muere por mí —carraspeó poniendo todo en el poyete de la ventana.

—Por poco salgo muerta de aquí por ti. ¡Si mi padre me hubiese visto!

—¿Y quién te dice que tu padre no haya hecho estas cosas?

—Quita, quita, no lo quiero imaginar, pero es joven, tiene cuarenta y cinco años y mi madre cuarenta, vamos estás tú más cerca de ellos que de mí —solté una carcajada.

—Te vas a enterar cuando te tomes el café.

—Menos a mi culo, todo lo que quieras, dos días que me costó recuperarme —reí.

—Por eso, no deberíamos de permitir que se deje de estimular y vuelva al principio.

—Aitor, tú quieres cobrar hoy, ¿verdad?

—Creo que he cobrado hoy, no miré la cuenta, pero es treinta, ¿verdad?

—Qué tonto eres —reí.

—Dame un beso —se acercó sujetando su café.

—Te lo voy a dar porque te quiero mucho —le di el beso.

—¿Me has dicho que me quieres? —preguntó con los ojos como balones.

—Sí, un poquito —reí.

—Me acabas de matar —me rodeó por la cintura y me pegó a él, para besarme de nuevo.

—Tú solo me quieres dar por culo —solté causándole una risa mientras me abrazaba.

—No, yo no quiero hacer eso, yo solo te quiero hacer sentir placer —me miró negando sin dejar de reír.

—Sí, sí y lo haces, joder, pero me la distéis mortal —reí.

—¿Disfrutaste?

—Como una loca.

—Me encantas —sonrió—. Eres una explosión en todos los sentidos, tienes una educación exquisita, un saber estar increíble, eres dulce y tímida, pero luego sacas esa parte sensual y descarada que se deja llevar por todo y me vuelves loco.

—También soy muy romántica, pero no me has dado lugar a ello —me encogí de hombros.

—Ven —me pegó a él—. Ya tienes todo el lugar del mundo pues no pienso exponerte a nadie más, te quiero para mí solito de aquí a que nos vayamos.

—Y luego me pueden dar por saco, ¿no? —reí.

—No —se sentó en el borde de la cama conmigo en su regazo—, pero sabes que vivimos en lugares diferentes, yo tengo mi trabajo, tú tienes que terminar tus estudios y nos separa una diferencia de edad bastante grande —en esos momentos me dieron ganas de llorar, pero me

aguanté.

—Lo sé —dije con tristeza.

—Pero no dudes de que nos volveremos a ver —me mordisqueó el labio.

—Ya...

—¿Te has puesto triste?

—No.

—¡Sí! —rio abrazándome muy fuerte y comenzaron a brotarme las lágrimas. ¡Maldita sea! Joder, no quería llorar delante de él— Samira, ¿qué te pasa? —Me cogió por la barbilla.

—Nada, que tengo pena —respondí como una niña pequeña.

—¿Pena por qué?

—Porque sí.

—¿Te da pena que esto acabe?

—Sí —me eché en su hombro a llorar con una carcajada, no quería que me viera mal y los nervios se apoderaban de mí.

—No, no te quiero ver así, no sabes la tristeza y el dolor que siento, no te imaginas el cariño tan enorme que te he cogido.

—Bueno, no me digas nada ya, por favor —reí secándome las lágrimas que volvían a salir una y otra vez.

Me echó sobre la cama y se puso de lado a acariciar mi cara mientras nos mirábamos, no le hacía falta hablar, lo entendía y yo sabía que a él también le iba a doler que nos separásemos, disfrutaba mucho conmigo y eso se notaba.

Tocaba mi barriga por debajo de la camiseta y subía hasta mis pechos, con esa mirada penetrante, con esos ojos de deseo y de cariño que hablaban por sí solos.

Me giré, me puse mirando hacia él y posó su mano en mis caderas.

—Mañana es Fin de Año y con eso hemos pasado todas las fiestas juntos —dije con melancolía.

—Sí y no se me van a olvidar en la vida.

—Menos, a mí, menudos calentones me darán de recordarlas —me reí pegando mi cara a su pecho.

—Eres una loca llena de ternura —reía abrazándome.

—Y tú un tonto que me tienes a tus pies.

—No creo que sea para tanto.

—Ah, ¿no? Qué morro tienes —lo besé.

Me levantó y me sentó sobre él, que se había sentado apoyado en el cabecero y me dejó a horcajadas encima, sacó mi camiseta dejando mis pechos al aire mientras los lamía y hacía que mis caderas se movieran encima de él, rozándome con su miembro.

No tardó en levantarme, quitarme la braga y desnudarse para luego volverme a sentar encima de él, abrazándome con una mano y con la otra moviendo mi cadera para que yo fuera buscando mi excitación encima de su miembro.

Joder y cómo me vine arriba, aquello fue apoteósico, comencé a moverme notando eso entre mis labios, en mi clítoris y me fui excitando de tal manera, que noté cómo iba llegando mi orgasmo mientras temblaba y jadeaba como una loca.

Luego me levantó un poco para ponerse un preservativo y lo hice ahí sentada con la ayuda de sus manos, que me movían como si fuera una carrera a contrarreloj, aquello me estaba poniendo de lo más excitada.

Me encantaba hacerlo con él, era algo que me volvía loca, sabía cómo manejarme en cada momento.

Me cogió en brazos y nos fuimos a la ducha, se sentó en aquel escalón y me puso de pie frente a él, mirándome con aquella media sonrisa y sus manos de gel frotando todo mi cuerpo, enjabonándome por todas partes y penetrándome hasta llegar al fondo para luego echarme agua.

Hizo que me girara, sabía que me iba a lavar por detrás y a él, le gustaba darme placer por aquella zona.

Noté su dedo empapado en aquel líquido suave entrando, poco a poco por detrás, ya no me escocía nada, aquel movimiento hizo que de nuevo me viniera arriba, lo sacó y me hizo girar de nuevo para meter sus dedos como pinzas, dos por delante y uno por detrás mientras me pedía que me tocara y con la otra mano agarró mi cadera.

Lo hice para él, que iba jugando con mis cavidades, tener ese dedo detrás me multiplicaba la sensación y me corrí enseguida agachándome sobre su hombro.

Con Aitor sentía una sensación de deseos continua, me tiraría haciéndolo con él, cada minuto del día y es que esa tensión que sentía hacia él no se me pasaba y siempre quería más. Era ponerme una mano encima y yo dejarme llevar sin importarme la intensidad de la situación.

De ahí nos fuimos a desayunar con los chicos, mi prima no dejaba de hacerme muestras de cariño y de comerme la cara a besos, parecía otra y encima babeando con Asier, que parecían dos tortolitos. Si mi prima supiera lo que pasó entre nosotros fliparía, pero eso quedaría como un

secreto.

Nos fuimos todos a pasear un rato ya que el día estaba soleado, desde arriba podíamos ver a todos los dispositivos arreglando la carretera y nos echamos a reír cuando Marta soltó una de las suyas.

—¡¡¡Quietos!!! —gritó hacia abajo como si la fueran a escuchar— ¡Ahora que me lo estoy pasando de puta madre no me arregléis la carretera hasta dentro de un mes! —seguía gritando.

Y tenía razón, un mes es lo que yo me quedaría ahí disfrutando de todos y, sobre todo, de Aitor, ese hombre que hacía que suspirara más de lo normal y mi corazón se acelerara con cada momento que se sucedía entre nosotros.

Lo amaba, esa era la realidad de las cosas, lo amaba con todas mis fuerzas a pesar de saber que lo nuestro era la crónica de una separación anunciada.

Anduvimos un rato y nos divertimos un montón con las cosas de Abel, ese hombre era la hostia, nos dejó a cuadros cuando nos contó a todos lo que le había traído hasta aquí y solo de pensar la relación que tenía con Miguel, todos estábamos alucinando, pero felices.

A la hora de la comida nos prepararon una paella que estaba deliciosa y encima unos rollitos de queso con jamón, que estaban de vicio.

Nos fuimos todos al salón a pasar la tarde jugando al *Monopoly*, incluso Miguel, se puso con nosotros. Lo que nos reímos fue poco, se nos pasó el tiempo volando hasta la cena donde nos habían hecho pizzas, así que las niñas estábamos locas, a las tres nos encantaban.

Estuvimos hablando de que, al día siguiente por la noche, que era Fin de Año, de qué forma podíamos vestirnos sin ropa adecuada para la ocasión, así que Pepa, que era toda una señora, nos dijo que no nos preocupáramos que nos haría un apaño y nos daría la sorpresa al día siguiente. Así que, o salíamos monísimas o nos disfrazaríamos, cualquier cosa valdría.

Nos fuimos a la habitación de lo más risueños, la verdad es que habíamos echado un día de esos para no olvidar, el buen rollo por fin aparecía entre nosotros y eso, quisiera o no, daba una tregua

a vivir aquello de forma diferente.

Fue quitarme la ropa y no me dio tiempo a ponerme la camiseta, Aitor me cogió y me metió en la cama, me tapó y me pegó a él.

Ni qué decir tenía que comenzó a lamer cada parte de mi piel hasta recaer entre mis piernas, donde comenzó a jugar y mordisquearme produciéndome una excitación de esas que te dejan sin aliento.

Me agarré a las sábanas y lo dejé que actuara libremente, como siempre, me gustaba todo lo que conseguía hacer con mi cuerpo y es que tenía demasiado tesón para eso. ¡Cuánto lo iba a echar de menos!

Me pidió desde dentro de las sábanas que le pasara el gel que estaba en la mesita de noche, se lo di, sabía para qué lo iba a usar y a mí esa táctica, para qué vamos a mentirnos, me encantaba.

Sí, me estaba convirtiendo en todo aquello que siempre imaginé y me excitaba, pero una vez probado debo reconocer que me volvía extremadamente loca.

Tuve un orgasmo de esos que chillas hasta la saciedad, sin importar quién te esté escuchando y luego me puso a cuatro patas y me lo hizo como un *cowboy*, galopando encima de uno de sus animales, por delante, no me hubiese importado que lo hiciera por detrás. En el fondo estaba abierta a todo aquello que me quisiera dar, sabía que con buenas ganas lo disfrutaría.

Capítulo 18: Samira



Dos golpes en la puerta, y Aitor fue a abrir.

Asier entró muerto de risa diciendo que venía para un trío y yo le dije a carcajadas que, un mojón, que ya tenía a mi prima para uso y disfrute, pero me dijo que conmigo se lo pasaba mejor.

Me tapé con las sábanas muerta de risa, gritando, diciendo que se alejara ante la atenta risa de Aitor, que me miraba sin hacer nada.

Asier se metió bajo las sábanas y comenzó a hacerme cosquillas, yo me puse a dar patadas a carcajada limpia.

—No me dejaste despedirme de vosotros, nos debemos el último —decía atrapándome con fuerza y sentándome en su regazo.

La verdad que, aunque mi debilidad era Aitor, ese hombre tenía su punto y a mí me ponía de lo más excitada, pero joder, que se había liado con mi prima y ahí estaba buscando lo que él llamaba, “la despedida”.

—Mi culo está recuperado, no quiero pasarlo de nuevo por enfermería —dije a carcajada limpia mientras veía que Aitor, se sentaba frente a nosotros y quitaba las sábanas—. Tú eres un capullo —le dije a Aitor, viendo cómo hacía que de nuevo fuera a pasar algo.

—No, sabes que no lo soy, pero creo que Asier tiene razón y le debes una despedida.

—¡Iros a la mierda! —grité apresada en los brazos de Asier y viendo cómo Aitor bajaba mi braga.

—Oye, que a mí me pone mucho hacerlo de esta manera, sin que te dejes —murmuró en mi oído, causándome una carcajada más intensa.

—¡He dicho qué me dejéis!

—Sí, sí, relajada que te vamos a dejar para que vayas a disfrutar del pedazo de desayuno que nos está haciendo Pepa.

—Venga, ponte cómoda —dijo Aitor tirando de mí, para que me tumbara sobre la cama.

—No os lo voy a perdonar esto, os lo aviso —reí poniéndome en medio de los dos.

—Sí, nos lo vas a perdonar —dijo Asier quitándose la camiseta y el pantalón, al final se quedaron desnudos al igual que yo.

—Iros a la mierda —reí.

Asier cogió el bote de gel que vio y se echó bastante en las manos para llevarlas a mi pecho, lo mismo hizo Aitor, que abrió bien mis piernas que estaban flexionadas y comenzó a estimular mis dos cavidades.

—Esta es la mejor despedida de año —dijo Aitor, mientras me penetraba con sus dedos y Asier me pellizcaba fuerte los pezones.

—Me vais a matar, solo sé que me vais a matar —murmuré entre jadeos que ya salían con constancia.

Asier llevo su mano a mi clítoris mientras Aitor, me hacía la pinza e hicieron que me pusiera como una bomba a punto de explotar hasta correrme.

Caí desfallecida y pidiendo tregua, mientras ellos sonreían poniéndose los preservativos. Yo me

quería morir solo de pensar lo que me esperaba.

—Vamos a ser buenos e ir por separado —dijo Asier, cogiendo mis manos y llevándome hasta la mesa donde me sentó en el borde y primero me lo hizo Aitor por delante, mientras Asier miraba sonriente esperando su turno.

Asier me bajó de esta cuando Aitor terminó, luego me hizo ponerme semi recostada encima de Aitor, que se sentó en el borde de la mesa y yo quedé agarrada a él con las piernas en el suelo.

Me puso vaselina en la entrada de mi trasero, me abrió bien las nalgas con las manos y puso su pene sobre él.

—Eso no va a entrar, te lo digo yo —reí apretando a Aitor, que me masajeara la espalda mientras su amigo estaba ahí para metérmela por detrás.

Fue entrando despacito mientras yo cogí una de las manos de Aitor, la puse entre mis dientes y comencé a apretar, él me decía que me relajara y yo gritaba al notar esa presión entrar en mí.

Aitor con su otra mano la metió por debajo y estimulaba mis pezones con pellizcos para que me centrara en ellos más que en la presión de atrás.

Comenzó a hacerlo sin parar, pero con cuidado, la verdad es que tenían mucho tacto y cuando se corrió, me dio una palmada en el culo, con fuerza, que me hizo hasta gracia, me lo apretó bien de la excitación que tenía.

Cuando salió me giró y me dio un beso en la comisura de los labios ante la risa de los dos y se vistió, nos dijo que nos esperaba en el desayuno.

Miré a Aitor, que me cogió en brazos y me llevó a la ducha, yo iba negando porque esas cosas solo me podían pasar a mí, a nadie más, pero es que me gustaba, jodidamente disfrutaba del sexo con aquellos dos hombres, para qué iba a mentir.

Me lavó por todas partes, le encantaba hacerlo y a mí ver sus dedos y manos correteando por

todos los rincones de mi cuerpo, hasta la cabeza me lavó, era increíble.

Me hizo gracia pues cuando salimos afuera para secarnos, me hizo agacharme en el lavabo y cogió la crema que nos dio Manuel, me la puso por dentro y por fuera para prevenir que no me volviera a pasar lo de días atrás.

Lo peor de todo es que se recreó extendiéndola bien dentro. Si es que le iba el morbo como a mí.

Cuando me giré, me abrazó y besó sonriente, me lo comía, es que me lo comía. Me encantaba aquel hombre que jugaba conmigo de aquella manera en el sexo y lo de Asier no tenía nombre, era un descastado que le iba la marcha.

Salimos a desayunar y Pepa nos dijo que ya tenía los vestidos para nosotras listos, y cuando desayunáramos nos lo daba, que fuéramos a la zona de su casa que era la de atrás de la cocina.

Tras el desayuno ahí fuimos las tres de lo más emocionadas a probárnoslos. Nos morimos al comprobar esa preciosidad blanca que era tipo “chica yeyé” en A corto y de un solo tirante, lo que lo hacía una combinación con una diosa griega.

Cuando salimos con ellos en las bolsas que lo cubrían se le ocurrió a Rebeca, la idea de ponérselo sin nada debajo, yo me morí de la risa con solo pensarlo, además a Marta como que le iba también la marcha.

Los dejamos en nuestras habitaciones y Abel con Asier y Marta, se fueron a pasear. Rebeca y Alan, se quedaron en nuestra habitación charlando con nosotros y claro, Rebeca, que era como Asier, pero en mujer, comenzó a decir que podríamos jugar a las prendas y sacó las cartas y todo, Aitor y Alan se echaron a reír.

Ese día iban a acabar conmigo, pero me dejé llevar, terminamos los cuatro en pelotas y en la cama, las dos ahí expuestas ante esas manos y bocas que no dejaban de acariciar nuestras partes, penetrarnos con ellas y hacernos volver locas de forma sincronizada.

Nos follaron por los dos lados, a Rebeca le iba la marcha por lo que podía ver. Aitor se encargó

de darnos a las dos por detrás mientras que Alan, lo hizo por delante, aquello fue brutal y, como decía Rebeca, eso era acabar el año bien, si ella supiera...

El resto del día fue de lo más divertido durante la comida y luego nos fuimos a descansar para vernos en esa cena y fiesta de después, donde las chicas iríamos de lo más divinas de la muerte.

Capítulo 19: Samira



—Preciosa, tenemos que ducharnos y vestirnos —dijo tocando mi entrepierna.

—Joder, con lo bien que estaba yo aquí durmiendo.

—Vamos, es Fin de Año y tenemos que darlo todo.

—Como si no lo hubiera dado todos estos días —reí estirándome mientras él, aprovechaba para tocar mi zona.

—Bueno, todavía lo tienes que dar un poco más —su dedo ya estaba saludando a mi clítoris, ese que, un mes más aquí y terminaría atrofiado.

—Joder, no se te va una —me eché hacia atrás soltando el aire.

—Me vuelve loco ver la cara de placer que se te pone y cómo responde tu cuerpo.

—¿Y quién no se rendiría ante esto? —gemí al notar que jugueteaba por detrás.

—Anda, ven —me agarró las manos y me llevó hasta la ducha.

Se sentó y yo sabía lo que venía, me puse delante de él y abrí mis piernas sonriendo.

—¿Así? —pregunté riendo.

Me giró y me sentó en sus piernas con las mías por fuera y me dijo que me tocara.

Puse mis dedos en el clítoris y comencé a moverlo mientras él, con una mano pellizcaba mi pezón y con la otra la llevaba a mis cavidades para hacer la pinza.

Grité a gemidos cuando me lo metió por detrás, comencé a chillar de placer y no tardé mucho en correrme, aquella sensación me llevaba demasiado rápido al orgasmo.

Se levantó, me puso las manos en la pared y me penetró por delante, mientras el agua caía hacia nosotros, comencé a volverme loca de nuevo.

Cuando terminó me enjabonó entre besos.

Me sequé y me puse aquel improvisado vestido, sin ropa interior, Aitor hizo un ruido con su garganta de placer al verme así.

—Me están dando ganas de volver a follarte.

—No —reí.

—Sí, ponme tu culo —sonó a orden.

—Aitor.

—Date la vuelta —señaló a la mesa para que me expusiera ante él.

Reí levantándome el vestido a la cintura y dejé caer medio cuerpo sobre la mesa.

Abrió mis nalgas con la mano y note su pene entrando, me agarré al borde de la mesa con fuerza mientras él me azotaba con bastante intensidad y ponía una mano suya sobre mi boca para que la mordiera.

Cuando terminó me dijo que no me moviera y vino con aquella crema de Manuel y me la metió

hasta el fondo, gemí de placer, me gustaba demasiado esa sensación que me producía que me tocaran por detrás, lo hizo a drede meneando su dedo mucho más.

—Ahora sí nos podemos ir —dijo volviendo al servicio a lavarse las manos y yo me reí, aquello no lo iba a olvidar en mi puta vida.

Fui tras él a lavarme en el aseo, lo vi por el espejo sonriendo y diciéndome en silencio guapa, solo con el gesto de sus labios, me sacó una sonrisa de esas que hacen derretirse hasta al mismísimo diablo.

Salimos y las niñas estaban de lo más guapas, lo mismo me dijeron a mí, además el restaurante lo prepararon con una mesa alargada en el lado de la terraza y el centro lo dejaron de pista.

Por supuesto el matrimonio y su hijo se sentaron con nosotros a cenar.

Las botellas de vino volaban, estábamos bebiendo lo más grande, hasta esa familia que se había encargado de prepararnos una mesa donde no faltaba detalle y donde sobraría muchísima comida para el día siguiente.

Estuvimos ahí sentados bebiendo y riendo hasta la hora de las campanadas que, copa en mano y con uvas hicimos todos la tradicional toma de estas.

Cuando la tomamos fuimos dándonos besos y abrazos deseándonos un próspero Año Nuevo y eso que, en ese punto, ya estábamos medio borrachos y si digo Abel...

Abel se subió a la mesa y nos mandó callar a todos, así, literal.

—Quiero decir algo...

—Callaos, que va a hablar —dijo Manuel y vi como Miguel se escondía persignándose con cara de terror.

—No soy feliz —soltó e hizo una pausa.

—¿Cómo puede ser eso, hijo? —preguntó Pepa preocupada.

—*Por si hay alguna duda, en el aire...*— cantó Abel ese comienzo de canción de la Pantoja.

Yo me eché a reír y Aitor me tiró un pellizco en el culo para que me callara.

—Qué bonito hijo, sigue cantándonos — dijo Pepa y yo otra vez eché una carcajada, mi prima me hizo un gesto con la mano dándome a entender que se iba a liar.

—*Hoy quiero confesar que estoy enamorado...* —seguía cantando emocionado en lo alto la mesa.

—¡Ole! —gritó Pepa de nuevo.

—“*Pa*” matar los rumores de aquella esquina... —Señaló a Miguel que se iba escondiendo detrás de Asier mientras Pepa y Manolo, miraban hacia donde señalaba y ya no estaba a su vista el hijo —*Que me gusta el perfume de claveles y que llevo en el alma...*

—Nada, tú no llevas en el alma nada, bájate —le irrumpió Marta, haciendo un gesto de ojos.

—Quita, bueno ya no canto, pero hablo, todos callados.

—Dejad al chiquillo que nos va a decir porque es un infeliz —dijo Pepa con gesto cariñoso, pero a modo de riña.

—Pepa, una pregunta —se dirigió a ella.

—Dime cariño mío.

—¿Tú me quieres?

—Claro, pues anda que no te he cogido cariño ni nada en este tiempo.

—¿Como a un hijo?

—Bueno, mi Miguel es mi Miguel, pero digamos que sí, que tu felicidad es la mía.

—¿Seguro, Pepa?

—Claro que sí —irrumpió Manuel y todos estábamos blanco por ver como se lo soltaba, si algo teníamos claro es que se lo iba a soltar.

—Pues no soy feliz y los culpables sois vosotros dos —alabado sea el señor, que nos giramos todos a mirar al techo, lo que había acabado de soltar.

—¿Nosotros qué te hicimos, hijo? —preguntó Manuel preocupado viendo como su mujer estaba con la mano en la boca y la otra en el corazón.

—Papá, mamá —se metió Miguel—, no le hagáis caso, lleva unas copas de más y está bromeando, venga les pongo música.

—Tú, quieto ahí y da la cara, ahora o nunca —hizo un gesto de orgullo.

—Abel, hombre, baja ya de ahí —le hizo unos gestos con la cara.

—Manolo, Pepa, amo a su hijo y por ustedes estamos sufriendo en la clandestinidad —cogió una servilleta e hizo como el que se secaba las lágrimas y los demás estábamos más callados que en misa, observando la que se podía liar.

—Pues te voy a decir una cosa —dijo Pepa, con un cambio de tono de dulce a prepotente—. Ni tú —señaló a Abel—, ni tú —señalo al hijo—, tenéis vergüenza.

—Pepa...

—Te callas Abel, ahora me toca hablar a mí, pero que sepáis que no tenéis vergüenza, como si no lo hubiésemos sabido desde el principio y, aun así, te he tratado todo este tiempo como a un hijo, es más, ante todos —nos señaló al resto—, tú eras mi debilidad. A ver si te crees que el cuarto de la leña lo dejábamos abierto para que entraran las ratas, no, para vosotros, pero que no nos lo hayáis dicho antes, no tenéis perdón de Dios. Pero muy orgulloso puedes estar de tus suegros, pues sin que lo supieras, ya te trataban como a un hijo y ahora ven y dame un abrazo, ya veré si te doy dos collejas luego.

—¿Mamá, lo sabías?

—Sí y no entiendo por qué pensabas que no te lo iba a permitir, o yo que sé qué pajaritos tenías en tu cabeza, pero siempre lo supimos y lo de ustedes dos, desde hace un tiempo. ¿Te crees que no te he pillado diciendo en voz baja cosas por teléfono?

—Hijo —se dirigió el padre a Miguel—, tu felicidad es la nuestra y si es él, por supuesto que es bienvenido.

—Yo esta noche y mañana duermo con este —dijo Abel desde la mesa, bajándose para abrazar a los suegros y todo comenzamos a aplaudir y llorar cuando...

Fue un momento precioso, encima todos achispados, los padres de Miguel los abrazaron y ya se fueron a dormir para que nosotros siguiéramos de fiesta.

—Ahora me vais a escuchar a mí —todos giramos el cuello a la mesa y nos encontramos a Alan sobre ella—. Me voy a confesar.

—¿Qué dice ese? —preguntó Marta, que no hablaba inglés.

—Qué se va a confesar —me eché a reír.

—¡Ay Dios! Y este... ¿qué tiene que decir?

—Calla, joder y déjalo hablar —le dijo Miguel mientras cogía desde atrás por la cintura a su chico.

—Pues os quiero contar que yo no vine por casualidad...

—Tampoco hace falta que lo cuentes —dijo Aitor y todos lo miramos sin entender nada.

—¿Tienes algo que esconder? —le pregunté alucinando con eso que dijo.

—Y si lo tuviera, ¿qué pasaría?

—Mira, Aitor, deja que el chiquillo cuente y luego el siguiente en subir ahí y confesarse eres tú —le advertí mientras cogía un chupito que había echado Asier para todos.

—No lo dudes —respondió causando una risa en todos.

Me daba a mí que esa noche iba a ser movidita.

Y lo fue pues Alan contó su gran secreto, por ende, lo hizo después Aitor y los dos se abrazaron, Alan iba a cambiar y Aitor no quería volver a ver a ese chico entre rejas.

Cómo no, subió el doctor, ese que estaba encubierto y que de médico tenía lo que yo de monja, también era poli y Marta comenzó a decir que más cachonda le ponía.

Yo estaba flipando con todo y no sabía si reír, llorar, ya es que me estaba bebiendo los chupitos de tres en tres.

—Pues ya que todos os estáis confesando, ahora me toca a mí —grité desde la mesa tirando a Aitor y Alan hacia abajo.

—Prima no me asustes —dijo Marta.

—Aquí ha sido mi primera vez y no voy a olvidar en la vida este lugar.

—¿Cómo que, tu primera vez? —preguntó Asier mirando a Aitor.

—Mi primera vez, he sido tan pava que me lo pase siempre estudiando, no he disfrutado de la vida, mis mayores excitaciones era las que leía en los libros, pero eso sí, aquí me he puesto las botas.

La cara de Aitor y Asier era un poema, todos muertos de risa pero la mayoría no entendían lo que allí había pasado, lo relacionaban con que me hubiera acostado con Aitor, al menos Abel, Marta y Miguel.

—Bueno, que parece que se os presentó la Virgen María, dicho esto... ¡Os quierooo!

—¿Cómo que, tu primera vez? —preguntó en mi oído Aitor cuando fui a quitarle la copa de las manos para bebérmela.

—¿No me digas que no me merezco una medalla? —sonreí guiñándole el ojo.

—Si lo hubiese sabido...

—¿No me la hubieras metido por el culo? —pregunté mirándolo fijamente.

—Nada, nada —negó riendo, poniendo su mano en la frente.

Y así fue como comenzó una noche donde el baile, el alcohol, los gritos desgarradores cantando, los abrazos, lloros, risas y todo, paso a ser parte de una noche donde acabó con churros con chocolate y a dormir.

Nos levantamos a las tres de la tarde para comer, todos con más mal cuerpo que todas las cosas por la resaca, menos mal que Manolo y Pepa, nos lo ponían todo por delante y nos trataban como a

su propia familia.

Abel no dejaba de bromearles y a ellos se les veían encantados.

Estuvimos toda la tarde juntos y hasta después de la cena, donde nos despedimos hasta el día siguiente en que la aventura acabaría.

Esa noche lo hicimos, pero de otra manera, era más profundo, más pasional, era como una despedida que nos partía el alma.

—Te voy a recordar siempre —dije cuando apagó la luz y me echó sobre su pecho para dormir.

—Yo te voy a prometer algo...

—Dime —contesté temblorosa.

—Te prometo que nos volveremos a ver, te lo prometo —besó mi frente y me abrazó...

Capítulo 20: Miguel

Dos de enero, el final de lo que habían sido dos semanas de lo más movidas en el hotel de mis padres.

Empezando por la visita de Abel, mi chico, junto a su mejor amiga Marta y Samira, prima de ella, porque los padres de ambas le habían pedido a él que las llevara a algún sitio donde pudieran limar asperezas.

Y en mi hotel habían acabado los tres.

Paciencia la que debían tener los padres de Marta con ella, porque menuda pieza era la niña, a mi madre la tenía de los nervios y eso que a paciencia no la ganaba nadie, pero al menos en estas dos semanas había podido pasar las noches con él, bueno, un par de horas cada noche, que no es

mucho, pero ese poco tiempo lo tenía solo para mí.

Era una tortura eso de verlo tan cerca y no poder cogerle la mano, besarlo o, simplemente, que él me mirara sin miedo a que nos descubrieran mis padres, o el resto de huéspedes.

Que sí, teníamos otros cuatro más hospedados durante ese que iba a ser solo un fin de semana y, por la avalancha y el temporal, se había convertido en catorce días, pasando las Navidades todos juntos.

Hasta la noche de Fin de Año, todo lo que nos rodeaba a Abel y a mí, era secreto para mis padres, y creí que, para el resto, pero resulta que no, que allí todos los huéspedes estaban al tanto de mi relación con él, y, claro, mi chico se vio en un momento superado por la situación y le confesó todo a mis padres.

Yo en ese momento no sabía si quería que me tragase la tierra, morirme o quedarme dormido y despertar dentro de un año.

Muerto de vergüenza escuché cómo les decía a todos lo mucho que me quería, si hasta me hizo llorar el muy canalla.

¿Y mis padres? Yo pensaba que les iba a parecer mal y resulta que acabaron aceptando mi relación. Vamos, que no los vi escandalizarse cuando Abel acabó con esa confesión dándome un beso de esos de final de película, que hasta me pareció escuchar música y sí, cuando me soltó vi a Marta con el móvil en la mano del que salía una canción que no supe identificar. Así de atontado me había dejado ese pedazo de beso de mi chico.

Hoy se marchaban, la carretera finalmente había sido despejada de nieve y el temporal que nos había tenido aislados había remitido.

Yo estaba jodido, hecho una mierda, porque no quería que se fueran, bueno, no quería que se fuera Abel, el resto me daba igual, sinceramente, pero mi chico...

—Buenos días, bombonazo —susurró para después besarme el hombro.

Sí, era la segunda noche que venía a dormir conmigo sin tener que escondernos. Cuando lo dijo

tan convencido, y mis padres tan solo sonrieron, a punto estuve de hacer el baile de la victoria allí mismo, pero me contuve, que uno ante todo era educado y respetuoso con los padres.

—Buenos días, amor —me giré y lo besé como quería haberlo podido hacer durante esos días cada mañana.

—Ducha y a desayunar.

—No quiero levantarme.

—No me seas vago, anda. Venga, arriba.

—En cuanto me levante empezará el día oficialmente, y eso querrá decir que te marchas —me abracé a él, escondiendo la cara en su pecho.

—Hijo, no me seas dramático que vendré a verte a menudo, ahora que tengo el beneplácito de mis suegros, me puedo permitir ese lujo.

—No soy dramático, joder. Es que te echo de menos cuando no te veo, pero, oye, que, si eso para ti es malo, pues nada, lo dejamos y ya está.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó cogiéndome el rostro con ambas manos— No te voy a dejar en la vida, ¿estamos? Y ahora, levanta ese culito prieto y llévalo a la ducha, que vamos a ahorrarles agua a tus padres.

En cuanto aparecimos por el salón se podía respirar ese halo de tristeza que rodeaba a todos y cada uno de los presentes.

—Buenos días, ahora mismo os traigo el desayuno —dije.

—No, hijo, siéntate que ya lo sirvo yo —escuché a mi padre y al girarme le vi con el carro y todo lo que traía.

Me senté y Abel me cogió la mano para besarla, y al final acabaría allí llorando como una magdalena.

Mi madre también vino y se sentaron los dos a desayunar con nosotros. Aquello parecía un velatorio, todos con una cara de tristeza que no podíamos con ella.

Y no era para menos, pues en menos que cantaba un gallo salían de ese lugar del mundo que los había unido y volvían a sus casas, a sus vidas y a sus rutinas.

—Han sido unos días increíbles, de verdad. Aunque al principio me comportara como una auténtica gilipollas —dijo Marta.

—Una auténtica gilipollas y muy cabrona, las cosas como son, señora marquesa —saltó Rebeca, guiñándole el ojo y haciéndola reír.

—Desde luego, me voy de vuelta para casa con ese mote, ¡ay que ver!

—No te quejes, que es mejor ese que, “localcoño” —aseguró Samira.

—Pues tienes razón, prima.

—Habéis sido un soplo de aire fresco en este lugar, eso os lo puedo asegurar —escuché decir a mi madre.

—Desde luego, mi señora siempre quiso hijas así que el teneros por aquí rondando le ha venido bien.

—Gracias por la parte que me toca, ¿eh, padres? —protesté, levantando la mano y haciéndome el ofendido.

—Anda, mi niño, si contigo siempre he tenido bastante. Y aunque no vaya a tener nietos...

—Suegra, que su hijo y yo adoptamos un par de hermanos y verá qué pronto se cansa de tenerlos correteando por el hotel.

—¿Os vendríaís aquí a vivir? —le preguntó mi madre a Abel y vi la esperanza en sus ojos.

—Eso habría que hablarlo, que yo soy hombre de ciudad —respondió mi chico.

Seguimos desayunando y se hizo el silencio entre nosotros. Tan solo se escuchaban las cucharillas al mover el café, o los cuchillos que dejaban en el plato después de untarse la mantequilla en las tostadas.

Solo faltaba un cura ahí para dar el respondo. Qué caras de pena por favor...

Se escuchó un sollozo y al levantar la mirada vi que era Samira, esa chiquilla se había enamorado del policia de una manera bárbara, y el caso es que era recíproco, porque él no dejaba de hacerle ojitos, sentarla en su regazo y tener esas muestras de cariño que tan necesarias son a veces.

—¡Ey, no llores, pequeñaja! —le dijo Aitor a Samira, cogiéndole las manos— A ver, que esto no acaba aquí, que volveremos a vernos en este mismo lugar.

—¿Sí? ¿Cuándo? Porque yo... me iría contigo hoy mismo.

—Samira, no me lo pongas más difícil, por favor.

—Yo pienso igual que Aitor —dijo Asier, su compañero—. Aquí hay que volver y repetir lo de estos días.

Hubo varios cruces de miradas que no supe bien a qué se debían, pero bueno que, si aquello servía para que me volvieran a traer a mi Abel y tenerlo todito para mí unos días, yo feliz de la vida.

—Claro que sí, nos reserváis todo para los días que queráis y los pasamos aquí, en familia —que mi padre dijera eso, me sorprendió mucho, la verdad.

—Entonces hay que organizarlo. Tú también te vienes, indio —soltó Marta mirando a Alan, el escocés.

—¿*What?* —preguntó el pobre, que de español solo sabía decir, hola y poco más.

—Nada cariño —le contestó Rebeca—. Que como hablan los chicos de volver a reunirnos, Marta dice que tú también.

—¡Hombre pues claro! A mi chica no la dejo sola con ellos, ni loco —comentó, y hubo varias sonrisas.

Acabamos de desayunar y mis padres y yo vimos cómo iban desfilando todos por delante de nosotros con las maletas en la mano para ir a los coches.

—La audiencia, ha decidido que debe abandonar la casa... —solté, porque en ese momento me parecía estar viendo en la televisión a la presentadora de Gran Hermano antes de la expulsión.

Todos estallaron en carcajadas, hasta que guardaron sus cosas en los coches y empezamos a abrazarnos.

Aquello era peor que un velatorio, de verdad. La de pañuelos que gastó mi madre en un momento solo abrazando al que ya consideraba su hijo Abel.

Marta y Samira estaban destrozadas, cosa que entendía perfectamente porque era difícil separarse de sus chicos.

Rebeca seguía abrazada a Alan, que como tocaba ir al aeropuerto a dejarlo pues tendría un poquito más de tiempo para estar con él.

—Os vamos a echar de menos, a todos —dijo mi madre, que no paraba de llorar.

—Bueno, que nos veremos en nada, seguro te lo digo Pepa —contestó Aitor.

Abel me dio un beso de esos que saben a despedida, pero también a promesa de volver.

Subieron en los coches y ahí los vimos marcharse.

—No han sido unas Navidades tan malas, pues por lo menos ya sabemos que tienes novio, y que te quiere —mi madre me abrazó y me limpió las lágrimas que seguían cayendo por mis mejillas.

—Sí, pero ahora le vamos a ver llorar hasta que vuelva el mozo. Anda, vamos dentro que al final nos quedamos pajarito aquí fuera. Por cierto, hijo.

—Dime, papá.

—Que te quiero y siempre he estado muy orgulloso de ti. Me gusta tu novio. A ver si nos dais esos dos nietos que nos has prometido, ¿eh?

—Eso, y que sea pronto.

Miré hacia atrás mientras ellos entraban y, a pesar de que como ellos decían las fiestas no habían sido tan malas, sí que habían resultado ser un poco locas.

Solo se me venían tres palabras para describir estos días en el hotel.

Navidad... ¡Menudo desmadre!